
NESSA MCDUBH
UNA dama DE UN DIGNA laird
ROMANCE HISTÓRICO ESCOCÉS


NESSA MCDUBH
UNA dama DE UN DIGNA laird
ROMANCE HISTÓRICO ESCOCÉS

UNA *dama* DE UN DIGNA *laird*



NESSA MCDUBH

Derechos de autor ©2025 Nessa McDubh

Primera edición: mayo 2025

ISBN:

Sello: Independently Published

©Del texto: Nessa McDubh

©Maquetación y diseño: Eden Books

©Imagen de cubierta: Eden Books

Todos los derechos reservados. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).

Copyright ©2025 por Nessa McDubh

Para ti, mi fiel lectora y amante de Escocia.



CAPÍTULO 1

Verano, 1552

Tierras Altas de Escocia

Tras varias jornadas a caballo, los siete guerreros Campbell de Clackmannanshire llegan a un pequeño hospedaje cerca del castillo Lovat.

—Tengo el culo dormido y los huevos pegados al trasero —protestó Dougal al desmontar.

—No los tienes tan grandes como para que se te peguen al culo —responde Aaron mientras desanuda las cinchas de su silla de montar.

—¿Es que se los has visto, amigo? —se burla Colin. El resto del grupo ahoga una carcajada.

—Demasiadas veces, diría yo —afirma el guerrero. Carga con la silla hasta dejarla sobre un fardo de heno.

—No quiero saber más sobre ese tema o tendré pesadillas en la noche —comentó Ramsay, el más joven del grupo.

—Ya sabía yo que soñabas con mis huevos, muchacho, pero puedo mostrártelos para que te hagas una idea más real de...

—No, gracias. No es necesario —se apresuró de decir el chico.

Todos estallaron en sonoras carcajadas, mientras, uno a uno, liberaban la carga de sus monturas y se aseguraban de dejar bien alimentados a los animales para el día siguiente. Abandonaron los establos entre chanzas y bromas, y se encaminaron hacia la taberna del hospedaje.

Nada más entrar, un olor a guiso de carne hizo que el estómago del joven Ramsay emitiera un rugido demasiado sonoro.

—Diablos, muchacho. ¿Debemos llamar a un párroco para que te eche agua bendita? —se burló Dougal.

—Lo siento, pero es que la cecina y el queso con pan no alimenta mucho —se disculpó el joven. Sus mejillas se enrojecieron casi al instante, lo que provocó las risas de los guerreros.

—Ramsay tiene razón, dejadlo en paz. Llevamos demasiados días cabalgando, durmiendo a la intemperie y comiendo lo justo —intervino Colin—. Tranquilo, muchacho, yo también tengo un hambre voraz. Me comería una vaca peluda, si hiciera falta —dijo.

—Ah, yo ansío una buena jarra de cerveza y el calor de una dama —comentó Ciaran, el más pillo de todo el grupo, pero un gran luchador.

—¿Desde cuándo has andado tú con damas? Creía que te daba más por las mujeres más *cariñosas* —bromeó Colin.

—Esas también me gustan y abundan más —respondió con énfasis.

—Sois todos unos quejicas —los interpeló Jamie, el heredero del clan Campbell de Clackmannanshire y gemelo de Colin.

—Hermanito, has de reconocer que nos has traído a todos como si fuésemos a una batalla. Llevamos más de una semana cabalgando casi sin descanso.

—Creo que el motivo de nuestro viaje es lo suficientemente importante como para no demorarnos mucho más en el camino —comentó Jamie.

Se fueron sentando uno a uno alrededor de una mesa de madera robusta, a la vez que le pedían algo de cena caliente al tabernero. El hombre de barba abundante y de color pajizo asintió y se fue directo a la cocina. Instantes después, apareció junto a los guerreros, cargando con varias jarras de cerveza.

—Nuestro líder tiene prisa por desposarse, al parecer —apuntó Aaron de forma socarrona, momentos antes de darle un largo trago a su bebida.

—No es prisa, es decoro y educación. Envié una misiva antes de salir para informar a laird Fraser de nuestra llegada y no quedaría muy bien hacerlos esperar por nosotros —respondió él. Cogió su jarra e hizo lo mismo que los demás—. Y no soy vuestro líder. Ese

puesto aún le corresponde a mi padre —dijo tras posar la jarra de nuevo en la mesa.

Se hizo el silencio durante unos instantes, hasta que Dougal lo rompió alzando su jarra y exclamando:

—¡Por James Campbell! ¡Heredero del clan y nuestro futuro laird!

—¡Por James! —le siguieron los otros cuatro guerreros.

—¡Por mi querido hermano, quien pronto se nos desposará con una de las damas más cotizadas de nuestro reino! —afirmó Colin, mostrando esa sonrisa socarrona de medio lado, a sabiendas de que a su hermano le incomodaban bastante estas muestras de afecto en público.

Tras el brindis sonoro, que atrajo las miradas de los allí presentes, Colin se inclinó en la mesa para hablar con su hermano a su derecha.

—La joven del fondo no nos ha quitado ojo desde que entramos —dijo.

—Lo sé —contestó James.

—Veo que ambos hemos heredado la observación de padre —bromeó el gemelo.

—Cierto, aunque a diferencia de ti, yo obtuve esa capacidad para temas más estratégicos. Tú, en cambio, pareces haberte transformado en tío Gavin.

—No me culpes por aprovechar el atractivo que tengo y que tanto gusta a las muchachas. Tú también lo tienes, pero no lo

aprovechas —se burló de su hermano.

—Sí que lo hago. Tan solo busco una forma más fructífera para el clan de utilizar ese atractivo. Tú solo buscas una diversión pasajera. Lo dicho, igual que tío Gavin —contestó James.

—Bueno, ahora que está tía Elena, ya no es así —afirmó Colin.

—¿Quiere decir eso que estás pensando en sentar la cabeza, hermano? —preguntó el joven, con asombro.

—Ni de lejos, pero sí que tengo intención de explorar mis opciones.

—Ya. Opciones. —No dijo nada más. La sonrisa socarrona de su hermano gemelo le dejó claro que era inútil seguir con esa conversación.

James le dio un trago a su cerveza, uno largo y necesario, pues estaba a una sola jornada de conocer a su futura esposa y eso le traía algo más nervioso de lo normal. Y aun así, aun teniendo en su mente su próximo casamiento, sus ojos se fueron directos a unos orbes marrones que lo observaban desde el fondo de la taberna.

Se trataba de una joven de cabello rubio, demasiado alborotado pudo atisbar a pesar de la capucha que llevaba sobre la cabeza. Apenas pudo apreciar su figura, pero sí se fijó en un busto abultado. La muchacha lo observaba con intriga, como si lo estuviera estudiando, mientras acariciaba el borde de una copa con un dedo. Un gesto de lo más sensual..., y descarado, a juicio de James. ¿Qué

mujer de bien osaría mantener su mirada fija en un desconocido y realizar ese gesto tan atrevido?

Una mujer peligrosa, pensó.

Pero no estaba sola. A su lado había otra figura algo más menuda, mujer también. De ella no pudo ver nada, salvo unas manos finas y elegantes, porque iba completamente oculta bajo una capa oscura. A ambos lados de ellas, como si de guardaespaldas se tratase, varios hombres fornidos con los que parecían mantener algún tipo de relación.

La curiosidad creció en James. ¿Qué tipo de mujeres acuden a una taberna de caminos, ya que no parecían ser ninguna comitiva importante ni nada? Permaneció conectado a ella durante largo tiempo, hasta que las carcajadas de uno de sus guerreros lo sacó de ese embrujo y desvió la mirada hacia sus hombres.

Pero, la duda se instaló en la mente de James. ¿Quiénes eran esas mujeres? ¿Y volvería a ver a esa joven descarada que lo miraba con tanta atención y no mostraba miedo o pudor alguno?



CAPÍTULO 2

Emma Fraser llevaba un buen rato observando al grupo de guerreros Campbell que acababan de entrar en la taberna que había a pocas millas del castillo que la vio nacer. Siete hombres fornidos, bastante escandalosos al parecer, salvo uno de ellos y al que, al parecer, le incomodaban mucho las muestras de altanería de sus compañeros.

—¿Segura que es él? —susurró la voz de su hermana a su lado.

—Ya te he dicho que sí, Evelyn. Deja de preguntar y no te muevas o te descubrirán —respondió la joven.

—Y en consecuencia, nos descubrirán a todos y acabaremos, algunos, azotados —protestó uno de los jóvenes que las acompañaban.

—Oh, vamos, primito. Nadia va a hacer nada. Si no nos movemos de aquí, ni los provocamos, es imposible que nos

descubran —afirmó Emma, sonriendo de forma pícara al muchacho que estaba sentado frente a ella.

—Dorian tiene razón, Em. No debimos hacerte caso. Como padre nos pille... —dijo Evelyn.

—Que no nos van a descubrir, no seáis tan dramáticos —aseguró ella—. Mirad, ya se van —comentó, sin desviar los ojos de los movimientos de los guerreros.

—En cuanto se alejen lo suficiente, nos regresamos al castillo. No quiero que vuestro padre se entere de esta *aventurita* tuya —le dijo Dorian antes de darle un último trago a su bebida. La respuesta de su prima fue sacarle la lengua a modo de burla—. Muy madura, Emma. Toda una dama de alta sociedad, fina y elegante —se burló él.

—Deberíamos salir por detrás, para asegurarnos de no ser descubiertos —aconsejó otro de los guardaespaldas que viajaban con ella, sentado a la derecha de Evelyn.

Emma quiso hablar, pero el tercer guerrero de la mesa se levantó y, tras apartar el taburete, dijo:

—Voy a vigilar el exterior. Esperad a que os avise, no vaya a ser que ocasionemos un conflicto con los Campbell y se vaya todo al traste. —No esperó por una respuesta. Simplemente, se giró y se alejó de allí.

—Jonas parece molesto —comentó Evelyn, que retorcía una esquina de su capa con los dedos. Su hermana colocó una mano

sobre ella para calmarla.

—La culpa la tiene Emm —afirmó Dorian.

—¿Qué hice yo? —quiso saber ella.

—No quitarle ojo al Campbell —respondió él.

—A los Campbell, dirás. Porque no estaba mirando solo a uno —protestó la joven.

—Siento deciros esto, mi lady, pero todos hemos sido testigos de cómo os mirabais el heredero y vos —dijo Brian, el guerrero junto a su hermana.

Emma lo miró con seriedad..., o enfado, más bien.

—No te enfades, primita. No pasa nada porque el prometido de tu hermana te resulte atractivo. Siempre puedes casarte con su gemelo e intercambiaros los esposo por las noches —bromeó Dorian.

—¡Dorian! —exclamó Evelyn, dándose cuenta al instante de que su voz sonó demasiado alta para lo que ella pretendía.

—No me parece tan mala idea, la verdad —contestó Emma, con picardía.

—¡Emm! —la regañó si hermana.

—Es broma, Eve. No estoy interesada en ninguno de ellos, y mucho menos siendo Campbell. Son orgullosos, prepotentes y unos engreídos. Jamás llevaría su apellido, sería una deshonra —aseguró ella.

—Vaya, gracias —masculló su hermana.

—Lo siento, Eve. No quiero decir que tú seas una deshonra, pero... Entendedme, yo no quiero ser la mujer de ningún laird arrogante que solo me busque para tener sus herederos y obedecerle sin más —dijo Emma.

—De eso estamos todos convencidos. El hombre que se case contigo, ha de tener mucho aguante para manejarte —afirmó Dorian, acompañado de una risa que acabó contagiando a toda la mesa, menos a su prima.

La puerta de la taberna se abrió y la figura de Jonas apareció, aunque se quedó en el umbral, mirando hacia el exterior. Fue Brian quien informó a Dorian de que el camino ya estaba libre. Este, como guerrero de rango superior, se levantó primero e indicó a las jóvenes que caminasen entre él y Brian.

—Todo despejado, señor. Los Campbell están durmiendo en el otro establo, por lo que no repararán en nosotros —les informó Jonas. Paseó su mirada durante unos breves instantes por el rostro de Emma, pero en seguida le dio la espalda. Ella fue consciente de ese gesto, pero no dijo nada.

—¿El joven laird también duerme ahí con ellos? —susurró Evelyn a la espalda de su hermana.

—Eso parece. Míralo por el lado bueno, hermanita. Mañana conocerás a tu prometido con olor a establo —se burló ella.

—Emma, por el amor de Dios —protestó la joven. Su hermana ahogó una risa y siguió caminando. Al pasar por el lado de Jonas,

tan solo lo miró de soslayo. Tal y como Brian había afirmado, estaba molesto por algo.

Caminaron todos juntos hasta llegar a la pequeña caballeriza donde aguardaban sus monturas. Brian fue el primero en desatar a su caballo y montarse de un impulso. El siguiente fue Dorian.

—Evelyn, monta conmigo ahora —le indicó a su prima. La joven asintió y se acercó a él, que la esperaba desde las altura con el brazo extendido hacia ella.

—Puede venir conmigo —dijo Emma.

—No y tú deberías montar con Jonas o con Brian —contestó su primo, mientras ayudaba a Evelyn a acomodarse bien en la grupa.

—Sé cabalgar, Dorian. Se te olvida que soy mejor jinete que tú.

—Querrás decir amazona, Emm. Jinetes son los hombres, las mujeres sois amazonas. Con tantas lecciones que dais al día con las monjas, ya deberías de saber la diferencia —dijo este.

—Se salta las clases cada vez que puede —apuntó Evelyn, aferrada al borde de la silla.

—Me aburren —contestó Emma y se fue directa a su caballo.

Jonas la estaba esperando al lado del animal marrón con crines y patas negras como la noche. Cuando la joven hizo ademán de subirse, se acercó a ella.

—Deja que te ayude...

—Puedo sola, gracias. —Y en un abrir y cerrar de ojos, Emma Fraser subió al caballo como si de un guerrero más se tratase.

—No te vas a morir por dejarte ayudar de vez en cuando, ¿sabes? —protestó él. Jonas montó en su caballo, tomó las riendas e hizo girar al animal para tomar el camino de vuelta al castillo—. Aunque..., tal vez prefieras la ayuda del heredero al que tanto mirabas ahí dentro —le espetó.

—Empiezo a estar muy cansada de tus escena de celos, Jonas —farfulló Emma antes de espolear a su caballo y emprender rumbo a su hogar, siguiendo la estela de polvillo que iba levantando el caballo de Dorian.

—Amigo, si sigues presionándola así, la vas a perder —le informó Brian al joven, antes de ir tras Emma.

Jonas emitió un chasquido con la lengua antes de emprender camino tras su grupo.

—Nunca ha sido mía —masculló al aire, con cierta resignación.

** ** ** **

Horas más tarde, ya en la comodidad de su alcoba en el castillo Fraser, ambas hermanas permanecían tumbadas sobre sus camas. La habitación, una de las estancias más amplias, después de la del laird y su esposa, estaba revestida de una madera oscurecida hasta la mitad, dejando el resto de la piedra a la vista.

La claridad de la luna atravesaba los dos grandes ventanales que había en una de las paredes y dibujaba unas sombras un tanto lúgubres y tenebrosas en ellas. Evelyn odiaba ese momento de la

noche, pues era una joven muy devota y le daban pavor esas figuras que parecían sacadas del mismísimo infierno.

A Emma, en cambio, le encantaba ese momento del día. Amaba la luna y le encantaba sentarse en el alfeizar a escuchar los sonido de la noche en el exterior. Era su momento de paz, de meditación y en el que ordenaba todos sus pensamientos y emociones vividas horas antes.

Dos hermanas, hijas de los mismos padres, y tan diferentes la una de la otra.

—Emm —pronunció Evelyn, rompiendo así el silencio—, ¿crees que le gustaré al laird Campbell? —quiso saber la joven.

Su hermana ladeó la cabeza sobre la almohada y la miró unos instantes. Se colocó sobre un costado y sonrió.

—Pues, claro que le vas a gustar, Eve. Eres preciosa, dulce y sabes comportarte en cualquier situación. Eres culta, inteligente y dócil. Por favor, eres perfecta, hermanita. Si no le gustas es que es un necio arrogante y se merece una patada en sus bonitas posaderas —aseguró ella.

—Siempre me haces reír, Emm —dijo tras una carcajada.

—¿En verdad quieres casarte, Eve? —preguntó ella, entonces.

Fue Evelyn quien se colocó, entonces, de medio lado para mirar a su hermana. Esa joven de melena dorada como la suya, pero tan rizada y despeinada que siempre volvía loca a su madre por no ser capaz de meter en cintura su cabello. El suyo, en cambio, era más

manejable, más dócil como su propia personalidad. El de Emma era como ella, salvaje y libre. Dos bellezas doradas tan distintas una de la otra.

—Debo hacerlo, Emm. Es mi deber como hermana mayor —respondió, sin más.

—Ya, pero tú no quieres esto. Desde que éramos pequeñas, tu deseo era servir a Dios. Nunca tuviste interés alguno en los hombres, Eve, y ahora te vas a convertir en la esposa del futuro laird de un clan.

—Bueno... —suspiró la joven—. Tal vez, Dios ha decidido que la mejor forma de servirlo a él sea siendo la esposa de Jamie Campbell —dijo con resignación.

—Eve, mírame —la instó su hermana. Esta fijó sus ojos almendrados de color marrón en los dorados de Emma—. Si no quieres esto, solo tienes que decírmelo y haré lo que haga falta por librarte del trato —afirmó.

—¿Y qué vas a hacer Emm? ¿Acaso te vas a casar tú con el heredero...?

—Ni en mis peores pesadillas me casaría con ese estirado —la cortó ella.

—¿Y con Jonas? —preguntó tras reírse de nuevo.

—¿Qué os ha dado hoy a todos con él?

—Emma, sabes lo que siente por ti. Lleva enamorado de ti desde que éramos pequeños y tú tan solo te lo estás tomando como un

juego...

—Estoy explorando mis opciones. Además, nunca le engañé con mis sentimientos. Siempre fui muy clara y sincera con él. No es mi culpa si por darnos unos besos a escondidas...

—¡¿Qué habéis hecho qué?! —exclamó Evelyn, incorporándose de golpe sobre los brazos.

—Sschh, vas a despertar a todo el castillo —la instó su hermana.

—Emma Fraser, dime que no has estado...

—Tranquila, hermanita. Aún soy pura y estoy entera. Tan solo han sido unos besos robados, nada más.

—Si padre se entera u os pilla...

—Pero no lo va a saber porque tú no vas a decir y no nos va a pillar porque tenemos mucho cuidado de que nadie nos vea —dijo.

—Emm.

—Eve —repitió ella con burla—. Tranquila, de verdad. Jonas y yo arreglaremos las cosas y nadie sabrá nada de nada. Tenemos cuidado, te lo juro.

—No es eso, Emma. Es que tú no estás enamorada de él y le estás dando falsas esperanzas. Deberías dejarlo libre para que se busque a otra mujer con la que formar familia, ya tiene edad para ello, pero... si tú sigues haciéndole creer que tiene alguna posibilidad contigo, pues...

—Hablaré con él, Evelyn. Aclararé las cosas y le diré, de nuevo, que yo no busco un marido en él ni en nadie.

—Al final, acabarás siendo tú la monja de la familia —bromeó Evelyn.

Emma respondió dándole un almohadazo, lo que hizo que ambas jóvenes se enzarzasen en una lucha nocturna entre risas.



CAPÍTULO 3

Castillo Dounie, hogar del clan Fraser de Lovat

A la mañana siguiente, el castillo Fraser amanecía con un ajetreo un tanto inusual. La noticia de que el prometido de lady Evelyn estaba cerca puso a todo el mundo a trabajar de forma exhaustiva para recibirlos.

Como siempre sucedía entre la nobleza escocesa, y más entre clanes que no eran muy afines, las apariencias eran muy importantes. Una presentación impecable del hogar del laird de un clan era algo que no se podía ni cuestionar. Y Logan Fraser sabía mucho sobre protocolo social.

—¿Están listas las estancias de los Campbell, señora Fitz? —preguntó el laird a la ama de llaves del hogar de los Fraser.

—Sí, señor. Limpias y adecentadas como usted nos pidió —respondió ella.

—¿Y en el ala oeste?

—Así es —contestó la mujer, con un leve movimiento de cabeza.

—Bien. —Logan se llevó las manos a la espalda y oteó el horizonte desde la altura de la escalinata del castillo—. ¿Están mis hijas listas para recibirlos? —quiso saber, sin desviar la mirada del arco de la entrada. Le encantaba admirar la obra maestra construida por su abuelo, Alexander Fraser II.

—Bueno... En cuanto a eso, señor...

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó, temeroso de escuchar la respuesta de la mujer que sostenía la cordura y el equilibrio del hogar desde que su esposa, Rona, falleciera a causa de unas fiebres dos años atrás.

—Verá, mi laird... Se trata de Emma.

Logan cerró los ojos al mismo tiempo que soltaba un suspiro profundo. Su hija pequeña iba a acabar con su paciencia. Esa rebeldía que siempre mostraba ante las normas sociales era algo que no conseguía soportar. Quien mejor sabía controlar a esa pequeña salvaje era su madre, pero al faltar ella, sentía que le estaba fallando como padre y eso..., eso le pesaba mucho en el alma al laird del clan.

—¿Qué ha hecho ahora?

—No la encontramos, señor. Lady Evelyn está lista desde hace rato, pero lady Emma no aparece por ningún lado. La hemos buscado...

—¿Habéis hablado con Dorian? Él siempre sabe cómo encontrar a su prima —dijo el hombre de cabello dorado, con varios mechones blancos ya informando de su avanzada edad.

—Sí, señor. Hemos avisado al señorito Dorian y ha acudido en su busca —informó ella.

—Bien. Entonces, no debemos preocuparnos más. Él la traerá de vuelta a tiempo —afirmó Logan, más para convencerse a sí mismo que a su ama de llaves, pero...«Esa condenada niña me hace envejecer diez años con cada travesura», pensó.

No lejos de allí, tras la enorme arboleda que separaba el castillo del río Beauly, Emma paseaba descalza por la orilla de las aguas que bañaban las tierras de los Fraser de Lovat. Le gustaba esconderse allí para alejarse de las normas sociales y de una realidad que no iba para nada con ella.

Era su remanso de paz, su refugio y el lugar donde más libre se sentía. Allí, las gélidas aguas de las Tierras Altas escocesas calmaban su fuego interno. Mientras su montura pastaba a pocos metros de ella, Emma caminaba con paso tranquilo. Estaba concentrada en sus propios pensamientos y dejándose envolver por el sonido de la propia naturaleza a su alrededor. Paz, silencio, calma..., libertad.

Hasta que el sonido de unos cascos la hicieron regresar a la realidad. Abrió los ojos y se giró para observar la espesura del bosque. Reconoció la figura de su primo en el mismo instante en el

que divisó a su caballo. Sonrió, divertida, porque sabía que lo habían enviado en su busca.

Se quedó en la orilla, viéndolo desmontar de un salto y avanzar hacia ella con esa sonrisa embaucadora con la que conquistaba a tantas muchachas allá por donde iba. Debía reconocer que su primo era un joven muy atractivo y que, de no ser parientes, ella misma se sentiría atraída por su belleza.

Dorian tenía el pelo de color castaño claro y los mismos ojos ambarinos que ella, lo que llamaba mucho la atención de las féminas. Por no hablar de su enorme altura, su cuerpo de guerrero bien trabajado y esa voz tan profunda que hacía temblar al mismísimo laird Fraser. Y se había convertido en un gran guerrero, motivo por el cual, su padre decidió nombrarlo su heredero y sucesor en el clan, ya que solo había tenido dos hijas y ningún varón. Ninguna de las dos hermanas se opuso a esa decisión. Dorian era el perfecto sucesor de su padre.

—¿Sabes que tienes a todo el castillo buscándote? —dijo él, en tono de sorna, en cuanto llegó a su altura.

Emma rio.

—¿Ya han llegado nuestros invitados? —preguntó, con los faldones del vestido sujetos entre las manos.

—Aún no, pero están a pocas millas y tienes a tu padre que le va a dar un infarto como no estés presentable.

—Siempre estoy presentable. No sé por quién me tomáis...

—Emm, de verdad. Te quiero mucho, pero ambos sabemos que te encanta provocar a tu padre y contradecir las normas sociales —la interrumpió su primo.

—¿Acaso no ves en mi a una dama de la alta sociedad, elegante y educada? —bromeó ella, haciendo una reverencia de lo más teatral.

—Eres de todo menos una dama elegante y educada. —Emma lo miró con asombro—. No me miras así, prima. Sabes tan bien como yo que no va contigo el decoro ni el saber comportarse en sociedad. Tiendes a….decir en alto lo que piensas —dijo.

—¿Y eso es malo? —quiso saber ella. Abandonó el frescor del agua en sus pies y se encaminó hacia el pequeño montículo de piedras donde había dejado su calzado y una tela para secarse los pies. Dorian caminó a su lado, con los brazos cruzados al pecho.

—Sí, Emma, es malo y lo sabes. Una mujer, y más una de tu categoría, debe saber cuándo callar y dejar que los hombres hablen. La sociedad así lo dictamina —explicó él.

La joven soltó un bufido al mismo tiempo que se sentaba y comenzaba a secarse los pies.

—La sociedad está enferma. Una mujer puede y debe dar su opinión, y los hombres deberían de aceptarla sin ningún problema. No por ello van a ser menos *hombres* —dijo con desdén.

—Pues..., es obvio que sí les intimida que una mujer tenga libre pensamiento y exprese sus opiniones.

—A ti no te intimida mi forma de ser —apuntó ella.

—Porque te conozco y te quiero, Emm, pero la mayoría no son como yo.

—¿Acaso no vas a permitir que tu esposa sea libre para opinar, para hablar o, incluso, acompañarte en tus decisiones? —quiso saber ella.

—Por supuesto que mi esposa tendrá total libertad y el clan se regirá bajo mis normas, pero eso será cuando yo sea el laird y encuentre a la mujer indicada para mí. Hasta entonces, me adapto a las normas sociales que me tocan vivir.

—Entonces, no veo por qué yo...

—Emm... —Dorian la detuvo en su exposición y colocó ambas manos en los hombros de su prima—, cuando tú encuentres a ese hombre que te respete por cómo eres y acepte quién eres en realidad, podrás comportarte como quieras. Hasta entonces, debes adaptarte como hacemos todos —le dijo con ternura. Ella lo miró, resopló, se liberó de su agarre y emprendió camino hacia los caballos.

—No prometo nada —contestó, sin más.

Dorian sonrió tras ella, aún a sabiendas de que no era ningún triunfo. Más bien había ganado tiempo, hasta la próxima vez que la rebeldía de su prima lo enviase en su busca. Ambos tomaron rumbo de vuelta al castillo, donde, con suerte, aún no habrían llegado los Campbell.

Logan Fraser se movía de forma inquieta a los pies de la escalera. Su ama de llaves, varias sirvientas y lacayos y su hija Evelyn permanecían parados en sus posiciones, observando al señor del clan caminar con cierto nerviosismo. Pero no por la llegada del heredero de un clan con el que no hacían muy buenas migas, no. Era más bien porque su hija menor aún no había llegado y se temía una entrada al estilo Emma Fraser.

—Padre, cálmese. Llegará a tiempo, ya lo verá. Dorian acaba de ocupar su puesto en el muro y eso quiere decir que ya la ha traído de vuelta —habló la joven Evelyn, tratando de calmar la ansiedad del laird.

—Tu hermana me va a pintar el cabello entero de blanco con tantos disgustos —bufó el hombre.

—Qué exagerado eres, padre. —La voz de la pequeña del clan lo hizo dar un salto del susto. Emma Fraser apareció, sin previo aviso, junto a su padre y con un atuendo impecable. Se había puesto un vestido verde, sencillo y con los colores del clan. Pero su cabello...

—¿No te ha dado tiempo a peinarte, hija? —soltó, sin más.

Ella sonrió con ternura y algo de diversión antes de ponerse de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Yo también os aprecio, padre.

—Effie podría haberte recogido esa melena alocada que tienes..., o habértela cepillado un poco mejor —prosiguió el laird con sus protestas.

Emma resopló y se fue junto a su hermana, con paso decidido.

—¿Dónde estabas? A padre casi le da un infarto —quiso saber Evelyn, que habló en voz baja para que no la escuchase nadie, salvo su hermana.

—Refrescándome para conocer al estirado de tu prometido —respondió ella.

—Por favor, no le llames así mientras esté aquí como invitado del clan. —Su hermana simplemente le mostró una sonrisa de lo más burlona y traviesa—. Emm, lo digo en serio. Intenta no ocasionar un enfrentamiento en los Fraser y los Campbell —insistió.

—Oh, está bien. Tranquilizaros todos, por favor.

—Prométemelo, Emma.

—Te lo prometo, hermanita. Me comportaré como una dama elegante y educada. Trataré de tener el decoro que todo el mundo espera de mí —contestó, con cierto retintín.

—Eso no te lo crees ni tú —soltó Evelyn, lo que hizo que ambas acabasen riendo en voz baja.

El tronar de unos cascos les informó de la llegada de sus nuevos invitados. La figura de ocho jinetes cruzó el arco de la entrada, dejando una pequeña estela de polvillo a su paso. En cuanto se detuvieron a los pies de la escalinata, desmontaron y se encaminaron hacia ellos.

—Laird Fraser —saludó el joven que Emma ya había reconocido como el prometido de su hermana—. Soy Jamie Campbell y le

agradezco su invitación para poder conocer mejor a su hija —dijo él.

—Lord Jamie, es un honor recibir en mi hogar al hijo de un guerrero tan temido y respetado como es vuestro padre. Espero que la estancia en Dounie sea de vuestro agrado y que esta unión sea un puente que una a ambas familias —respondió el líder del clan.

El joven asintió con la cabeza, no sin antes pasear su mirada cristalina por ambas jóvenes, que lo observaban desde lo alto de la escalera.

De forma instintiva, Evelyn entrelazó su mano con la de su hermana, permanecía erguida y atenta todos los movimientos de los guerreros. La seguridad de Emma siempre la reconfortaba y estaba muy agradecida por tener una hermana tan fuerte y valiente. Solo rezaba porque no ocasionase un enfrentamiento entre los hombres del clan con los Campbell o el enlace se vería seriamente perjudicado.

Por su parte, Emma permanecía fija en la mirada de aquel al que ella ya había decidido apodar como *el estirado*. Vio en él fuerza, desafío y un poco de desprecio..., o eso interpretó ella. Iban a ser unos meses muy interesantes conviviendo con unas personas por las que no sentía apenas simpatía alguna.

Pero le había hecho una promesa a su hermana y a su primo, así que mantendría su fuego bajo control y se comportaría como la sociedad esperaba que lo hiciera, como una dama elegante y educada.



CAPÍTULO 4

Jamie Campbell repasaba en su mente el dulce rostro de su prometida, mientras se daba un merecido baño en la estancia que habían preparado para él. A su hermano Colin le habían asignado la habitación de al lado, cosa que agradecía. No quería llegar una noche y encontrarse un festín de sábanas en la cama de al lado.

Con el agua cubriéndole hasta la mitad del pecho, el joven heredero dejó caer la cabeza hacia atrás y respiró bien profundo. Había sido un viaje largo y bastante agotador, pero aún le quedaba lo más difícil del camino: conquistar a su prometida.

Evelyn Fraser era todo lo que un hombre podía desear en una mujer: educada, un talante y un saber estar impecable, elegante y de una belleza angelical. Las ondas de su cabello largo, cayendo como una cascada dorada por sus hombros, lo habían hipnotizado. Hasta su sonrisa era pura dulzura.

Sí, había hecho una buena elección al aceptar esa unión. Ella era la esposa ideal para el líder de un clan. Pero...la joven que permanecía al lado de su esposa, esa que lo había estado observando con tanto descaro el día anterior en la taberna del camino, había ocupado sus pensamientos.

Emma Fraser, la hermana pequeña de su prometida, era todo lo opuesto. Se había fijado en eso con solo mirarla a los ojos en esa escalinata y ver cómo ella le devolvía la mirada de forma desafiante. Estaba claro que era una mujer complicada y muy difícil.

A diferencia de Evelyn, el rostro de Emma era más duro, una belleza fuerte y salvaje. Desprendía aroma a rebeldía por todas partes, a peligro. Hasta su cabello, dorado como el de su hermana, era diferente, alocado.

Y aún con todas esas diferencias, fue consciente de la enorme unión que había entre ambas muchachas.

—¿Pensando en tu prometida, hermanito? —La voz de Colin lo sacó de sus pensamientos. Abrió los ojos y lo vio delante de él, apoyado contra el costado del armario y con los brazos cruzados al pecho.

—¿No sabes llamar? Cualquiera diría que somos hijos de los mismos progenitores y que nos han inculcado las mismas cosas —protestó. Apoyó ambas manos en el borde de la bañera y se impulsó hasta quedar de pie, con el agua recorriendo cada centímetro de su cuerpo desnudo.

Colin levantó las manos hasta su cara para simular que se tapaba y bromeó:

—¡Por el amor de Dios, Jamie! No intentes engatusarme con tus encantos masculinos.

—Eres un idiota —contestó este y salió de la bañera para ir en busca de la toalla que había sobre la cama.

Colin soltó una carcajada, se fue directo tras su hermano y se dejó caer de medio lado sobre el colchón.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Y bien qué? —quiso saber Jamie mientras secaba el agua de su cuerpo.

—Pues, ¿qué va a ser? Tu prometida. ¿Qué te ha parecido lady Evelyn?

—Una joven muy hermosa, elegante y educada. A simple vista, diría que es la perfecta dama para ser la señora de un clan como el nuestro —respondió Jamie. Dejó la toalla de nuevo sobre la cama y comenzó a vestirse con la ropa que había dejado preparada momentos antes del baño.

—Ya —pronunció Colin, sin más.

—¿No te gusta?

—No, no. Es perfecta para el tipo de mujer que siempre has estado buscando, la verdad, pero...

—Pero, ¿qué? Suéltalo de una vez.

—La hermana me intriga más —contestó su gemelo.

—La hermana es peligrosa. Yo diría que bastante indomable.

—Me recuerda mucho a nuestra hermana, Arabella. Tiene su fuerza en la mirada —apuntó Colin.

—Exacto. Como he dicho, peligrosa, indomable y muy complicada. Estoy seguro que es de las que se está metiendo en líos cada dos por tres. Es de las típicas mujeres que organizarían una lucha entre clanes con su sola presencia. No es lo que busco para ser mi esposa —dijo Jamie, al mismo tiempo que se colocaba la camisa de lino blanco y se ajustaba los pantalones. Colin no dijo nada, tan solo lo miró con una sonrisa de medio lado de lo más traviesa—. Y tú no te vas a acercar a ella —le ordenó a su hermano. Cogió el cinturón de cuero sobre el sillón de piel a los pies de la cama y se lo colocó alrededor de la cintura.

—¿No verías con buenos ojos que acabásemos casados los dos con ambas hermanas? —bromeó este.

—Tú no te quieres casar ni está en tus planes. Y mucho menos con mi futura cuñada. No metas al clan en tus líos de faldas, que bastante tenemos ya con los problemas que generas entre las propias muchachas de Clackmannanshire. —Colin estalló en carcajadas ante ese comentario.

—Estás celoso porque yo gusto más a las féminas, las atraigo más que tú. Confiésalo, hermanito. Sientes celos de lo sociable que soy.

—Lo que siento es que eres una cabeza loca que un día nos meterá a todos en un problema serio e importante. Lo dicho, por las historias que cuentan, te pareces más al tío Gavin que a padre.

—No lo negaré. Me gusta divertirme, mientras pueda y nadie me ponga una soga al cuello —dijo.

—Yo mismo te la acabaré poniendo, como no te comportes. Recuerda, somos los invitados en tierras Fraser y esta unión es muy importante para el clan. No lo estropees, Colin.

—Lo que usted ordene, mi laird —bromeó su hermano.

Jamie resopló por el gesto teatral de su gemelo y puso los ojos en blanco, lo que le sacó otra carcajada al joven Campbell. Ya completamente vestido con un traje elegante para la primera cena de presentación, sale de la habitación, seguido de cerca por su hermano.

En unas horas, se celebraría una cena de presentación y quería comprobar el estado de sus hombres antes. Como líder del grupo, era su misión asegurarse de que todo estaba bien y de no tener que apagar ningún fuego a su alrededor. Sabía que podía delegar ese trabajo en su hermano, pero quería ser él quien lo hiciese en persona.

Un buen laird siempre se ocupa de primera mano de su gente. Así lo había aprendido de su padre y por eso era un hombre tan querido y respetado por todos, no solo dentro del clan. James Campbell era un gran guerrero, pero también un gran hombre

protector para su familia y su clan. Alguien a quien admiraba desde bien pequeño y de quien aprendió todo lo que hoy en día sabe para ser un buen líder.



CAPÍTULO 5

Encontraron a sus hombres en el extremo este del pabellón asignado a los guerreros del castillo. Para ellos, habían elegido una estancia amplia donde colocaron seis camastros para ellos. Era una forma de tenerlos ubicados en un mismo lugar y evitar, así, el mezclarlos con el resto de los hombres Fraser.

A Jamie no le agradó mucho esa decisión por parte del laird, pero debía respetar sus normas. Sabía, perfectamente, que eso no hubiera sucedido a la inversa en el castillo Campbell, pero también era muy consciente de que en su clan se hacían las cosas de forma diferente al resto.

—Conozco esa expresión y algo no está siendo de tu agrado —comentó Colin, que caminaba a su lado de regreso al castillo.

—No me gusta que nuestros hombres estén en una esquina alejada del recinto, hacinados como si fuesen animales de granja —

dijo, con la vista fija al frente.

—No están tan mal, Jamie. Comparten la estancia todos juntos, así podrán controlarse los unos a los otros y nos evitaremos problemas con el resto de los Fraser.

—Ya —masculló él—. Padre jamás les hubiera dado ese trato tan despectivo.

—Pero padre es un laird diferente al resto de lairds del reino, y lo sabes. Nosotros hemos tenido la enorme suerte de crecer en un clan tan libre y tan abierto de mente. Otros no la han tenido.

—Sí, supongo que será eso —suspiró el joven heredero.

Al llegar al gran salón del castillo, se encontraron con una enorme mesa repleta de platos con diferentes de tipos de comida y jarras de cerveza casera a ambos extremos. Un joven Fraser, de no más de diez años, se acercó a ellos con un par de vasos llenos del dorado líquido y se los entregó.

—¿Cuántos años tienes, muchacho? —quiso saber Colin, antes de darle un trago a su bebida.

—Voy a cumplir once en la próxima primavera, señor —respondió el joven.

—¿Y quieres seguir siendo un copero?

—Oh, no. Quiero ser un guerrero tan fuerte y diestro como lo es mi hermano, Graham, y formar parte de la defensa del clan —contestó, con orgullo, el muchacho.

—Es una vida muy dura, jovencito —dijo Jamie tras beber.

—Lo sé, señor, pero también es una gran honra poder servir y proteger a los tuyos —afirmó con vehemencia. Jamie asintió en un gesto de respeto.

—Y serás un gran guerrero, no me cabe duda. —Esas palabras hicieron que al joven se le iluminase el rostro de alegría. Hizo una leve reverencia y desapareció del salón.

—Acabas de alegrarle el día al muchacho —comentó Colin a su hermano.

—¿Yo? No veo por qué —dijo Jamie.

Dio una pasada rápida a la estancia, comprobando lo parecidos que suelen ser todos los castillos de Escocia. Paredes revestidas de madera hasta la mitad, dejando a la vista las grandes y gruesas piedras que sostienen la estructura; del techo colgaban varias lámparas de araña, con unas veinte velas cada una, que iluminaban con una luz tenue.

Pero la joya de la corona era, como en todo castillo, la gran chimenea que gobernaba y otorgaba calor a la estancia. Un hogar amplio, con una hoguera grande que era alimentada por gruesos troncos de leña. Porque, a pesar de estar en pleno verano, en el norte de las Highlands se seguía necesitando calentar las estancias. Sobre todo, tan cerca de Inverness.

—Pues, porque eres el futuro laird de uno de los clanes más poderosos del reino y eso ha sido como darle tu bendición y tu aprobación —contestó Colin.

En ese instante en el que Jamie iba a responder a su hermano, hicieron acto de presencia en el salón Logan Fraser y su sobrino, Dorian.

—Buenas tardes, señores —saludó el laird—. Espero que hayan podido descansar bien del viaje y que todo esté siendo de su agrado —dijo.

Ambos hermanos respondieron con un movimiento de cabeza.

—Sí, laird Fraser. Todo está siendo de nuestro agrado y le agradecemos su hospitalidad —contestó Jamie, en un tono neutro y educado.

—Permitidme que os presente a mi querido sobrino, y futuro laird del clan, Dorian Fraser.

El joven, de la misma edad que ellos dos, dio un paso hacia adelante con la mano extendida a modo de ofrecimiento. Jamie fue el primero en estrechar su brazo con el del guerrero y pudo notar la fortaleza que había en ese agarre. Una información importante, a su juicio. El siguiente en saludarlo fue Colin.

—Es un honor tener en nuestro clan a los hijos de uno de los guerreros más temido y respetado de todo el reino —dijo Dorian.

—Gracias, le transmitiremos a nuestro padre vuestras palabras de halago —contestó Jamie.

—Le encantará oírlo —bromeó Colin antes de darle un trago a su bebida. Sabía a la perfección lo que su padre detestaba esas muestras de afecto o falsos halagos. Los consideraba bastante

hipócritas, aunque, en este caso, sabía que eran palabras sinceras. La mirada dorada del joven Fraser así se lo confirmó.

—Venid, esperemos a mis hijas en ese lado del salón y hablemos sobre la ceremonia. Quiero conocer vuestros deseos, lord Campbell —intervino Logan Fraser.

—Por favor, laird. Llámeme James o pensaré que está nombrando a mi padre —dijo él, a lo que Colín acompañó con una sonrisa burlona.

Los cuatro hombres se cambiaron de lugar y acabaron plantados frente a la chimenea, cada uno con una copa en la mano y manteniendo una conversación de lo más formal y educada.

Apenas se dieron cuenta del tiempo que pasaron en esa conversación, hasta que las hermanas Fraser cruzaron el umbral del salón, ataviadas con unos vestidos de lo más coloridos y elegantes, dejando boquiabiertos a los gemelos. De hecho, James se quedó pasmado, con la copa a escasos centímetros de sus labios. Aunque el más expresivo fue Colin, quien se atragantó con su propia bebida al verlas entrar con ese paso tan femenino y elegante.

Dos damas dignas de un laird, dos bellezas por las que merecía la pena entrar en guerra..., y eso fue algo que los jóvenes Campbell comprendieron al instante.



CAPÍTULO 6

Evelyn caminaba por el piso de la alcoba que compartía con su hermana, tratando de calmar su nervioso corazón. Hacía ya un rato que su sirvienta, Mai, la había ayudado a completar su atuendo con un hermoso semirrecogido. Le había dejado media melena suelta, con las ondas doradas que se le hacían de forma natural bien marcadas.

Era un momento importante para ella..., o, más bien, complejo, porque sería la primera cena como mujer prometida a un futuro laird. Una presentación formal, ya que apenas habían intercambiado un par de cartas desde que se firmó el compromiso.

Pero, su nerviosismo no se debía a ese encuentro, sino a que su hermana llegaba tarde. Como siempre, Emma Fraser tenía que hacerse de rogar y moldear las normas sociales a su antojo. Amaba a su hermana y muchas veces envidiaba esa fuerza y ese fuego con

el que defendía sus ideales, pero también la angustiaba bastante el pensar que, si no cambiaba su carácter, no habría hombre que la quisiera como esposa...y eso significaría el ingreso inmediato en un convento, por orden de su padre.

Una carcajada le sobrevino al pensar en su hermana vestida con un hábito de monja y cumpliendo a rajatabla las normas impuestas por la iglesia. No, Emma Fraser era un ser indomable y ni siquiera el mismísimo Todopoderoso lograría doblegarla.

La puerta se abrió en ese instante y la figura de su hermana apareció ante ella, mostrando una sonrisa tranquila y relajada.

—Vaya, hermanita. Te ves preciosa —dijo en tono burlón tras cerrar.

Evelyn sintió que se aligeraba el enorme peso con el que llevaba cargando desde hacía horas.

—¿Se puede saber dónde estabas, Emm? Vamos a llegar tarde y padre...

—Tranquilízate, Eve. Llegaremos cuando nos toque y haremos una entrada triunfal. Además, una dama debe hacerse de rogar para impresionar a su prometido —comentó, mientras se quitaba la ropa de diario que llevaba.

Sobre la cama, Emma encontró la vestimenta que Mai había elegido para ella, al igual que había hecho con su hermana. Para Evelyn había elegido un hermoso vestido con los colores rojizos del tartán del clan y para ella, uno similar, pero en tonos verdes y

marrones. Muy de su estilo y por eso sonrió al verlo. Mai las conocía muy bien a las dos.

—Emma, un día vas a tener que asentar la cabeza o padre te acabará metiendo en un convento —prosiguió Evelyn con su regañina.

—Buena suerte con eso porque seré una hermosa monja rebelde. Por no hablar de las veces que me escaparía de allí, claro —contestó ella mientras se colocaba el vestido sobre la cabeza y lo dejaba deslizarse por los brazos.

—Iré a buscar a Mai para que te ayude a domar ese pelo y...

—No, ya le he dicho que no hacía falta. Lo cepillaré un poco y listo —la cortó Emma.

—Emm, no puedes acudir a una cena con esos pelos de gata salvaje. Te quiero y me encanta tu personalidad libre, pero vamos a estar a la mesa con dos hombres importantes —insistió Evelyn.

—Hermanita, la que tiene que estar impecable eres tú. Yo solo soy tu acompañante, nadie está buscando esposo para mí. Además, mi pelo salvaje es mi seña de identidad. Define bien cómo es mi personalidad —dijo Emma y comenzó a cepillarse y a acicalarse el cabello. Tomó algunos mechones entre los dedos y los retorció hasta formar unos bucles gráciles y dorados—. Lista, ya podemos ir en busca del *estirado* de tu prometido.

Evelyn tan solo soltó un suspiro de frustración, pero no dijo nada. Era consciente de que era una batalla perdida, su hermana no

tenía remedio alguno. Emma Fraser era rebelde por naturaleza y poco, o nada, se podía hacer para domar a un alma tan libre como ella. Y eso, en cierto modo, le daba envidia. Ojalá fuera más como su hermana.

Ambas hermanas salieron de la habitación y emprendieron camino hacia el gran salón, donde los hombres llevaban un buen rato esperando por ellas. Avanzaron cogidas del brazo, o más bien fue Emma quien se agarró al brazo de su hermana para prestarle apoyo, como hacía siempre.

Cuando ya estaban a escasos metros de la entrada, Evelyn se detuvo de golpe. Su cuerpo comenzó a temblar y el corazón empezó a latirle tan fuerte, que tuvo la sensación de que se le iba a salir del pecho. Emma, que fue consciente del ataque de ansiedad que su hermana estaba sufriendo, le dio un fuerte abrazo y le susurró:

—Tranquila, todo estará bien. No me separaré de ti en ningún momento. Vamos a entrar ahí, juntas, y vas a dejar boquiabierto a ese estirado del Campbell —. Evelyn soltó una risita y apretó las manos de su hermana, agradecida por tenerla siempre a su lado—. Cuando estés lista, entramos, Eve —dijo Emma.

—Gracias, no sé qué haría sin ti, hermana —balbuceó la joven.

—Aburrirte, eso está claro —soltó Emma y ambas se rieron ya de forma más relajada.

Una vez calmada la ansiedad, las dos hermanas cruzaron el umbral del salón, cogidas de la mano y caminando de forma

elegante, como si de dos reinas se tratase. Y sí, tal y como aseguró Emma, Jamie Campbell se quedó pasmado al verlas. Su hermano también, aunque este fue más expresivo.

—Disculpen la tardanza, señores. Nos hemos demorado más de lo necesario —inició Evelyn la conversación, educada y elegante como siempre, como lo era ella. Las dos hermanas hicieron una leve reverencia, que fue correspondida con un asentimiento con la cabeza por parte de los hombres.

—Bueno, toda buena dama que se precie, debe hacerse de rogar, pero el premio siempre es infinitamente gratificante —respondió Colin Campbell, que atrajo la mirada de Emma en ese instante. «Este es el ligón de los dos hermanos», pensó ella.

—Bien, pues... Sentémonos a la mesa —dijo Logan Fraser. Hizo un gesto con la mano para invitar a los gemelos a ocupar sus respectivos asientos a su izquierda, mientras que a su derecha se fueron colocando Dorian, Evelyn y Emma, en ese orden.

Los sirvientes fueron distribuyendo los alimentos en el riguroso orden en el que el laird les había indicado, mientras la conversación inicial se centraba en la vida en el clan Campbell y en cómo su laird había sentado precedentes en cuanto a las tradiciones y normas sociales.

A Emma le gustó especialmente descubrir que en ese clan, siendo considerado uno de los más importantes y poderosos de todo el reino, no se siguiesen a rajatabla las normas que dictaba la

sociedad escocesa. Comprendió que su laird había optado por permitir a los suyos tener ciertas libertades a la hora de elegir. Pero lo que más le gustó fue escuchar, en boca de ambos hermanos, que las mujeres Campbell eran fuertes, luchadoras y tenían voz en su clan. Eso le hizo pensar que tal vez los había juzgado mal.

—Lady Evelyn —pronunció Jamie antes de pinchar un trozo de carne del plato—, si no os es de gran molestia, me gustaría que pudiéramos pasear juntos en algún momento para poder hablar y conocernos mejor. Las cartas, al fin y al cabo, no reflejan del todo nuestras personalidades y desearía poder conoceros un poco mejor antes del enlace —comentó.

Emma miró de soslayo a su hermana, la cual no dejaba de dar pequeños golpecitos en el suelo con la punta de su pie. De forma sutil, rozó la pierna de su hermana con la suya y esta se detuvo.

—Por supuesto, Lord James. Será un honor poder disfrutar de vuestra compañía —respondió Evelyn, con calma, aunque por dentro estaba hecha un mar de nervios.

—Bien, pues... Mañana en la mañana, si no tenéis muchas tareas que os ocupen el día, quisiera disfrutar de vuestra compañía —dijo Jamie.

Evelyn respondió con un leve asentimiento con la cabeza y mostrando una sonrisa de lo más dulce, aunque su hermana sabía que por dentro no existía calma alguna, sino una tormenta que se

desataría en llanto y angustia en cuanto estuviesen solas en su habitación.

Emma supo que esa noche le tocaría calmar a su querida hermana mayor, ya que era muy consciente de su gran rechazo al contacto masculino. Si Evelyn había barajado la opción de tomar los hábitos, el poder evitar tener que acostarse con un hombre era uno de los motivos que más la habían empujado a ello.

Evelyn Fraser era una joven dulce, elegante y muy paciente, pero de una fe inquebrantable y una firme decisión de entregarse por entera a Dios. Pero, al tener que renunciar a su deseo y verse obligada a convertirse en todo aquello que nunca deseo, iba a suponer un terrible trauma para ella...y Emma lo sabía.



CAPÍTULO 7

Jamie esperaba paciente en la pequeña sala de lectura que había junto al gran salón. Su intención era la de ir a buscar a su prometida a su habitación, pero se encontró con Dorian de camino y fue idea del joven el guiarlo hasta esa pequeña estancia. Tras una breve presentación de los libros que el clan Fraser había ido recopilando, fue en busca de sus primas.

Recorrió las estanterías con la mirada, deteniéndose en aquellos ejemplares que le causaban especial interés. Libros como relatos de batallas pasadas, sobre economía y algunos poemarios que reconoció de su propia librería en el castillo Campbell. Aunque hubo uno que llamó su atención.

Tomó el libro del lomo, con delicadeza, y lo deslizó de la estantería con cuidado. Una vez en la mano, se asombró al comprobar que se trataba de una edición especial de las crónicas de

Julio César en las Galias y en latín. Pocas personas podían leer esa lengua, salvo gente de muy alta cuna y los propios clérigos.

—Veo que habéis encontrado el libro favorito de Dorian —dijo una suave voz femenina a su espalda.

Jamie levantó la vista del libro y la dirigió hacia la entrada. La belleza que se mostraba ante él lo dejó pasmado. Una joven de cabellos dorados, perfectamente peinados, y que caían en una hermosa cascada de bucles sobre sus hombros. Pero lo que más resaltaba en ella era el vestido de colores ocres y dorados, que hacían resaltar aún más su rostro angelical.

—Lady Evelyn —saludó después de tragar saliva.

—Lord James —respondió con una reverencia de lo más elegante —. Mi primo me informó de que estabais aquí. Espero no haberos hecho esperar demasiado —dijo.

Esa forma de hablar tan dulce, lo tenía embelesado. Su prometida era todo pudor, compostura y un talante típico de la realeza. Jamie esbozó una amplia sonrisa y se acercó a ella en dos zancadas, tras devolver el libro a su lugar. Tomó una mano de la joven y se la llevó a los labios.

—Estáis radiante, así que afirmaría que la espera ha merecido la pena —pronunció contra el dorso de su mano, fijando la mirada en ella.

Evelyn no respondió, tan solo asintió con la cabeza. Sus mejillas se tiñeron de un rosado que a Jamie le encantó. Un color típico en

las muchachas puras ante los halagos y atenciones de los hombres. Se incorporó y le ofreció su brazo, el cual ella tomó con delicadeza. Ambos emprendieron camino hacia el exterior del castillo.

El día parecía otorgarles una tregua y decidió disipar la bruma con la que amaneció a primera hora de la mañana. El cielo se veía despejado y de un azul intenso. Las aves revoloteaban sobre sus cabezas, emitiendo cánticos que parecían acompañar el paseo de unos enamorados.

—¿Deseas pasear por el jardín, lady Evelyn, o preferís que nos acerquemos más hacia la zona boscosa? —preguntó Jamie, en un momento del camino.

—El jardín estará bien para empezar, lord James —respondió ella.

—Por favor, llamadme Jamie. De la otra forma, pensaré que estaréis nombrando a mi padre. —Evelyn soltó una risita risueña que a él le pareció una delicia, una musicalidad tan elegante como lo era toda ella.

—Como gustéis..., lord Jamie —pronunció Evelyn, finalmente.

Recorrieron el sendero de gravilla con paso lento y pausado. Evelyn saludó a varias personas con las que se cruzaron: sirvientes, guerreros y un pequeño grupo de niños que juagaban a un lado del camino. Jamie observó la dulzura con la que hablaba a los pequeños y comprendió que sería una madre estupenda. Sonrió a sabiendas de que había hecho una buena elección.

—Decidme, lord Jamie...

—Habladme un poco sobre...

Ambos hablaron al mismo tiempo, lo que provocó que se rieran de forma relajada.

—Hablad vos, lady Evelyn —sugirió él.

—Oh, no. Por favor, lord Jamie. Vos primero.

—Insisto. —Ella esbozó una grácil sonrisa que a él le pareció la más hermosa que había visto nunca.

—Contadme cómo es la vida en tierras Campbell —dijo Evelyn.

—¿Os referís a todo el clan o solo a Clackmannanshire?

—Oh, claro. Perdonad, había olvidado que los Campbell sois un gran clan, repartido por diferentes zonas del reino. Con saber sobre vuestro hogar, sería suficiente, ya que será donde vayamos a formar nuestra propia familia —comentó ella.

Jamie la guio hacia un pequeño banco a los pies de un frondoso árbol que parecía resistirse al paso de las estaciones y se negaba a soltar sus hojas, como así lo hacían el resto de los alrededores. La ayudó a tomar asiento y luego él se acomodó a su lado, manteniendo una distancia prudencial.

—Mi hogar es un lugar hermoso, cálido en primavera y verano y frío en épocas invernales. Aún, a mi juicio, cuando más hermoso se pone todo es en otoño. Los árboles se transforman en colores tan rojizos que parecen antorchas en llamas. En esa época, la bruma es

más espesa y. cuando rodea la colina del castillo, parece como si la magia de la naturaleza protegiese el clan —comenzó a relatar.

»El castillo Campbell está construido sobre una colina, desde donde se ve toda la extensión del territorio. La arboleda que cubre la ladera actúa como una barrera natural, es como tener a cien mil soldados apostados alrededor de las murallas, portando gigantescas lanzas. —Jamie se había quedado mirando al horizonte, a algún punto en la lejanía y con una sonrisa nostálgica en su rostro mientras describía su hogar.

—Suena increíblemente hermoso —dijo ella.

—Lo es —contestó él, devolviendo la mirada a los ojos marrones de su prometida—. Estoy seguro de que os enamoraréis de mi hogar.

—Estoy convencida de ello.

Se hizo un silencio un tanto extraño entre ambos, como si al terminar de describirle Clackmannanshire, ya no hubiera nada más que necesitasen saber el uno del otro. Hasta que Jamie recordó una de las cartas que Evelyn le había enviado.

—Lady Evelyn —pronunció su nombre para atraer de nuevo su mirada—. En una ocasión, me contasteis que os considerabais una persona muy devota y que solíais rezar unas tres veces al día —dijo.

—Sí, así es, señor. Siento una gran devoción por nuestro señor y creador, desde bien pequeña supe que estaba destinada a... — Evelyn no continuó la frase, comprendió que esa confesión podría

poner en riesgo el compromiso pactado entre ambos clanes y eso podría ocasionar una nueva rencilla.

—Continuad, por favor —la instó él.

Un nerviosismo se apoderó de ella al comprender que no sabía muy bien cómo salir de ese embrollo. «Si Emma estuviera aquí, sabría qué decir», pensó. Pero no estaba y debía ser ella quien solucionase lo que casi estropea. Decidió llevar la conversación por otros caminos.

—Mi devoción me hace ser una persona tranquila, calmada, como habréis podido comprobar. —Jamie asintió con la cabeza—. Supe, desde siempre, que estaba destinada a ser una persona de temple calmado, una mujer de férreos principios y lealtades, y alguien que se ocuparía en transmitir a los suyos esos mismos valores —explicó ella, y no era ninguna mentira. Tan solo omitió su deseo por servir a Dios de una forma más profunda y más pura, lejos del matrimonio.

—Esos son los valores que quiero y deseo que tenga mi futura esposa y vos, lady Evelyn, cumplís a la perfección todas esas expectativas —contestó él.

—Lord Jamie...yo... Gracias por vuestras sinceras palabras —balbuceó ella, emocionada por tales palabras hacia ella.

—Os las merecéis todas, mi lady.

Unas risas a lo lejos, atrajeron la atención de ambos y vieron al mismo grupo de niños de antes correr hacia la linde del bosque que

bordeaba el castillo. Uno de ellos parecía indicarles al resto una dirección y los incitaba a seguirlo con cierta emoción en su voz.

—¿Qué estarán tramando esos diablillos? —comentó Evelyn entre risas.

—¿Os apetecería averiguarlo? —preguntó Jamie. No esperó una respuesta cuando se levantó y le tendió la mano, un gesto que ella correspondió con una hermosa sonrisa—. Mi lady —dijo él.

Evelyn tomó su mano y emprendieron camino hacia la senda por la que los niños se habían introducido.



CAPÍTULO 8

Emma vio cómo su hermana y *el estirado* de su prometido se alejaban por el camino de la entrada. Por lo que pudo escuchar de la que pasaba por delante de la pequeña biblioteca, su paseo para estrechar lazos los llevaría al jardín delantero.

Sintió las enormes ganas de seguirlos a escondidas para asegurarse de que Evelyn estaba bien. Su instinto protector era muy fuerte para con su hermana mayor, que sabía a la perfección que había aceptado el compromiso por no defraudar a su padre.

Eso era algo que ella no aprobaba, la necesidad de los jefes de clanes de utilizar a sus hijas como monedas de cambio para obtener alianzas poderosas. Lo odiaba y no se molestaba en ocultarlo con nadie, cosa que a su padre lo volvía loco.

—No debéis preocuparos por vuestra hermana, lady Emma. —La voz masculina a su espalda la sacó de sus pensamientos. Al girarse,

se encontró con el gemelo del prometido de Evelyn, Colin Campbell —. Os doy mi palabra de que mi hermano cuidará bien de ella —juró, con esa sonrisa embaucadora que ya conocía bien.

—No me preocupa. Si vuestro *estirado* hermano le hace algún tipo de daño, yo misma le patearé el culo —aseguró ella, sin contenerse ni un ápice.

Colin estalló en carcajadas hasta doblarse sobre sí mismo, haciendo que a ella se le escapase una risita divertida.

—Nunca nadie había hablado de mi hermano de esa forma tan...sincera —dijo él, entre risas—. Los muchachos se van a divertir mucho cuando se lo cuente.

—Estoy segura de que alguien más tiene esa opinión de él, no soy la única —comentó Emma.

—Creedme, muchacha. Sois la primera en llamar *estirado* a mi hermano, aunque lo que más me ha divertido ha sido vuestra forma de amenazarle. Seréis una Fraser, lady Emma, pero tenéis un fuego típico de los Campbell. De hecho, os parecéis bastante a mi hermana, Arabella.

—Supongo que, entonces, será una mujer inteligente —dijo ella.

—No os hacéis una idea, mi lady. Inteligente y temperamental..., y rebelde, diría yo. Aún recuerdo las discusiones diarias que mantenía con nuestro padre por la negativa a casarse —explicó Colin, una vez que dejó de reír.

—Pero, ¿vuestra hermana no se había casado con un proscrito...un...un... ? —Emma fue consciente de que quizás se estaba metiendo en uno de esos jardines de los que tanto le hablaba Dorian cuando hablaba sin pensar.

—Podéis decirlo sin miedo: se casó con el proscrito que la secuestró —terminó Colin por ella.

—O sea, que era cierto. No se trataba de un rumor malintencionado.

—Bueno... Es algo más complejo que eso, pero sí, es cierto. Arabella y Ewan se conocieron en unas circunstancias un tanto inusuales.

Emma soltó una carcajada.

—Yo no lo llamaría circunstancias inusuales. Él la secuestró y luego la encandiló hasta convencerla para ser su esposa.

Colin volvió a estallar en risas, pero esta vez fueron algo menos efusivas.

—Se nota que no conocéis a mi hermana. Por las conversaciones que he mantenido con mi cuñado, os puedo asegurar que la que se encargó de desplegar sus dotes fue ella —aseguró él.

—Creo que me caería bien vuestra hermana —dijo Emma, con una sonrisa divertida en los labios.

—De eso no tengo ninguna duda, mi lady —contestó él.

Ambos se quedaron fijos el uno en la otra, mostrando un interés extraño en conocerse mejor. Hasta que un niño atravesó corriendo el

umbral de la puerta del castillo. Fatigado, se detuvo junto a ellos cuando Emma se interpuso en su camino.

—Pequeño Billy, ¿qué ocurre? —quiso saber ella.

—Es-es Ivette, mi lady. Ella es...está...el gatito se... —balbuceó el niño, a la vez que intentaba coger oxígeno.

—Cálmate, muchacho. Respira hondo y después habla tranquilidad —lo instó Colin, que no dudó en agacharse frente al pequeño y sujetarlo por los hombros.

Billy asintió y comenzó a hacer profundas respiraciones hasta lograr calmar la agitación con la que había entrado.

—Es el gatito de Ivette, mi lady. Se ha vuelto a subir a un árbol y no sabe cómo bajar. Ella intentó ir tras él, pero resbaló y se ha hecho daño en el brazo —les explicó.

—Condenado animal. ¿Qué clase de gato no sabe trepar a los árboles? —maldijo Emma.

Colin la miró, entre asombrado y divertido por esas palabras dichas en boca de una dama de su altura. Ella se dio cuenta de cómo la estaba mirando, se enderezó y cruzó los brazos al frente antes de decir:

—¿Qué? ¿Acaso nunca habéis oído hablar a una mujer así?

—Oh, sí. Ya lo creo que sí. No os podéis hacer una idea, mi lady —respondió él, en tono burlón al recordar a su hermana y su prima. Incluso su propia madre y sus tías tenían esa facilidad para soltar improperios como si de un rezo se tratase. Pero no había tiempo

para ello, en ese momento, así que centró su interés en el pequeño —. Joven Billy, llévanos con tu amiga —le pidió al niño, sin preguntarle a Emma si querría acompañarlos, pues tenía muy claro que ella tomaba sus propias decisiones y estaba convencido de que iba a ir tras ellos de igual forma.

Billy tomó la mano de Emma y tiró de ella durante todo el trayecto, siendo seguidos por Colin. Los llevó hacia la linde del castillo, donde comenzaba la arboleda a espesarse y se adentró en ella. No tuvieron que caminar mucho hasta encontrarse con el resto del grupo de amigos, que formaban un círculo alrededor de la pequeña Ivette.

Emma liberó al pequeño y corrió hacia la niña, que se quejaba y lloraba a la vez que sujetaba el brazo herido con la otra mano.

—Ivette, cielo. ¿Por qué has subido, si ya sabes que no puedes trepar bien? —preguntó con dulzura, un tono que a Colin lo asombró. No había restos de la joven rebelde con le acababa de hablar, ni ese fuego luchador. Tan solo el tono cándido de una madre o una hermana que se preocupa por un ser querido.

—Mi lady, lo-lo siento. Es-es que, Kitty se ha...se ha subido y.… y no... —sollozó la pequeña.

—Ese condenado gato te va dar un disgusto, cualquier día —bufó Emma.

Colin se tragó una risa al escucharla de nuevo maldecir de esa forma.

—Deberíamos de inmovilizarle el brazo antes de llevarla con vuestra curandera —dijo él. Comenzó a quitarse el cinturón en el que llevaba la espada y se agachó frente a la niña—. ¿Puedo? —le preguntó, señalando al brazo herido.

La pequeña lo miró un tanto pasmada, o aturdida por el dolor. No sabía qué hacer. Desvió la mirada hacia su señora, que asintió y le aseguró:

—Puedes confiar en él, Ivette.

La niña, entonces, dio su permiso y Colin se puso manos a la obra. En ese instante, un lejano maullido de auxilio resonó entre las ramas del árbol que había sobre ellos. Emma levantó la cabeza y soltó un bufido de disconformidad. Sin pensarlo dos veces, se acercó a la rugosa corteza, acomodó las faldas de su vestido como buenamente pudo y comenzó a ascender.

—¡Emma! —exclamó Colin, cuando la vio trepar con tanta destreza. No podía frenarla, ya que podía hacerle daño a la niña, si no anudaba bien el cinturón. Ahora, el que maldecía era él.

Estaba acostumbrada a trepar por esos árboles desde que tenía memoria, algo que a su padre siempre lo traía de cabeza. Emma recordaba escucharlo vocear órdenes y blasfemias para hacerla bajar, hasta que llegaba su madre, lo calmaba y, con un tono más dulce y nada agresivo, la instaba a bajar.

Por supuesto, era la única que hacía ese tipo de travesuras, ya que Evelyn nunca fue tan impulsiva. Siempre fue la más pausada y

la que menos problemas les había dado a sus padres. Ella, en cambio, era un demonio, como la llamaba su niñera en varias ocasiones.

Desde bien pequeña, Emma siempre prefirió jugar y pasar el tiempo con su primo, Dorian, y el resto de niños del clan. Las clases de costura y de protocolo le resultaban tediosas. Hasta las lecciones de conocimiento y de latín le pesaban demasiado. Ella era un alma libre y necesitaba volar fuera de aquellas paredes.

¡Miau, miau!

—Encima, no me increpes por tardar en llegar —protestó mientras ascendía por el tronco—. Deberías bajar tú solito, ya que has sido capaz de subir hasta aquí —le regañó.

Se agarró con fuerza a una rama, se impulsó con los pies y ascendió hasta donde se encontraba la pequeña bola peluda de color grisáceo y ojos grises, que la miraba como si fuese su salvadora. Y es que así era, venía a salvarlo de un trágico desenlace. Con suma habilidad, lo metió en los amplios bolsillos de la falda y comenzó a descender.

En cuanto tomó tierra, los niños corrieron a su encuentro y ella les hizo entrega del gatito, que no dejaba de maullar con fuerza.

—Y no volváis a dejarlo subir a un árbol tan grande —les ordenó a los pequeños.

—Por todos los ángeles celestiales, mujer. Casi me ocasionas un fallo al corazón —protestó Colin, del que se había olvidado por

completo en su escalada.

—Tranquilo, no es la primera vez que hago una cosa así —bromeó ella.

—Mi lady es una gran escaladora —aseguró Billy, que permanecía junto a Ivette, con el felino ya entre los brazos.

—¿Nunca habéis visto a una mujer trepar a un árbol, lord Colin? —preguntó Emma, en tono jocoso mientras se recolocaba la tela de la falda.

—Demasiadas veces y en todas ellas tuve la misma angustia —respondió él.

—No me lo digáis: vuestra hermana. —Colín asintió, con sonrisa traviesa asomando en su boca—. Me encantaría conocerla, sí —aseguró ella.

—Os llevaríais la mar de bien, os lo aseguro —dijo él.

El sonido de unas ramas al romperse les indicó a ambos que se acercaban visitantes inesperados. Cuando se dieron la vuelta, dos figuras erguidas emergieron de entre la maleza.

—Hola, hermanito —saludó Colin con sorna.



CAPÍTULO 9

Jamie se quedó de piedra al ver a su hermano a solas con la joven Emma, a pesar de estar rodeados por cinco pequeños y una niña que parecía haberse herido en un brazo. Dio un rápido vistazo a la situación y, tras ver cómo ella seguía alisándose las faldas de su vestido, abrió la boca para hablar, pero su prometida se adelantó.

—Emm, ¿has vuelto a subirte a un árbol? —quiso saber Evelyn. Su hermana se encogió de hombros.

—Alguien tenía que salvar al gatito de Ivette, antes de que se le volviese ocurrir a alguno de ellos encaramarse en tal aventura —respondió, sin más.

—¿Y tú dónde estabas? —preguntó Jamie a su hermano, en tono serio.

Por su mente pasaron miles de escenarios posibles y en todos acaba con el cuello de la joven Emma partido. Un escalofrío recorrió

toda su espalda y una sensación de angustia y desagrado lo invadió por un instante. Podría haber ocurrido una desgracia...

—Aquí, inmovilizando el brazo de la niña cuando lady Emma decidió que era buena idea trepar en busca del animal —respondió su hermano.

—Pues, bien podrías haber subido tú y no dejar que ella se pusiese en peligro —protestó Jamie. Colin lo miró extrañado por su tono y su reacción, ya que ella estaba en perfecto estado y sin ningún rasguño a la vista.

Emma no soportó ese tono condescendiente y autoritario del prometido de su hermana. Dio un paso hacia él y, con una actitud altiva, dijo:

—No necesito un hombre que me proteja y no es la primera vez que me subo a estos árboles... —A punto estuvo de llamarlo estirado, pero se tragó esas últimas palabras—, *lord Jamie* —pronunció en su lugar, con cierto retintín.

Ambos se miraron de forma desafiante. Una tensión incómoda se adueñó al instante del lugar.

—Mi lady es una gran escaladora, señor. No debe preocuparse por ella —intervino Billy, entonces, que aún rodeaba a la niña con un brazo, mientras sujetaba al gatito con el otro brazo.

Fue Colin quien premió la valentía del muchacho, acariciando su cabecita con ternura y sonriendo.

—¿Estás herida, Ivette? —quiso saber Evelyn, que se separó de su prometido para acercarse a los niños y rompiendo así el malestar generado instantes antes. La niña miró a su señora y asintió con lágrimas en los ojos—. Emma, debemos llevarla con la señora Grant —se apresuró a decirle a su hermana.

—Sí, en ello estábamos hasta que aparecisteis —respondió ella.

—Lord Jamie, si me disculpáis, será mejor que dejemos el paseo para otro momento. Ahora, debemos atender a estos niños —dijo Evelyn, en un tono suave y tranquilo que su prometido agradeció.

—No os preocupéis, lady Evelyn. En otro momento podremos continuar con el paseo —contestó él.

Ella le mostró una amplia y luminosa sonrisa, delicada y perfecta como era. Jamie le correspondió de igual forma, admirando las facciones tan femeninas de la joven..., hasta que sus ojos se desviaron hacia una mirada ambarina que lo observaba con cierto desprecio. Ahí estaba Emma Fraser, hablando con sus ojos y dejándole claro lo que pensaba de él.

Una cogió al gatito y la otra a la niña y, acompañadas por el resto de los pequeños, salieron de la arboleda y tomaron camino hacia el ala norte del castillo, donde la curandera tenía su sala de curas.

—Veo que os lleváis bien —pronunció Colin en ese instante, rompiendo el silencio.

—Es una mujer perfecta, la verdad. He hecho bien en aceptar este compromiso —contestó él.

—Yo hablaba de tu cuñada... —dijo su hermano con cierto tono de burla. Jamie se giró hacia él, intrigado—. ¿Qué? ¿No me negarás la tensión que hay entre los dos?

—No digas tonterías, Colin. Ves fantasmas donde no los hay.

—No creo que...

—Además, jamás podría posar mis ojos, ni mi interés, en alguien como ella. Ya la has visto. Es una insensata y diría que algo mal educada también —le cortó Jamie.

—No es insensatez, hermano. No has hablado con ella, por lo que no conoces lo que hay en su interior —dijo Colin. Pasó por delante de su hermano, en dirección al camino.

—Oh, y veo que tú ya la conoces muy bien. Pues, dime, hermanito... —habló él, acelerando el paso para alcanzarlo—, si no es insensatez, ¿qué es, entonces? —preguntó de forma burlona.

Colin se detuvo en seco y se giró para enfrentarlo.

—Es fuego y tú lo conoces muy bien..., y yo.

—Exacto. Y por ese motivo, no quiero que mi mujer sea así, sino que sea alguien que sepa comportarse, alguien que no...

—¿...que no te discuta las cosas, que no te eche el pulso? Oh, sí. Te auguro un matrimonio de lo más aburrido —cortó a su hermano.

—Que una mujer sea tranquila, educada y que sepa comportarse en público, no implica que el matrimonio sea aburrido. Mira a

nuestros padres..., o a nuestros tíos. No veo que tengan una unión aburrida y sabes tan bien como yo que se aman como el primer día. Eso es lo que deseo para mi futura unión —aseveró Jamie.

—Madre y padre se enamoraron antes de casarse, no fue un acuerdo. Y nuestros tíos, igual. Se eligieron los unos a los otros. Tú estás formalizando un matrimonio desde un contrato. Eso, hermanito, tiene de todo menos fuego y pasión —contestó Colin.

Jamie se cruzó de brazos antes su hermano y por fin lo entendió todo.

—Así que es eso. No apruebas este matrimonio.

—Pues, mira, no. No lo apruebo. No es esto lo que deseo para ti, ni yo ni nadie del clan. Y mucho menos, padre —escupió Colin la verdad que llevaba tanto tiempo contenida.

—Entonces, según tú, ¿qué debería hacer? ¿Casarme por un amor loco, que ponga en riesgo la estabilidad del clan? ¿Dejarme llevar por las pasiones amatorias, como habéis hecho todos y por las que casi hemos acabado entrando en diferentes guerras entre clanes? ¿Eso es lo que me pides que haga? Valiente futuro laird estaría hecho si hiciera tal cosa, Colin —soltó Jamie. Pasó por delante de su hermano con enfado y resoplando cual animal embravecido.

—Tan solo quiero que vivas la vida, James. Que te enamores, que disfrutes y que dejes de ser tan...*estirado* —exclamó su hermano.

Jamie se detuvo en seco y se giró hacia él, pasmado por lo que le acababa de llamar.

—¿Me acabas de llamar *estirado*?

Colin esbozó una sonrisa maliciosa y caminó hacia él.

—En mi defensa diré que ese apodo te lo ha puesto otra persona.

—¿Quién? ¿Duncan? ¿Ciaran? —exigió saber.

—Lady Emma Fraser —confesó y se alejó de su hermano, dejándolo boquiabierto.



CAPÍTULO 10

Las hermanas Fraser dejaron a la pequeña en manos de la sanadora del clan y se fueron juntas hacia el castillo.

—¿Y bien, hermanita? —empezó Emma la conversación.

—¿Y bien qué?

—Pues..., qué tal tu primera toma de contacto con *el estirado* de tu prometido.

—Emm, por favor. Deja de llamarlo así o un día se te escapará en su presencia y meterás al clan en un serio problema —la regañó Evelyn.

Emma soltó una carcajada, ya que estuvo a punto de escapársele antes cuando se encontraron. La mirada reprobatoria de su hermana cortó su risa. Se aclaró la garganta, entonces, y dijo:

—Está bien. Lo siento, Eve. No lo volveré a hacer nunca más.

Evelyn levantó una ceja y curvó los labios en una mueca divertida al tratar de contener la risa.

—Sabes tan bien como yo que no lo vas a dejar de llamar así. —Emma le mostró la sonrisa más traviesa del mundo y eso la hizo resoplar en señal de desesperación—. Qué vamos a hacer contigo, mi querida hermana —soltó a modo de plegaria.

—Quererme tal y como soy —se burló ella y ambas acabaron riendo.

Cuando llegaron a la entrada del edificio, se cruzaron con Dorian, que salía del castillo con la espada colocada a un lado de la cadera y manipulando la funda de cuero de su daga larga.

—Mis dos primas favoritas —las saludo con esa clásica sonrisa embaucadora.

Unas sirvientas que pasaban junto a él en ese instante, se sonrojaron al recibir un guiño pícaro por parte de este y se alejaron de allí entre risas nerviosas y susurros cómplices.

—Somos las únicas primas que tienes, Dorian —repuso Emma y, esta vez, el guiño cómplice fue para ella.

—¿Te vas a algún sitio, primo? —quiso saber Evelyn.

—Sí, a ver si Cromwell puede arreglar la empuñadura de la daga porque está algo suelta y así es imposible manejarla bien —explicó este.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Emma, con efusividad.

—Emm —la recriminó su hermana.

—Puedes venir conmigo, Eve —repuso ella.

—Sabes que no me gustan los caballos y que no sé montar.

—Si prefieres cabalgar conmigo, prima, no es molestia —dijo Dorian.

—No, lo siento. Quiero evitar a esas bestias todo lo que pueda —contestó la joven. Observó la cara de su hermana, que la miraba con expresión de niña pequeña. Suspiró a la vez que ponía los ojos en blanco—. Está bien, vete. Yo os esperaré aquí. Aprovecharé para encerrarme a rezar un poco —dijo.

—Hermanita, pasas demasiado tiempo metida en los textos sagrados. Deberías de salir y disfrutar un poco más de la maravilla de nuestras tierras —sugirió Emma.

—Ya las disfruto, Emm, solo que lo hago de una forma diferente a ti. No te preocupes por mí, ya sabes que prefiero más la compañía de Dios, me da paz —contestó Evelyn.

—Está bien, pero, cuando regrese, te vas a venir conmigo a dar un paseo por la orilla del río —le aseguró ella.

—¿Aceptaríais la compañía de un hombre en vuestro paseo? —intervino Dorian.

—Nuestro querido primo siempre es bien recibido en nuestro círculo privado —bromeó Emma y los tres rieron.

Tras despedirse de Evelyn, Emma y Dorian se fueron directos a las caballerizas. Allí, se cruzaron con varios de sus hombres, entre

ellos, Jona. Pasó por el lado de ambos y les mostró un saludo de lo más cordial.

—Sigue molesto, ¿verdad? —comentó ella, mientras iba en busca de su yegua y de los aparatajes de montar.

—¿Y te extraña? —dijo Dorian, que ya tenía la silla de montar entre los brazos y se la estaba colocando a su caballo.

—Sinceramente, sí. Ya sabía lo que había entre nosotros, nada en absoluto. Solo unos juegos inocentes...

—De inocentes no tenían nada, Emma. Has dejado que te besara, que te mostrara ciertas artes amatorias, impropias de una dama de tu posición y se acabó enamorando de ti. Se hizo ilusiones, prima, grandes ilusiones contigo —la cortó el joven guerrero.

—Nunca le prometí nada, Dorian. Y esas *artes amatorias* que mencionas, impropias de alguien de mi posición, no son tan impropias como piensas. Muchas otras mujeres como yo han probado *cosas* antes de embarcarse en un matrimonio infructuoso y aburrido —dijo tras tirar de las cinchas de su silla para ajustarla bien a la grupa de la yegua—. Y te puedo asegurar que muchas de ellas no han llegado *tan puras* a sus enlaces. Yo, por suerte, sigo siéndolo —afirmó a la vez que enganchaba bien la última correa.

—No quiero saber qué amigas son esas —bufó Dorian, antes de subirse a lomos de su caballo.

—Pues, a algunas las conoces bien —bromeó ella. Con un pie en el estribo, y agarrándose bien al borde de la silla, se impulsó de una

vez hasta acabar a horcajadas sobre la yegua.

—En serio, Emm. Si no quieres nada con Jona, déjalo ir —comentó su primo y espoleó a su caballo para salir de allí a un trote corto.

Ella resopló y fue tras él. Le fastidiaba bastante que se metiera tanto en su vida privada, aunque las mujeres de los clanes no tuvieran derecho a tenerla. No entendía por qué ellos, desde bien jóvenes, se les permitía ser todo lo promiscuos que quisieran y a ellas no se les permitía ni un mísero beso en los labios.

Era joven, sí, y pura, ya que no se había encamado con nadie, pero sí había llegado a probar la miel de la excitación de manos del joven guerrero que ahora la despreciaba tanto. Lo que Jona la hizo sentir en un par de ocasiones con su boca y sus manos era algo increíble y no entendía por qué eso debía de considerarse pecado o algo lascivo en las mujeres. No tenía ningún sentido.

Se movió incómoda sobre la silla, al recordar esos dos encuentros con Jona en mitad de la vegetación del bosque. Los gemidos que él le arrancó cuando metió su cabeza en los pechos y los saboreó con tanta pasión, esa forma de juguetear con sus pezones y el movimiento de sus dedos dentro de ella, que la hicieron caer al borde de la locura, no podían considerarse algo pecaminoso. Al contrario, fueron las mejores experiencias de su vida.

No se avergonzaba de ello, como esperarían todos que sucediera. Al contrario, estaba convencida de que era algo que todas

deberían de probar, al menos, una vez en la vida antes de casarse con ningún desconocido. ¿Por qué no? Ellos lo hacían a todas horas.

Dorian ya se había encamado con la mitad de las muchachas que servían en el castillo, al igual que el resto de guerreros, y no se les veía avergonzados ni compungidos. Y a ellas, tampoco se las veía diferentes. ¿Por qué se esperaba de ella lo contrario? ¿Tan solo por ser una dama de su posición, la hija de laird que esperaba conseguir un acuerdo fructuoso con algún otro clan tras venderla como si fuera ganado?

No, Emma Fraser no estaba dispuesta a dejarse manejar como si fuese una oveja, cuya única misión en la vida era la de parir los vástagos de un hombre que, con total seguridad, sería un grosero y un huraño con ella y con sus hijos. Llegaría virgen al matrimonio, pero no inocente.



CAPÍTULO 11

Los días pasaron con cierta calma y tranquilidad. Días en los que Jamie y Evelyn daban largos paseos por las inmediaciones del castillo, o se encontraban en la pequeña biblioteca donde hablaban de forma distendida sobre su visión de la vida. Se esforzaban mucho en conocerse bien antes del enlace.

A pesar de la insistencia de Logan Fraser por fijar una fecha, ambos prometidos decidieron tomarse su tiempo para estar seguros de que los dos querían esta unión. Más bien fue cosa de Jamie, ya que, poco a poco, iba a conociendo mejor a su futura esposa y era consciente de que albergaba muchas dudas.

—No veo por qué seguir retrasando el enlace, lord James. ¿Acaso os estáis replanteando esta unión? —quiso saber el laird.

—Que penséis eso de mí me ofende, laird. Y no sé muy bien qué opinaría mi padre de que estéis insinuando tal cosa —soltó él, serio.

Logan le había citado a una reunión, en su despacho, esa mañana del séptimo día desde su llegada. No quiso que nadie más acudiera, por eso ni Colin ni Dorian fueron invitados, aunque sí que se encargaron de emitir sus protestas.

—No sería la primera vez que un Campbell rompe un acuerdo firmado con mi clan, mi señor. No es nada personal —comentó el laird. Se acomodó contra el respaldo de la silla y cruzó los brazos al pecho—. De hecho, vuestro padre tuvo dos intentos de unir nuestros clanes con mis dos hermanas, una de ellas fallecida de forma trágica...

—Y aun así, aquí estoy. —Jamie empezaba a comprender las negativas de su padre porque aceptase ese acuerdo, cuando Archibald Campbell se lo propuso. Estaba claro que entre los Campbell y los Fraser de Lovat había una herida bien profunda—. Le propongo algo, señor —dijo.

—¿Una nueva condición a estas alturas? —intentó protestar el laird, pero Jamie hizo caso omiso de sus quejas. Se levantó y se acercó a las estanterías de madera oscurecida que revestían las paredes. Tomó un libro al azar, casi sin prestarle atención al texto.

—Si en cuatro semanas no hemos fijado una fecha, me comprometo a pagarle la dote a su hija, aunque el acuerdo no se cumpla.

Logan lo miró intrigado, estudiando su postura y buscando algún resquicio de mentira. Se acarició el mentón mientras analizaba en su

mente la propuesta del joven heredero.

—¿Podéis hacer tal promesa, sin contar con el beneplácito de vuestro padre? —preguntó, finalmente.

—Mi padre sabe que soy un hombre de palabra, al igual que él, y aceptará mis condiciones —aseguró él.

El silencio se hizo al instante. El laird del clan observaba a Jamie con cierta desconfianza, dudando si aceptar la oferta o, por el contrario, obligarlo a fijar una fecha y cumplir con el acuerdo firmado. Pero eso podría ser considerado como una declaración de guerra contra los Campbell y no estaba dispuesto a entrar en guerra con uno de los clanes más poderosos de toda Escocia, ni mucho menos enfrentarse al *demonio rojo Campbell*.

Sopesando todos los pros y los contras, Logan emitió un chasquido con la lengua, se levantó y extendió la mano hacia su futuro yerno y aliado del clan.

—Trato hecho.

Jamie esbozó una amplia sonrisa y estrechó su mano con la del hombre, firmándose, así, un nuevo acuerdo entre los Campbell de Clackmannanshire y los Fraser de Lovat. Terminada la reunión, abandonó el despacho y se dirigió en busca de su hermano para ponerlo al corriente de todo lo hablado.

Iba tan absorto en sus pensamientos, que no fue consciente de la presencia de las jóvenes Fraser hasta que chocó contra Emma al girar hacia las escaleras de salida.

—Oh, disculpad, mi lord. No os vi —se apresuró a decir ella.

—No, la culpa fue mía, lady Emma. Debí estar más atento —se disculpó él.

—Lord James —pronunció Evelyn a su espalda. Se giró y la saludó con un leve movimiento de la cabeza.

—Lady Evelyn, es una grata sorpresa encontraros —dijo él. Con un rápido vistazo, observó que su prometida llevaba una ropa discreta, pero elegante y calzado cómodo para caminar—. ¿Vais a dar un paseo, mi lady? —quiso saber.

—En realidad, voy a ver al padre Phillips. Hoy es mi día de confesión. Emma me acompañará, como siempre —respondió ella. Dulce hasta para dar una sencilla explicación y elegante en cada palabra. A James lo tenía encantado con su personalidad discreta y femenina.

—¿Y vais a ir caminando hasta la aldea?

—Pues...

—Preferiría ir a caballo, pero mi hermana les tiene miedo y no se fía de mí para que la lleve —interrumpió Emma.

James la miró, entonces. A pesar de no presentar su clásico semblante altivo, como solía mostrarle en los últimos días, encontró a la menor de las hermanas con pose erguida y algo molesta. Le quedó claro que su cuñada era una buena amazona, si se ofrecía a cargar con su hermana en una misma montura. Había que ser muy

buen jinete para ello y eso le generó una pizca de asombro y admiración por la joven.

—Emm, no es que no confíe en ti, es que temo que tu montura se encabrite y nos tire a ambas al suelo —dijo Evelyn.

Emma descruzó los brazos que hacía unos instante se había cruzado al pecho y dio un paso para hablar, pero fue James quien intervino.

—¿Y si os llevo yo, lady Evelyn? —Ambas hermanas lo miraron pasmadas—. Mi caballo es más robusto y soy un gran jinete, no debéis temer nada conmigo —aseguró. Emma soltó un resoplido, pero se abstuvo de decir nada, cosa que él agradeció.

—Esto... yo... —titubeó su prometida.

—No temáis, lady Evelyn. Lugh está acostumbrado a cargar con dos personas en su grupa. Sabe comportarse y está bien enseñado —insistió él.

—¿Llamáis a vuestro caballo como al dios de guerra? —preguntó Emma con gran asombro.

—¿Conocéis la mitología celta? —quiso saber Jame. Ella asintió, sin más—. Me asombra. Entonces, sabréis que Lugh no solo es el dios de la guerra. También lo es de las artes y las habilidades —puntualizó.

—Lo sé, gracias —respondió ella. Y ahí estaba de nuevo esos aires altivos.

Jamie opto por esbozar una media sonrisa tranquila y dirigirse hacia su prometida. No tenía ningún deseo de entablar la clásica conversación tirante que venía manteniendo con su cuñada en los últimos días.

—Entonces, ¿qué me decís, mi lady? ¿Confiáis en mí para que os lleve a vuestro momento de confesión?

La joven dudó durante unos instantes, ya que consideraba que montar junto a su prometido podría tomarse como un acto un tanto desvergonzado por parte de ella. Ambos cuerpos estarían demasiado cerca el uno del otro y eso la ponía excesivamente nerviosa. Por no hablar de lo que opinarían en el clan cuando la viesen entre los brazos de un hombre que no fuera su primo.

—Emm, ¿vendrías igualmente con nosotros? —preguntó a su hermana.

—Por supuesto, Eve. No te dejaré sola...

—Si os preocupa que pueda hacerle algo a vuestra hermana, lady Emma, os aseguro que nada más lejos de la realidad —pronunció Jamie, que empezaba a perder la paciencia con tanto Fraser con actitud altiva.

—No sois vos quien me preocupa..., *señor* —respondió ella, poniendo énfasis en la última palabra y haciendo una media reverencia de lo más teatral.

—Está bien, dejad de pelear, por favor —intervino Evelyn—. Lord James, me sentiría más cómoda si mi hermana nos acompañase. Es

por las habladurías, ya me entendéis. Si nos ven a los dos solos, montando en el mismo caballo...

Jamie comprendió, entonces, que las intenciones de Emma no eran otras que las de proteger la reputación de su hermana. No tenía nada que ver con su enemistad ni con que lo hubiese apodado *estirado*, como le había dicho Colin. Era una cuestión de lealtad y protección hacia un ser querido. Y sin darse cuenta, sintió un gran orgullo por la hermana rebelde del clan.

—Está bien, lo comprendo. Vamos, pues —dijo, sin más. Le ofreció el brazo a su prometida y esta apoyo una mano con suma delicadeza, mostrando una sonrisa de lo más risueña.

Se dirigieron hacia las caballerizas, acompañados por Emma, que caminaba al lado de su hermana. Por el camino, se cruzaron con dos de los hombres de James.

—¡Ciaran, Bean! —los llamó. Estos se acercaron a ellos, iban cargando con las espadas al hombro y riendo por alguno de los chascarrillos que habrían soltado uno de los dos.

—Mi lord —saludaron al llegar a su altura, haciendo ambos una reverencia divertida, a sabiendas de que eso iba a molestar a su amigo. James soltó un bufido de molestia y estos rieron.

—¿Habéis visto a Colin? —les preguntó.

—Está en el campo de entrenamiento, con Duncan y Dougal —contestó Ciaran.

—Decidle que he ido a acompañar a mi prometida y a su hermana a la iglesia y que hablaremos a mi regreso.

—Muy bien, Jamie. Se lo diremos —dijo el joven.

Los guerreros Campbell retomaron su camino, mientras que ellos tres se fueron directos a los establos.

Evelyn decidió esperar en el exterior y ninguno se opuso a ello. James descubrió una cosa nueva sobre su futura esposa: Le asustaban los caballos. Así, se ahorraría el tener que salir al galope en busca de una alocada mujer, que saldría huyendo a lomos de su montura en cualquier momento, tal y como solía hacer su hermana, Bella.

Sí, James cada vez se convencía más de que había hecho una buena elección con su futura esposa y la futura señora de su clan.



CAPÍTULO 12

El día estaba despejado, algo que agradecieron. Con un día tormentoso o lluvioso, los caballos suelen estar más inquietos y el riesgo a un resbalón era mayor.

Emma cabalgaba junto a su hermana y James, siempre del lado derecho para poder hablar con ambos y sin que Evelyn se rompiese el cuello. Le sorprendió lo cómoda que iba entre los brazos de su prometido, ya que ella sabía del temor que sentía por el contacto físico con los hombres.

Al parecer, James Campbell le inspiraba la suficiente confianza y seguridad como para ceder ante sus miedos. Eso hizo que empezase a verlo con otros ojos..., o, al menos, a plantearse rebajar la tensión que había entre ambos.

El recorrido hasta la pequeña capilla, ubicada a mitad de camino entre el castillo y el poblado, fue de lo más tranquilo. Cabalgaron a

un ritmo relajado, sin muchos ajetreos por parte de las monturas, y manteniendo una conversación de lo más enriquecedora.

—Montáis muy bien, lady Emma —comentó Jamie, en un intento por congraciarse con su cuñada.

—Emm es una gran amazona. Lo cierto es que es una mujer muy habilidosa, tiene muchísimas virtudes —contestó Evelyn por ella.

—Ya veo que admiráis mucho a vuestra joven hermana —dijo él.

—Sí. En muchas ocasiones, desearía ser más como ella: valiente, intrépida y decidida...

—Tú también eres valiente, Eve —la interrumpió Emma.

—No tanto como tú, hermana.

—Pero vos tenéis otras virtudes que son muy admirables, lady Evelyn —afirmó él, para sorpresa de Emma. Lo miró de soslayo, encontrando una mirada grisácea y una sonrisa de lo más sincera—. Sois leal, educada, elegante y tenéis un aplomo nada convencional para una mujer de vuestra edad. Medís los tiempos y siempre sabéis qué decir en todo momento —continuó.

Evelyn agachó la cabeza, buscando ocultar la rojez de sus mejillas por esos halagos que muy pocas personas se habían atrevido nunca a lanzarle. Tan solo había escuchado palabras positivas y de ánimo de parte de su hermana o de su primo, Dorian.

—Gracias, lord James —murmuró con timidez.

Emma se movió en su montura y miró hacia la pareja a su lado. Se encontró de nuevo con la mirada del guerrero fija en ella. Movida por el agradecimiento de sus palabras hacia su hermana, movió los labios para decirle un *gracias* sincero. Él asintió y sonrió, lo que hizo que un extraño escalofrío recorriese toda su espalda. Rompió el contacto visual y dirigió la mirada al frente, sintiéndose algo inquieta sobre su yegua.

El edificio religioso se encontraba a la derecha del camino, casi lindando con el inicio del bosque. Una construcción sencilla, de piedra gruesa y pulida, de un color grisáceo como un día tormentoso, y un tejado a dos aguas del que sobresalía una sencilla torreta. Allí arriba, se veía a la perfección una campana ennegrecida, de la que colgaba una cuerda gruesa que llegaba hasta el suelo.

Dejaron los caballos a un lado del camino de entrada, amarrados a una barandilla de madera. A Emma le sorprendió ver cómo su hermana se dejaba ayudar, de nuevo, por su prometido. Sin sus clásicos temblores, Evelyn extendió los brazos hacia James Campbell y se dejó coger entre los brazos del joven para ser depositada, con mucha delicadeza, en el suelo.

En ese instante, las puertas de la iglesia se abrieron y un hombre, ataviado con las clásicas vestimentas de un clérigo, se acercó a ellos. Llevaba las manos entrelazadas al pecho y caminaba con la calma típica de un hombre de Dios.

—Mi querida lady Evelyn —saludó en cuanto llegó a su altura.

—Buenos días, padre Phillips —respondió ella—. Le presento a mi prometido, James Campbell —comentó, señalando hacia el joven guerrero a su lado.

—Oh, así que vos sois el hombre que se llevará a esta flor tan hermosa de tierras Fraser —dijo el clérigo.

—Así es, señor. Espero estar a la altura de vuestras expectativas —respondió James.

—Mientras respetéis a mi dulce niña y la cuidéis como se merece, no tendréis ningún problema conmigo..., ni con él —convino el hombre, señalando con un dedo hacia el cielo y haciendo referencia a Dios.

—Jamás osaría despertar su ira, señor —aseguró él, haciendo una reverencia un tanto teatral que hizo que Emma resoplase con desgana.

El clérigo desvió la mirada verdosa hacia donde estaba ella.

—¿Decidme que no os tengo que confesar a vos también? —quiso saber el hombre, sin más.

A Jamie le extrañó esa pregunta y la forma seria con la que miraba a la joven hermana. Estaba claro que Evelyn era su favorita, pero no entendía muy bien ese descontento con Emma.

—No, tranquilo, padre Phillips. Mi alma y mi conciencia están perfectamente limpias... —aseguró ella—, por el momento —soltó, acompañando de una sonrisa de lo más traviesa.

El cura miró hacia el cielo y suspiró una plegaria, lo que hizo que ambas hermanas se riesen de forma cómplice.

—Tendré que preparar el rosario más largo que tenga en la sacristía —dijo el hombre de cabello cano y barba grisácea—. Bien, pues, si estáis lista, mi querida niña —comentó, mirando a Evelyn.

—Sí, padre. Cuando gustéis —respondió ella.

El padre Phillips se hizo a un lado y, con un gesto del brazo, invitó a la joven Fraser a iniciar el camino hacia el interior de la iglesia. Jamie dio un paso para seguirlos, pero el cura lo detuvo.

—Oh, no, mi lord. Lo siento, pero esto es un momento de recogimiento y privado en el que solo podemos estar la joven, yo y el altísimo —le informó, de nuevo señalando hacia el cielo.

No le dio opción a responder nada. Simplemente, se giró y caminó junto a Evelyn hasta que ambos desaparecieron tras las puertas de madera de la entrada.

—Tranquilo, cuñado. Siempre es así de *amable*, el padre Phillips —comentó Emma, entonces, con cierta sátira.

—Veo que no os cae especialmente bien..., ni vos a él tampoco —apuntó él.

—Qué observador —dijo ella. No habló nada más y se volvió hacia su yegua. Comenzó a ajustar las cinchas de la silla de montar, ya que se habían aflojado un poco, y subió con gran agilidad.

—¿Es que os vais? —quiso saber Jamie, intrigado al verla sobre la yegua.

—Mi hermana tardará un buen rato en salir. Si vos queréis esperar aquí, por mí bien. Yo quiero ir a la aldea, a ver cómo está la pequeña Ivette.

—Os acompaño, entonces —dijo él y, sin revisar nada de su montura, subió de un salto a lomos del ejemplar oscuro, que resopló al notar el peso de su jinete sobre el lomo.

—Como gustéis, mi lord. —Espoleó a su yegua y abandonó la esplanada de la iglesia al galope, lo que sorprendió a Jamie de forma súbita.

—Maldita sea —maldijo él y azuzó a Lugh para darle alcance.



CAPÍTULO 13

Emma siempre se sentía libre cuando galopaba, pero en esa ocasión se sentía poderosa por haber dejado atrás al prometido de su hermana. No pudo evitar reírse divertida, mientras su yegua se movía como el mismísimo viento.

Pero la diversión le duró poco cuando James logró darle alcance y, echando mano de las riendas de su montura, detuvo el avance.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis? —protestó ella, tirando de las riendas para que él las soltara.

—¿Me preguntáis qué demonios hago yo? Estáis loca, lady Emma. Casi se me sale el corazón del pecho al veros cabalgar de esa forma. Podríais haberos matado —exclamó James.

Intentaba por todos los medios no perder la paciencia, aunque tenía el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Al verla salir galopando de esa forma, lo único que se le pasó por la mente fueron

las diversas formas en las que encontraría su cuerpo unos metros más adelante, estampado contra el suelo.

—Por favor, señor. No es la primera vez que...

—Pues, al menos mientras estéis conmigo, mi lady, no volveréis a cabalgar de esa forma —inquirió él.

Emma volvió a dar un tirón a sus riendas, logrando, así, librarse del agarre al que él la mantenía sujeta.

—No sois mi laird ni mi dueño, lord James. No os atreváis a darme órdenes —aseveró ella.

—Pero, pronto seré vuestro cuñado y futuro líder de mi clan. Así que espero cierto respeto de vuestra parte. Mientras estéis a mi cargo, sean cuales sean las circunstancias, acataréis mis órdenes y nunca haréis nada que pueda poner en peligro vuestra integridad ni la de nadie más —ordenó James.

—El respeto se gana, mi lord. —No le dio opción a réplica. Emma volvió a espolear a su yegua y emprendió camino de nuevo hacia la aldea.

James maldijo de nuevo y, a pesar de que su mente racional le invitaba a regresar a la iglesia y esperar allí pacientemente, no pudo luchar contra la necesidad de asegurarse de que Emma no sufriera ningún accidente o la asaltaran en el camino. Su instinto de protección se agudizaba demasiado en presencia de la joven Fraser, a pesar de que constantemente le hacía saber que no necesitaba de su protección.

Azuzo a Lugh y este, resoplando, se alzó de patas y emprendió galope tras la yegua torda.

Llegó casi a la par que ella a la aldea. Ambos rebajaron el ritmo para recorrer los últimos metros a un paso calmado, pero no se hablaron. James la observaba de la distancia, con cierta intriga, y no era el único. La había pillado mirándolo con mal disimulo en alguna que otra ocasión.

La casa a la que se dirigían estaba pasando la pequeña cantina que había a mitad del pueblo, tomando el sendero de la derecha. La gente que se cruzaba con ellos, saludaban a Emma con una enorme sonrisa y no se cortaban en mostrar el afecto que sentían por la menor de los Fraser. Estaba claro que tanto ella como su hermana, Evelyn, eran muy queridas por sus gentes y eso era un gran punto a favor de ambas.

—Es allí —informó Emma, en un momento del camino y señalando con la cabeza hacia una pequeña cabaña de piedra y madera envejecida—. Si lo preferís, podéis esperarme en la taberna...

—No será necesario. Iré con vos..., si no os molesta —se apresuró a decir él.

—Siempre y cuando no me impongáis nada, no seréis una molestia, lord James —dijo ella.

Jamie suspiró, resignado por haber roto la poca buena actitud que había logrado con ella y a sabiendas de que, en gran parte, había sido culpa suya. No debió haber reaccionado así y mucho menos cuando todo el mundo le aseguró que Emma era una gran amazona. Debió confiar más en ella y en su destreza.

Dejaron los caballos amarrados en un poste al otro lado del camino y se dirigieron hacia la casa de los McNab. Antes de entrar, Jamie se interpuso entre la joven y los últimos pasos de la puerta.

—Lady Emma, quiero disculparme por mi actitud anterior —pronunció él, para asombro de la joven—. Yo..., me comporté como un autoritario y no confié en vos y vuestra destreza como amazona. Debo confesar que sentí algo de miedo al veros salir al galope de esa forma, pero eso no es excusa para comportarme como lo hice. Lo siento mucho —dijo con arrepentimiento.

Ella lo escudriñó con intriga, ya que no se esperaba un ejercicio de sinceridad por parte de alguien de su categoría. Retuvo bien sus palabras y, en lo más profundo de su ser, algo la empujó a creer en ellas.

—Acepto vuestras disculpas, lord James. Le prometo no volver a ponerlo en una tesitura así. Yo también me disculpo, no estáis acostumbrado a mi presencia y actúe movida por mi propio instinto. No volverá a suceder, os lo prometo —respondió ella. Él asintió y le mostró una sonrisa que Emma no le había visto hasta ese instante.

—Lo cierto es que me habéis recordado a alguien...

—A vuestra hermana, ¿no es así? —interrumpió ella.

—Veo que mi hermano os ha estado poniendo al día sobre nuestra familia —dijo James.

—Bueno, no mucho, pero sí me habló de ella y de lo mucho que nos parecemos ambas, salvando las diferencias —comentó Emma.

Jamie dio un paso hacia ella para contestarle, pero la puerta tras ellos se abrió y una mujer de cabello castaño, recogido en un moño despeinado, salió a su encuentro.

—¡Lady Emma! ¡Qué grata sorpresa! —saludó la mujer.

—Hola, Brigit. Vengo a ver qué tal está Ivette, hace días que no me paso y quería comprobar que esa pequeña diablilla sigue ilesa —comentó Emma.

—Oh, mi lady, gracias por interesaros, pero sigue bien..., a Dios gracias —contestó Brigit a modo de plegaria al cielo. Reparó, entonces, en la presencia de Jamie y se quedó parada ante el umbral de su casa.

—Disculpad mis modales, Brigit. Os presento a lord James Campbell, el...

—El prometido de lady Evelyn, sí. Toda la aldea somos conocedores de la presencia de los Campbell en tierras Fraser —la interrumpió la mujer.

—Señora —saludó él con un leve gesto de la cabeza—. Espero que mis hombres no hayan sido un incordio en la aldea —quiso saber él.

—Oh, no, señor. Al contrario, han sido unos muchachos muy dados a colaborar con algunas labores del pueblo. Podéis sentiros orgulloso del comportamiento de vuestros hombres, mi lord —contestó ella. James le otorgó de nuevo esa sonrisa tan sincera y relajada que Emma desconocía hasta esos momentos y que debía reconocer que le gustaba. Esa faceta suya le hacía parecer menos...*estirado*—. Por favor, señores. Pasad a nuestro hogar. No tenemos mucho que ofrecer, pero acabo de hornear unas galletas y mi esposo hace un whisky casero delicioso —dijo y, con un gesto, los invitó a entrar en la humilde casa.

—No será necesario, señora. No queremos molestarla en sus quehaceres —comentó Jamie, adelantándose a Emma.

—No es ninguna molestia, mi lord. Es un placer que nos honren con su visita y a Ivette le encantará ver a lady Emma —aseguró la mujer.

—Muy bien. En ese caso, ustedes primero —dijo Jamie, haciéndose a un lado ante la puerta y dejando que ambas mujeres entrasen primero.

Al pasar por delante de él, Emma le dedicó una sonrisa de lo más femenina e hizo que algo dentro del guerrero se removiera de forma abrupta. ¿Acaso la rebelde de los Fraser le había otorgado con un gesto de aceptación? ¿De respeto, tal vez? ¿Se acabarían las tensiones entre ambos, al fin? No estaba seguro, no había respuesta

para ninguna de esas preguntas, pero intentaría no romper esa tregua que se había instalado entre ambos.

No se demoraron mucho tiempo la casa de los McNab, ya que debían regresar a la iglesia para recoger a Evelyn. Sí mantuvieron una conversación relajada y distendida con Brigit y el marido de esta, mientras la pequeña Ivette correteaba alrededor de ellos y le mostraba a Emma todas las muñecas de trapo que su madre le había hecho.

Se despidieron de la familia y abandonaron la cabaña casi a mediodía.

—Esa niña tiene mucha energía —comentó James tras cerrar la puerta. Emma rio, divertida, y a él le resultó un sonido de lo más melodioso. Casi celestial. Una risa que parecía remover partes de su interior que no sabía ni que existían.

—Me recuerda a mí cuando era pequeña. Y, al igual que ella, siempre me estaba metiendo en problemas y en algún que otro accidente —dijo ella, de forma alegre.

—Por qué será que no me sorprende —se burló él.

Emma le dio un pequeño codazo antes de cruzar el camino hacia el poste donde esperaban sus monturas, entre risas. Estaba tan distraída por esa forma en la que ambos habían comenzado a interactuar, desde que se pidieran disculpas con anterioridad, que no

escuchó el sonido de unos cascos que se acercaban a gran velocidad hacia ellos.

En apenas unos segundos, Emma se vio volando directa a los brazos de James, quien, en algún momento, la había agarrado del brazo y había tirado de ella para salvarla de ser arroyada. Con la cara metida contra el pecho del guerrero, Emma sintió el latir de su corazón con fuerza..., o tal ver era el de ella el que se escuchaba.

—¿Estáis bien? —quiso saber Jamie. La separó lo justo de su cuerpo, le apartó el cabello salvaje hacia atrás y envolvió su rostro con ambas manos. Sus miradas se quedaron enganchadas y Emma pudo ver angustia y horror en sus ojos.

—Sí..., yo... no los oí... —balbuceó. Se sentía mareada, pero más por las emociones que estaba sintiendo que por el susto de ser casi aplastada por unos caballos.

—Quedaos aquí. Iré en busca de esos malnac...

—No —lo interrumpió, que se aferró con fuerza a la chaqueta del joven. No quería que la abandonase, a ella, a la rebelde e independiente Emma Fraser le horrorizaba que la soltase en esos instantes—. Por favor, no me soltéis, mi lord —suplicó, sin conocer a la muchacha que pronunciaba esas palabras salidas de su propia boca.

James la observó con detenimiento, sin dejar de acariciarle las mejillas con los pulgares. Por un instante, uno fugaz, sintió el enorme deseo de apoderarse de esos labios carnosos que le

suplicaban que no la soltase. Y, por lo que dedujo en la mirada de ella, también sentía el mismo deseo.

Apenas fueron unos instantes breves en los que ambos permanecieron en esa posición, hasta que la cordura hizo acto de presencia y pusieron distancia entre ellos..., aunque sus corazones clamasen por una cercanía aún más profunda.

No hablaron, no dijeron nada. Subieron a sus monturas y emprendieron camino de regreso a la pequeña iglesia..., en silencio los dos. Como si hablar fuese a empujarlos a cometer el mayor de sus errores.



CAPÍTULO 14

Cuando Evelyn cruzó el umbral del pórtico de la iglesia, se encontró con dos semblantes serios esperando por ella. Su hermana y su prometido estaban plantados de forma estratégica lo más lejos el uno del otro, aunque a él se le veía con una expresión menos tensa.

La de Emma, en cambio, era más fría..., o, incluso, más molesta que James. Permanecía inquieta junto a su yegua, acariciando el hocico del animal y dando ligeros golpecitos en el suelo con el pie. Pero lo que más observó en ella fue que evitaba mirar hacia donde él estaba.

Tras despedirse del clérigo, no sin antes dejar que el hombre le diese su bendición, se acercó a sus acompañantes.

James la recibió con una amplia sonrisa a la que ya se había acostumbrado en los últimos días. Emma, en cambio, esquivaba su

mirada.

—¿Podemos irnos ya? —se apresuró a pronunciar la joven de los Fraser. No esperó respuesta alguna y subió de nuevo a lomos de su yegua, quien pareció algo molesta por la tensión en de las riendas.

Evelyn la miró con intriga y luego buscó la respuesta en los ojos de su prometido, quien tan solo hizo un gesto de negación con la cabeza. James movió a su caballo hasta dejarlo ubicado cerca de ella para ayudarla a subir primero. Una vez que estaba segura sobre la silla, montó de un salto y tomó las riendas.

—¿Va todo bien? —quiso saber ella.

—Creo que sí, no lo tengo del todo claro —respondió él.

Evelyn conocía muy bien a su hermana y, aunque sabía que James no la estaba mintiendo, quiso escucharlo en boca de ella.

—Emm, ¿estás bien?

—Sí, no pasa nada. Es solo que... bueno, quiero llegar a casa cuanto antes —contestó de forma seca, sin mirarla.

Evelyn se fijó en cómo Emma apretaba con fuerza las riendas entre las manos y cómo evitaba el contacto visual tanto con ella como con James. Al no conformarse con la respuesta, volvió a preguntarle a él.

—¿Ocurrió algo en la aldea que...?

—Seguid vosotros solos. Yo tengo que ir a un sitio —la interrumpió Emma—. No esperéis por mí —dijo segundos antes de azuzar a la yegua y salir de allí como alma que lleva el diablo. Lo

único que escuchó fue la voz de su hermana llamándola, pero no se detuvo.

El corazón de Emma latía de forma desbocada, al igual que el de su montura, cuando llegó a su rincón secreto a orillas del río. Tras desmontar, le quitó el bocado a la yegua y la dejó para que pastara libremente. Se acercó a la orilla, se deshizo de su calzado y lo dejó todo a un lado. Con los faldones del vestido bien recogidos para no empaparse, se introdujo en las frías aguas.

—Oh, gracias —suspiró a modo de plegaria.

Se quedó ahí quieta, durante unos instantes en los que cerró los ojos y realizó varias respiraciones profundas para calmarse. En su mente, el recuerdo de ese breve instante en el que estuvo entre los brazos del prometido de su hermana y la forma tan delicada con la que había envuelto su rostro, mostrando una preocupación genuina por ella.

¿Qué demonios ha sido eso? ¿Por qué sentía aún como si una enorme losa pesara sobre su cuerpo, sobre su corazón? Recordar la cercanía de sus rostros, y esa forma en la que la miraba, hacía que su cuerpo temblase. Tenía una extraña sensación de llevar bichitos en el estómago y no entendía muy bien por qué.

No era la primera vez que tenía a un hombre tan cerca de ella. Jona había estado así en infinidad de ocasiones, pero nunca se había sentido tan mareada ni tan...extraña.

—Por el amor de Dios, Emma. Es el prometido de tu hermana —se regañó a sí misma.

Sacudió un pie en el agua, haciendo saltar pequeñas gotitas que acabaron empapando sus piernas. Se movió, de forma inquieta y sin saber muy bien qué estaba haciendo. Puso los brazos en jarra, miró al cielo y soltó un largo suspiro.

No podía estar sintiendo algo por ese al que apodaba estirado, era imposible. No tienen nada en común y son del todo opuestos. Por no hablar de que tiene un acuerdo de nupcias firmado con su hermana, eso sería una traición imperdonable por su parte.

—Pero..., ¿qué haces pensando en eso, Emma Fraser? —bufó, molesta consigo misma por siquiera atisbar un acercamiento con James Campbell.

Golpeó el agua en varias ocasiones, como si de un balón se tratase y caminó de lado a lado por la orilla, murmurando quejas y tratando de entender esos sentimientos que habían aparecido de forma tan repentina.

Se acercó a una roca saliente y se sentó, dejando los pies sumergidos durante un rato largo. Luego, se fue hacia la mullida hierba a sus espaldas y tomó asiento, envolviendo las piernas entre los brazos. Apoyó la cabeza en las rodillas y suspiró con fuerza.

—Has dejado a tu hermana preocupada. —La voz de su primo resonó tras ella, sobresaltándola. Estaba tan metida en sus pensamientos, que ni había escuchado que alguien se acercaba.

—¿Qué haces aquí, Dorian? —preguntó, sin girarse siquiera. Fue él quien acabó sentado a su lado, con semblante preocupado.

—Evelyn me dijo que estabas algo molesta y que habías salido huyendo de algo —dijo él.

—No estaba huyendo de nadie —bufó ella.

—¿Segura? —Emma lo miró, entonces, seria—. Por tu semblante, yo diría que estás algo más que molesta.

—Qué perspicaz, primo.

—Y ese tono confirma las evidencias —bromeó él, intentando romper la tensión. Se acercó más a ella, hasta rodearla con un brazo y obligarla a apoyar su cabeza sobre su hombro—. ¿Qué sucede, Emma? Porque está claro que algo te atormenta..., o tal vez sea alguien. ¿Es por James Campbell? —quiso saber el joven.

Se removió inquieta al escuchar el nombre del prometido de su hermana.

—¿Por qué deduces que mi problema es con...?

—Porque os pasáis el tiempo discutiendo el uno con el otro. Desde que llegó a Dounie, vuestra interacción siempre ha sido la de provocaros el uno al otro. Nunca había visto que nadie te sacase de tus casillas como lo hace él, parece que te molesta su sola existencia y si tenemos en cuenta que hoy has estado con ellos dos toda la mañana, pues... No hace falta ser muy listo para llegar a esa conclusión —afirmó Dorian.

—No ha ocurrido nada...nada malo. Es solo que... Yo, no sé...

—¿Acaso ha cambiado tu forma de verlo, mi querida prima? —bromeó él, de nuevo.

Emma se liberó del brazo de su primo y se acomodó más erguida, con la mirada fija en la otra orilla.

—No —bufó con desgana, pero mentía. Llenó los pulmones de aire y lo dejó ir con un largo suspiro—..., o sí, tal vez. No lo sé, Dorian —confesó.

—Así que ya no lo ves tan *estirado* y eso te molesta. —La respuesta vino en forma de gruñido, lo que hizo que el joven estallase en carcajadas—. No pasa nada porque le hayas tomado cariño, Emma. Es lo que debería de ocurrir, sinceramente. No es un mal tipo, créeme. Es noble, leal y protector. Se preocupa por el bienestar de los suyos y, además, es un gran guerrero, aunque siendo hijo de quien es, sería de esperar que lo fuera —comentó para tranquilizarla.

—Vaya, parece que lo admiras —dijo ella.

—Lo cierto es que sí, lo admiro. James Campbell tiene unos valores, tanto familiares como en general, que muy pocos hombres tienen. Será un gran líder, la verdad. Evelyn no podría haber caído en mejores manos —aseguró Dorian, para asombro de Emma…., y algo doloroso también.

—Sí, yo también pienso lo mismo —confesó, sin ser mentira del todo.

—Emm, no pasa nada porque hayas cambiado de opinión en cuanto a él. Lo que importa es que sepas que tu hermana estará bien cuidada.

—Lo sé, Dorian, lo sé. —Y se quedó en silencio de nuevo, abrazada a sus piernas y mirando hacia el horizonte.

Su primo tenía razón en todo lo que decía y ella lo sabía, pero no sabía cómo dejar de sentir todas esas emociones. En un abrir y cerrar de ojos, James Campbell había pasado de ser un heredero *estirado* a un hombre atractivo que provocaba una agitación enorme en todo su cuerpo.

Y, por unos instantes, sintió celos de su hermana y del maravilloso futuro que le esperaba junto a él.



CAPÍTULO 15

Durante el resto de la semana, Emma evitó encontrarse con James, en todo lo posible. Procuraba, cuando así lo requerían las circunstancias, estar siempre acompañada de su primo. Incluso en las cenas que mantenían, por obligación de su padre, evitaba su mirada o dirigirse a él.

Su hermana dejó de insistirle al tercer día y optó por no comentar con ella sus reuniones con él. Incluso no la obligó a acompañarla a sus confesiones con el padre Phillips. Simplemente, la observaba desde la distancia, intentando entender lo que le sucedía..., pero la pequeña de los Fraser podía llegar a ser muy hermética, en cuanto a sentimientos y emociones se trataba.

Emma se mantenía entretenida con quehaceres típicos de su día a día. Entre ellos, el cuidado de su yegua.

Una mañana, mientras se afanaba en cepillar bien el pelaje del animal con un manojo grueso de paja, un joven guerrero entró en los establos y se dirigió hacia ella, sin preocuparse de que alguien más lo viera. Se acercó a Emma por la espalda y pegó su cuerpo al suyo de tal forma, que notó cómo el calor de su cuerpo traspasaba la tela de su vestido.

—Jona, para —le ordenó ella. Se revolvió molesta y se hizo a un lado. Su yegua comenzó a golpear el suelo con una pata, resoplando y agitando la cabeza en señal de incomodidad.

—¿Por qué? Antes te gustaba que sorprendiera así —murmuró él en su oído.

—Porque podrían vernos y…porque esto se acabó hace tiempo, ¿recuerdas? —soltó ella. Hizo ademán de moverse hacia un lado para poner distancia entre ambos, pero el joven la envolvió por la cintura y la pegó aún más a su cuerpo.

—Te echo de menos, Emma —susurró a la vez que metía su rostro entre el cabello revuelto de ella y aspiraba su aroma.

—Jona, suéltame ahora mismo, por favor —insistió ella. Haciendo un gran esfuerzo, lo empujó hacia atrás y se giró para enfrentarlo—. ¿Se puede saber qué demonios te ocurre? ¿Es que has bebido? —inquirió, pero el joven tenía claro sus intenciones y no iba a cesar en su deseo.

Dio un paso hacia ella, obligándola a retroceder hasta que su espalda chocó contra la pared de madera.

—Huye conmigo, Emma. Escapémonos juntos, déjalo todo y vente conmigo —suplicó Jona, su mirada brillante.

—¿Qué...? ¿Te has vuelto loco?

—No..., o sí. Estoy loco por ti, Emma Fraser. Me vuelves loco —jadeó, acercando su rostro al de ella de forma peligrosa—. Cada noche me alivio pensando en ti, recordando tus gemidos cuando te mostré una mínima parte de tu poder. Te deseo, Emma, y quiero que seas mi mujer para poder tomarte cada noche. Vayámonos de aquí, mi amor. Permíteme que cuide de ti, que te haga feliz —confesó a la vez que la sujetaba de las muñecas.

—¡Suéltame, te he dicho! —exclamó ella al ver cómo la acorralaba, colocando ambas manos sobre su cabeza y sin dejarle opción a huir.

Pero Jona no atendía a razones. Cuanto más forcejeaba ella, más presión notaba en sus muñecas y más se excitaba él. El pánico empezó a apoderarse de ella cuando el joven pegó más su cuerpo al suyo, jadeando contra su cara y buscando la forma desesperada de apoderarse de su boca.

—Jona, por favor... No lo hagas —suplicó ella, en un último intento por liberarse.

—No te resistas más, cariño. Sé que lo estás dese... —Las palabras no obtuvieron un final, ya que el cuerpo del guerrero salió despedido hacia el otro lado del establo.

Jona acabó con el culo en el suelo, aturdido y sin comprender muy bien qué había sucedido. Cuando levantó la cabeza, vio el filo de una espada frente a su garganta y, al final de la empuñadura, a un Campbell.

—Dame un motivo para no cortarte la cabeza ahora mismo —aseveró Jamie, con rabia en los ojos. No, no era rabia, era fuego, ira.

—No es asunto vuestro, mi lord —soltó Jona.

—Os equivocáis, muchacho. Lady Emma es la hermana de mi prometida, por lo que pronto seremos familia y yo protejo a los míos. —Jamie pegó la punta de su espada al cuello del guerrero, que permanecía inmóvil en el suelo.

Ambos se desafiaron con la mirada, dos hombres luchando por el honor de una dama, hasta que James bajó la espada y se hizo a un lado.

—Vete de aquí y desaparece. No eres un guerrero de mi clan y eso te salva, pero dudo mucho que a Logan Fraser le vaya a gustar enterarse de que uno de sus hombres ha intentado forzar a su hija menor —le ordenó.

Jona resopló, molesto y humillado por alguien que no era ni de su propio clan. Se levantó y se plantó frente a él.

—No tenéis ni idea, mi lord, del tipo de mujer que estáis defendiendo —le espetó con rabia.

—Muchacho, no doy segundas oportunidades —aseguró él, apretando con fuerza la empuñadura de la espada.

Jona lo miró con odio durante unos breves instantes. Desvió la mirada hacia Emma, que permanecía apoyada contra la pared, en *shock* y casi con lágrimas en los ojos. No dijo nada, simplemente se dio media vuelta y abandonó los establos.

James envainó la espada y se giró hacia ella. Sus miradas conectaron al instante y lo que vio en esos hermosos ojos ambarinos fue miedo y gratitud a la vez. Emma respiraba con dificultad y parecía estar a punto de perder la sujeción. En dos zancadas, llegó hasta ella y la sostuvo entre los brazos justo en el instante en el que sus piernas se volvieron gelatina.

—Emma —pronunció él.

Ella lo miró y, segundos antes de desmayarse, dijo:

—James.



CAPÍTULO 16

James entró en tromba en la pequeña biblioteca, cargando con el cuerpo inerte de Emma en los brazos y asustando a las sirvientas que se encontraban allí limpiando. Las instó a ir en busca de la sanadora, mientras la depositaba sobre el sofá de tres plazas de color verdoso.

Las jóvenes salieron despavoridas de allí, entre gritos y plegarias al cielo, mientras él buscaba un cojín mullido para colocárselo bajo la cabeza. Cogió el que había en la butaca del mismo color, junto a la ventana y corrió de nuevo junto a Emma.

Con suavidad, levantó la cabeza de la joven para colocarlo bien bajo ella. Luego, le apartó el cabello de la cara, sin poder evitar acariciar el perfil de su rostro. Apretó la mandíbula al pensar en lo que habría sucedido si no hubiese decidido ir en ese instante a comprobar que Lugh estaba bien atendido.

—¡Emma! —exclamó Evelyn, que fue la primera en llegar.

La joven corrió hacia ellos, con lágrimas en los ojos y una gran angustia. James se levantó y se hizo a un lado para dejarla a ella junto a su hermana. Tomó la mano de Emma entre las suyas y la besó. Luego, al igual que había hecho él, le acarició el rostro con ternura.

—¿Qué ha pasado? —sollozó ella, mirando a su prometido.

Jamie le relató lo que había sucedido en los establos, evitando los detalles que posiblemente la angustiasen más. Le sorprendió al no encontrar sorpresa en sus ojos cuando le contó la actitud del joven para con su hermana.

La sanadora llegó en ese instante, acompañada de dos de las sirvientas. Detrás de ella, Dorian y Colin fueron los siguientes en llegar corriendo. El primero se acercó a sus primas, mientras James hablaba con su hermano a un lado de la sala. Le repitió a él también la historia, pero con más detalle.

—¿Crees que había algo entre ellos? —quiso saber Colin. Hablaban entre susurros, sin quitarle ojo a la escena dramática que se sucedía en la sala.

—No estoy del todo seguro, pero había demasiada cercanía entre ellos. Demasiada confianza, diría yo. O eso o los hombres de este clan no sienten ningún tipo de respeto por su laird ni por sus hijas —respondió Jamie.

—No creerás que... —Colin no terminó la frase, no se atrevía porque, de ser cierto lo que sospechaban, la reputación de la joven estaba en juego.

—Ya os saco yo de dudas, señores: Mi prima sigue siendo pura —los interrumpió Dorian. En algún momento, se había acercado a ellos y había escuchado la conversación.

—¿Cómo estás tan seguro? —se apresuró a decir James. Su hermano se dio cuenta del tono autoritario con el que habló al primo de las jóvenes y de que no se había dirigido a él con los clásicos formalismos.

—Lo que mi hermano quiere decir es que sería algo difícil de saber —intervino Colin.

—Porque ella misma me lo aseguró y mi prima es una mujer de palabra —aseguró Dorian. James abrió la boca para hablar, pero el joven guerrero no se lo permitió—. Os agradezco por vuestra preocupación, en especial a ti, Jamie. En este tiempo, hemos adquirido la suficiente confianza como para hablar sin formalismos ni tapujos y te puedo asegurar que Emma Fraser es una mujer que no miente —afirmó.

—Y te creo, Dorian. Sé que es leal y tiene unos valores firmes, pero todos podemos perder la cabeza en algún momento y más si es por amor —dijo Jamie.

—Cierto, pero eso sería si ella hubiese estado enamorada de él.

—¿Y no lo estaba? —preguntó Colin.

—No. Jona y ella se estaban conociendo como adultos, pero era demasiado opresor, demasiado controlador con Emma y, como ya os habréis dado cuenta, a mi prima no le gusta que la controlen —contestó Dorian.

—Créeme, lo sé muy bien —murmuró James, para asombro de su hermano y del joven Fraser—. He sido consciente de ello. Además, con sus constantes discusiones conmigo, me lo ha dejado claro muchas veces —apostilló, para no tener que hablarles sobre el suceso de hacía unos días.

—¿Qué le va a suceder al joven? —quiso saber Colin, entonces.

—Mi tío lo ha mandado llamar, pero posiblemente lo destierre para siempre del clan..., o decida castigarlo con la pena máxima —explicó Dorian.

—La muerte —dijo James. El guerrero asintió, simplemente.

Una tos llamó la atención de los tres jóvenes, que se giraron al unísono hacia el origen del sonido. Emma había despertado.

Dorian acortó la distancia en dos zancadas y se arrodilló junto a su prima, Evelyn, que permanecía aferrada a la mano de la joven desde el principio. Colin y Jamie se quedaron a una distancia prudencial, para no agobiarla.

—Emm, ¿estás bien? —preguntó el joven Fraser.

—S-sí, estoy algo mareada, pero estoy bien. Yo... —balbuceó ella.

—Oh, Emma, nos has dado un susto de muerte —sollozó Evelyn, que se lanzó a los brazos de su hermana y la estrujó hasta hacerla protestar.

—Eve, necesito respirar —tosió. Su hermana se disculpó y aflojó el abrazo. Entonces, los ojos de Emma conectaron la mirada gris del su salvador—. Lord James, gracias por aparecer en el momento oportuno. Si no llega a ser por vos...

—No tienes... —Jamie detuvo el impulso por tutearla. Se aclaró la garganta y prosiguió: —. No tenéis por qué darme las gracias, lady Emma. Pronto seremos familia y yo protejo a los míos. Sin mencionar que siempre acudiré en ayuda de una dama —dijo él.

A su lado, Colin observaba con intriga a su hermano. Su comportamiento le resultaba, cuanto menos, extraño.

Logan irrumpió en la biblioteca, acompañado de dos guerreros más. La familia se reunió alrededor de la menor de los Fraser, momento en el que Jamie y Colin decidieron que debían dejarlos a solas. Tan solo se demoraron para comentarle al laird lo sucedido. Luego, abandonaron la biblioteca y se fueron a ver a sus hombres.

—¿Hay algo que debas contarme, hermano? —inició Colin la conversación, en cuanto estuvieron lejos del castillo.

—No veo de qué tengamos que hablar, la verdad —respondió Jamie.

—¿Seguro? —insistió su hermano.

James se paró en seco y obligó a Colin a hacer lo mismo. Lo miró con intriga, intentando averiguar a dónde los llevaba esa conversación tan extraña.

—Sé directo, hermano —lo instó.

—Muy bien. —colin cambió su postura relajada y se paró frente a él con los brazos cruzados al pecho—. ¿Qué sucede entre lady Emma y tú?

—Que yo sepa, nada —respondió él, sin más.

—Vamos, Jamie. Que soy yo...

—No sé qué extraños sueños estarás teniendo, Colin, pero entre ella y yo no sucede nada, salvo lo que todos veis —lo interrumpió.

—No creo que todos vean lo mismo que yo..., o tal vez sí —comentó. James respondió con un bufido, molesto por esa insinuación tan inapropiada.

—¿Crees que entre Emma y yo sucede algo porque la salvé de un depravado? Hermano, tienes una mente muy enferma.

—Ahí está —aseguró Colin.

—¿El qué?

—Te has dejado los formalismos con ella y no es la primera vez que te sucede. Desde hace unos días os vengo observando a ambos. Os evitáis, ambos —contó su hermano.

—Dirás más bien que ella me evita a mí porque yo no tengo ningún problema con ella. Apenas me habla, como habrás podido

comprobar —contestó él, poniendo especial énfasis en las últimas palabras.

—Vamos, Jamie —exclamó Colin—. Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, ¿verdad?

James se quedó quieto unos instantes, observando el semblante de su hermano. Estaba claro que no podía engañarlo ni ocultarle nada, ambos se conocían demasiado bien. Pero debía reconocer que llevaba días dándole vueltas a lo sucedido en la aldea con Emma y no lograba comprender todas esas emociones que se le habían despertado.

Colin esperaba, paciente, por una confesión de su gemelo, aunque se imaginaba lo que estaba pasando por su cabeza en esos momentos.

Finalmente, Jamie claudicó y, tras un soltar un largo suspiró, dijo:

—Busquemos a los chicos y vayamos a tomarnos unas cervezas a la taberna de la aldea.



CAPÍTULO 17

El sonido de las espadas, al chocar entre sí, resonaba en el campo de entrenamiento, donde los guerreros Campbell daban un auténtico espectáculo. Los más jóvenes del clan Fraser se habían congregado para admirar la destreza de los guerreros. Y no era para menos, ya que se trataba de los hijos del laird más famoso y temido del reino de Escocia.

—Has perdido fuerza, hermano. El amor te está ablandando las muñecas —se burló Colin tras esquivar uno más de los ataques de su gemelo.

Jamie resopló, molesto. Empezaba a arrepentirse de haberle contado lo sucedido con la joven de los Fraser.

—No deberías provocar tanto a tu futuro laird, Colin, o terminarás limpiando letrinas para el resto de tu existencia —bromeó Dougal, provocando carcajadas en los otros Campbell.

—Y alguno le haréis compañía en tan ardua labor —bufó Jamie, antes de lanzar un nuevo ataque.

Llevaban entrenando desde bien temprano. Nada como una buena lucha mañanera para curar la resaca de la noche anterior.

Colin, que parecía divertirse con esas provocaciones, realizó una finta hacia la derecha para acabar, así, contra la espalda de su hermano. Pero no se esperaba el astuto movimiento de Jamie, que hizo que el filo de su espada acabase en su garganta.

—Vaya, veo que te he subestimado —dijo Colin.

—Como siempre, hermano. —Jamie retiró la espada y, con la punta del pie, le dio un ligero empujón.

Apenas dio dos pasos, Colin se giró y se lanzó contra él, con espada en mano y decidido a ganar ese combate. Dejó caer el arma con fuerza sobre la cabeza de su gemelo, encontrándose con la espada de Jamie.

—¡Ya lo tienes, Colin! —animaron Bean y Ramsay.

—Muchachos, aún os queda mucho que aprender —respondió Duncan, apoyado sobre la barandilla de madera que delimitaba el campo de entrenamiento y sin desviar la mirada de la pelea.

—Está claro que este combate lo va a ganar Colin —repuso Bean. Tan solo obtuvo una risa por parte de Duncan, respaldada por Aaron y Ciaran.

Los más jóvenes de los Campbell siguieron la mirada atenta de su amigo, que no dejaba de sonreír divertido. Cuando se fijaron en

la escena al completo, lo comprendieron. Y Colin también, ya que, al notar una presión punzante en su costado, bajó la vista hacia ahí y vio el filo del puñal de su hermano apuntando a su flanco derecho.

—¿Te convence esto de que no he perdido mi fuerza ni mi destreza..., *hermano*? —Esta vez, quien se burlaba era Jamie, con una enorme sonrisa victoriosa en su rostro.

—Siempre se me olvida que luchas como padre —resopló Colin al mismo tiempo que retiraba la espada hacia abajo.

James Campbell era conocido por ser capaz de luchar con ambas manos y una misma arma. Podía pasarse la espada de una mano a otra y no perder la efectividad de su ataque. Y también era capaz de sacar un puñal en mitad de la batalla, sin que el oponente fuera consciente de ello.

De los dos hermanos, aun habiendo sido entrenados por la misma persona, el único que tenía esa destreza era Jamie y por eso era tan difícil ganarle en una batalla. Algo que era de gran orgullo para su padre, aunque amase a todos sus hijos por igual.

—Será mejor tomarse un descanso o no habrá quien nos mueva a medio día —jadeó Jamie.

—Por una vez, estoy de acuerdo contigo a la primera —respondió Colin. Ambos respiraban con dificultad por el esfuerzo al que llevaban sometido desde hacía horas.

—Por favor, esto hay que celebrarlo —bromeó él, provocando que su hermano estallase en carcajadas.

Se dirigieron hacia donde estaban sus hombres observando y fueron directos hacia un barril grande con agua fresca que había a un lado de la valla. Colin fue el primero en sumergir la cabeza por completo en el frío líquido. Al sacarla, y sacudir bien el exceso, salpicó a sus compañeros, que no dudaron en protestar.

—He visto vacas peludas sacudirse con más estilo —refunfuñó Aaron, que se llevó una mano a la cara para secarse el agua. Colin rio de nuevo, divertido, y se amasó el cabello mojado hacia atrás.

Jamie, en cambio, fue menos salvaje que su hermano. Tomó el agua con el cucharón que estaba sujeto en el borde de la tina y se lo vertió por la cabeza. Repitió la acción en varias ocasiones, hasta estar bien empapado.

Con los ojos cerrados, vertió una última cantidad de agua por la cara y resopló. Al abrirlos de nuevo, se encontró con los rostros de las jóvenes Fraser.

—Lord James, espero que hayan tenido un amanecer entretenido —saludó su prometida primero, algo azorada por verlos descamisados y empapados.

—Lady Evelyn, es muy grata vuestra presencia y un regalo por los ojos de cualquiera —comentó él, con una sonrisa sencilla y un leve gesto con la cabeza. Llevó su mirada hacia la otra hermana—. Lady Emma, os veo recuperada —dijo.

Fue consciente de cómo lo estaba mirando en todo momento y, sobre todo, como su respiración se aceleró cuando se dirigió a ella.

—Lo estoy. Gracias de nuevo, lord James —respondió Emma.

—No debéis dármelas, mi lady. Lo haría por cualquiera —asintió él, sin desviar la mirada de ella.

Colin, a su lado, observaba la escena con cierta diversión. Sobre todo, tras la conversación de la noche anterior, donde su hermano le había contado lo sucedido entre ellos y haberle confesado que no sabía muy bien qué sentía por la joven Fraser.

Y no fue el único en darse cuenta de la extraña conexión que se había establecido entre ambos. Evelyn también había observado ciertos cambios en su hermana, los cuales no comprendía al principio, pero poco a poco fue entendiendo lo qué sucedía.

—Bueno, nosotras debemos irnos ya. Padre nos espera en su despacho —comentó ella—. ¿Sigue en pie el paseo de la tarde, lord James? —quiso saber.

—Por supuesto, mi lady —respondió él.

—Muy bien. Nos vemos más tarde, entonces —dijo y se alejó de allí, acompañada de su hermana, quien dio un último vistazo a los gemelos antes de alcanzarla.

James las siguió con la mirada y vio como Emma le echó un vistazo por encima del hombro antes de aferrarse al brazo de su hermana.

—Hermano, siento decirte que estás en buen lío —se burló Colin a su lado.

—Dime que has enviado la misiva a padre —dijo, sin más, sin desviar la mirada de la figura de las dos hermanas.

—Hace días que salió un emisario hacia Dollar, cuando lo solicitaste —respondió su hermano.

—Bien. —Tomó la espada con una mano y se giró hacia sus hombres—. Os toca, chicos. No vamos a ser solo nosotros dos los que sudemos el alcohol de anoche —les ordenó.

El resto de los Campbell tomaron camino hacia el centro del campo. Colin retuvo a su hermano del brazo, antes de dirigirse hacia un duro entrenamiento.

—¿Qué vas a hacer con el acuerdo? ¿Vas a seguir adelante con la farsa?

—Soy un hombre de honor, hermano, ya lo sabes —respondió, él.

—¿Pero? —James suspiró.

—Pero todo mi cuerpo me grita que me estoy equivocando, así que aún no sé qué decisión tomar —contestó.

—Pues, date prisa en decidirte porque se te acaba el tiempo y en una semana llegarán nuestros familiares para celebrar una boda —afirmó Colin.

—Ya lo sé, hermano. Créeme que soy muy consciente de todo —suspiró la palabras.

Colin liberó el brazo de su gemelo y asintió con la cabeza, pero no dijo más. Era muy consciente de la encrucijada por la que estaba

pasando su hermano. No presionaría más. Tan solo sería un apoyo para él y, aunque le había dejado claro que no aprobaba ese enlace, le apoyaría y respetaría en cualquiera que sea la decisión que tome.

—Por favor, creo que ya hemos echado del cuerpo cualquier resto de alcohol de las últimas diez vidas —resolló Dougal, con las manos apoyadas en ambas rodillas y tratando de llenar los pulmones de oxígeno.

Los más jóvenes, Bean y Ramsay, estaban sentados en el suelo, con claros signos de agotamiento y la cara tan roja como los colores del tartán de los Campbell.

—Sois unas nenazas —se burló Duncan, que observaba la escena apoyado en su espada clavada en el suelo.

—¿Si digo que sí podremos descansar por hoy? —expresó Aaron, tumbado a la larga en el suelo.

—Estamos listos para entrar en guerra —bromeó Colin, haciendo que su hermano esbozase una sonrisa de medio lado.

—Os libero de la tortura, muchachos —dijo James.

—Aplaudiría, pero me pesan hasta los pelos de las pelotas —comentó Ciaran, sentado junto a Dougal, con las piernas abiertas.

—¿Pero tienes de eso tú? —se burló su amigo a su lado.

—¿Quieres verlos? —respondió.

—Si fueseis la mitad de diestros con la espada que con las bromas y chascarrillos, seríais invencibles —afirmó Duncan, haciendo

que los gemelos estallasen en carcajadas.

Unas voces en la lejanía llamaron la atención de todos, que dejaron las risas a un lado y se dirigieron corriendo hacia la entrada del castillo. A pocos metros de distancia, vieron salir corriendo a la joven Fraser, con su padre y su primo tras ella.

—¡Emma Fraser, vuelve aquí ahora mismo! —exclamó el laird.

—¡No, jamás aceptaré tal cosa! —respondió airada.

Bajó la pequeña escalinata corriendo, con los faldones de su vestido entre las manos y resoplando con fuerza. Antes de tomar el camino en dirección a las caballerizas, miró a su primo y aseveró:

—¡No se te ocurra seguirme, Dorian! ¡Hablo en serio!

Él tan solo sujetó a su tío con fuerza del brazo y trató de calmarlo. En ese instante, Evelyn salió tras ellos, azorada y con el rostro descompuesto. Se acercó a sus familiares y habló con su padre con calma.

James dio un paso para ir en su dirección, pero un relincho lo hizo desviar la mirada hacia la cuadra. Emma Fraser salió de allí, a lomos de su yegua, como una exhalación y se alejó en dirección a la espesa arboleda que protegía el castillo.

—Ve. Yo los entretendré —dijo, entonces, Colin.

Él miró a su hermano, agradeciendo esa conexión entre gemelos en la que no necesitaban hablar para saber lo que pensaba cada uno. Asintió y se fue directo en busca de su montura.



CAPÍTULO 18

Cuando Emma había escuchado a su padre afirmar que existía un preacuerdo nupcial con el hijo del laird clan Grant de Glenmoriston, estalló en cólera. A pesar de los intentos de su hermana por calmarla y de su primo por llamar a la calma entre padre e hija, la batalla dialéctica se apoderó por completo de la conversación.

—¡No pienso aceptar tal casamiento y mucho menos sin haber contado con mi opinión al respecto! —exclamó ella, airada y sin amilanarse ante su padre y laird.

—¡Harás lo que yo te ordene y punto! ¡Eres mi hija! —respondió Logan Fraser, cansado de las constantes quejas de su hija menor.

—¡Exacto! ¡Soy tu hija, no una oveja para que me vendas a cualquiera a cambio de favoritismos! —se rebeló ella. Estrujaba con rabia la tela gruesa de la falda de su vestido.

—Emm, cálmate —intervino su hermana a su lado, sin lograr siquiera que la escuchase.

—¡Ese es el único cometido que debe tener una hija para con su familia y su clan! —exclamó el laird.

Dorian se interpuso entre su prima y su tío cuando vio que ambos no estaban dispuestos a retroceder ni un milímetro en la discusión.

—Vamos a calmarnos todos un poco —les solicitó, mirando a uno y a otra. Incluso había desviado la mirada hacia su prima, Evelyn, en un vano intento porque la joven pusiese algo de cordura, como solía hacer en situaciones así. Esta no era la primera discusión que padre e hija mantenían por el mismo motivo.

—¡No vas a venderme como has hecho con mi hermana! ¡No lo permitiré! —gritó Emma.

—¡Aquí el que manda soy yo y tú solo puedes obedecer! —alzó Logan la voz hasta que dejar sordo a su sobrino—. Y ya que tanto mentas a tu hermana, deberías fijarte más en ella y aprender a comportarte. Ella, al menos, ha aceptado lo que se le pidió en su momento sin montar ningún espectáculo —soltó.

—¡Papá! —reclamó Evelyn, con los ojos abiertos por completo. Sabía a la perfección que esa comparación le dolería a su hermana en lo más profundo de su corazón. Cuando se giró hacia ella, pudo ver cómo los ojos se le llenaban de lágrimas—. Emma, no... —Pero

no pudo terminar la frase, ya que la joven dio media vuelta y abandonó el despacho como alma que lleva el diablo.

La discusión podría haberse quedado ahí y dejar que se calmase el malestar de la joven Fraser, pero Logan no estaba dispuesto a pasarle ni una más a su hija. Pasó por el lado de Dorian y de Evelyn como una exhalación y corrió tras los pasos de Emma.

—¡Emma Fraser, vuelve aquí ahora mismo! —exclamó en cuanto cruzó el umbral de la entrada.

—¡No, jamás aceptaré tal cosa! —respondió airada. Caminó a grandes pasos, resoplando cual animal enfurecido y se dirigió hacia los establos. Necesitaba salir de allí, huir lo más lejos posible de esa discusión para trazar un plan y lograr romper ese preacuerdo.

—¡Emma, espera! —escuchó la voz de su primo a su espalda.

—¡No se te ocurra seguirme, Dorian! ¡Hablo en serio! —aseveró con fuerza, sin molestarse en girarse para enfrentarlo. No quería a nadie tras ella, necesitaba poner distancia entre ella y su familia en esos momentos.

No fue consciente de que los Campbell estaban en mitad del camino entre el campo de entrenamiento y el castillo cuando entró en el establo. Se fue directa hacia su yegua, la ensilló a la velocidad de la luz y salió cabalgando de allí sin importarle si arroyaba alguien o no.

Las lágrimas le recorrían las mejillas cuando se adentró en la arboleda. Se frotó el rostro con la manga del vestido porque

empezaba a ver algo borroso por el agüilla en los ojos. Aunque tanto ella como su montura se sabían de memoria el camino hacia el remanso del río, no quería tener un accidente y darle más motivos a su estricto padre para deshacerse de ella como si fuese una oveja.

En cuanto llegó al linde del bosque que daba con su rincón secreto, desmontó casi de un salto y dejó a su yegua elegir el lugar donde descansar. Caminó hasta la orilla del río, con la respiración agitada y el corazón latiendo con fuerza.

Con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo, Emma miró al cielo y liberó la rabia en un largo y angustioso grito. Un lamento que sacudió las copas de los árboles e hizo que algunas aves allí paradas levantasen el vuelo de forma estrepitosa.

Cayó de rodillas al suelo, llevándose las manos a la cara y rompiendo a llorar como una niña desconsolada. Rabia, odio y frustración era todo lo que sentía en ese momento.

Pensó en su madre y en lo mucho que la echaba de menos. Ella era la única que la comprendía y protegía de la dureza de su padre. La que comprendía a la perfección la naturaleza de sus hijas, sobre todo la de Emma. Y aunque Evelyn había heredado mucho de ella, y se había convertido en su apoyo y protección desde su muerte, nunca sería como su madre.

—Mamá... no sabes cuánto te necesito en estos momentos —sollozó al cielo, una plegaria que tan solo escucharon los árboles y su yegua.

El llanto volvió a apoderarse de ella. Gritó, golpeó el suelo con las manos hasta acabar con ellas enrojecidas y volvió a gritar.

—Emma... —escuchó a su espalda.

No necesitó girarse para ver de quién se trataba, aunque sí le sorprendió el no haberse percatado de la llegada de un caballo.

—¿Qué hacéis aquí, lord James? —pronunció entre lágrimas.

Las pisadas del joven resonaron con fuerza, golpes cortos y rápidos que le indicaron que se acercaba a grandes pasos... hasta que lo tuvo de rodillas a su lado.

—Por Dios santo, muchacha. ¿Qué te has hecho? —dijo él al ver las manos enrojecidas aferradas a la falda del vestido. Sin pedirle permiso ni nada, la sujetó de las muñecas para ayudarla a levantarse, pero ella retiró las manos de un fuerte tirón.

—Dejadme, no necesito que ningún hombre me cuide —le espetó con rabia.

—Pues, siento discrepar, pero esas manos hay que meterlas en agua y lavarlas bien o podréis enfermar.

Emma levantó la mirada hacia él. Con los ojos rojos de tanto llorar y el pelo alborotado por la cabalgada, dijo:

—Eso sería asunto mío y no suyo, lord James..., ni de ningún hombre que...

—Oh, por favor. Dejaos ya de tanto odio hacia los de mi especie. Una vez me dijisteis que el respeto se gana... —la cortó con severidad—, pues ganaos que se os trate como una mujer adulta y

libre y dejad de comportaros como una niña caprichosa, sabelotodo y maleducada.

—Vaya, disculpadme, mi lord. No me había dado cuenta de lo sensible que erais ante una mujer con pensamiento propio, que pretende ser la dueña de su destino. No me imaginaba que os incomodaría tanto, aunque..., claro, vos sois un futuro laird y eso debe de ser molesto para alguien de vuestra posición —escupió ella.

Emma se levantó airada y se alejó de James. Llegó a la orilla del río y se agachó para introducir las manos en el agua fría, emitiendo un quejido de protesta.

—Me habéis prejuzgado desde el minuto uno y no os habéis molestado ni un poco en disimularlo —protestó él, caminando hacia ella.

—Mirad cuánto lo siento —dijo ella de forma sátira y con desdén mientras se lavaba bien las heridas. Se incorporó y secó ambas manos a la tela del vestido.

James no soportó más esa actitud altiva ni esa forma de hablarle, llena de rencor y con tan poco respeto hacia él. Acortó la distancia entre ambos y la sujetó con fuerza del brazo.

—¡Maldita sea, Emma! ¡Te he visto salir huyendo y vine en tu busca porque estaba preocupado! —voceó.

Ella se liberó de un tirón y lo miró con rabia.

—¡No os he pedido que me salvéis de nadie! ¡Ni a vos ni a mi padre ni nadie! ¡Y estoy muy harta de que los hombres os creáis con

el derecho a elegir el destino de las mujeres! ¡No somos ganado para vendernos al mejor postor! —gritó ella.

—¡Tal vez, si no hubieseis estado jugando con el joven guerrero de vuestro clan, no habrías forzado a vuestro padre a tomar una decisión drástica y…! —James no terminó la frase, ya que su cara giró de forma estrepitosa hacia un lado tras el bofetón que ella le propició. La ira se apoderó de él y la agarró de nuevo del brazo, atrayéndola de un fuerte zarandeo—. No volváis. Jamás. A hacer algo así —aseveró entre dientes.

—¿O qué? —lo desafió ella.

Altiva, rebelde, testaruda...y demasiado atractiva para sus ojos. Movido por el fuego de la discusión, se apoderó de sus labios y los besó con fervor. Emma lo empujó con fuerza y volvió a abofetearlo. James tiró de ella hasta rodearla con los brazos y volvió a tomar sus labios.

Al principio, hubo resistencia por parte de ella, hasta que notó como todo su cuerpo se relajaba y abría la boca para dejarlo entrar. Eso lo hizo enloquecer y ahogó un quejido en su garganta cuando sus lenguas se encontraron a mitad de camino.

James creía estar en medio de un tornado, o de una tormenta. Nunca antes había besado a una mujer con tanto fuego en su interior. Le estaba costando mantener el control, sabía que aquello no estaba bien, pero no podía resistirse a la fuerte atracción que Emma Fraser le producía.

La locura se desató en cuanto ella le rodeó el cuello con los brazos para profundizar en el beso. La pasión que Emma le estaba poniendo, minaba por completo el poco juicio que le quedaba a él. Estaba claro que no era la primera vez que besaba a alguien porque lo hacía con una destreza nada normal en una joven de su estatus.

—Me vuelves loco, Emma —murmuró él contra su boca cuando logró poner fin. Apoyó la frente sobre la de ella y le apartó el pelo hacia atrás. Emma seguía sujeta a su cuello y lo miraba de una forma distinta. Creyó ver llamas en sus ojos cuando le sonrió e hizo que el corazón se le acelerase.

—Vos a mí también, lord James —respondió ella, con la respiración agitada.

—Jamie..., solo Jamie —suplicó él.

Sus ojos conectaron. Hielo y fuego en ambas miradas, era como si fuesen el complemento el uno del otro, algo que sintieron los dos en ese instante.

—Jamie —pronunció ella de una forma tan sensual que él no pudo hacer otra cosa que besarla de nuevo.

Un beso más tranquilo, pero no menos apasionado.

Un beso que aún quemaba y por el que ambos se dejaron atrapar por las llamas del deseo.

Un beso que marcaba un futuro diferente al que tenían previsto.



CAPÍTULO 19

Completamente mareados, se separan el uno del otro. Las respiraciones agitadas y los corazones golpeando con fuerza en ambos pechos. Había sido un beso de lo más ardiente y pasional, un momento de frenesí que los acababa de dejar aturdidos.

—Esto no puede volver a suceder, ha sido un auténtico error —jadeó ella, poniendo distancia entre los dos.

—No estoy del todo de acuerdo —aseguró James. Emma lo miró, desconcertada —. No ha sido ningún error, pero es cierto que no puede suceder de nuevo. Al menos, no antes de que hable con...

—¡No! —exclamó ella—. No puedes decirle nada a mi hermana..., ni a mi padre. A nadie. Entre tú y yo no podría haber nada. Esto no... esto... —titubeó mientras se alejaba de espaldas hacia la arboleda.

James le dio alcance en dos zancadas y envolvió su cintura con un brazo.

—Dime que tú no has sentido lo mismo que yo, que no has percibido el fuego que había entre los dos, y te dejaré ir —dijo él.

—Yo no...esto... James, esto ha sido un error...

—Dímelo, Emma —insistió él, con su boca a escasos centímetros de la suya.

—Aun así, aunque haya habido fuego entre nosotros, no podemos... Eres el prometido de mi hermana, tienes un acuerdo firmado...

—Los acuerdos se pueden romper o renegociar. Solo tienes que decírmelo y hablaré con tu padre —la interrumpió.

Emma tuvo el impulso de aceptar, de decirle que adelante, pero, por una vez en su vida, la cordura fue más fuerte que su irracionalidad. Con una delicadeza nada común en ella, colocó una mano en el pecho de él, sobre su corazón.

—Por favor, no lo hagas, Jamie. Será mejor que esto se quede aquí y que cumplas para con mi hermana y tu clan.

—Emma...

—Si de verdad sientes algo por mí, lo harás y no volveremos a hablar de esto nunca más. Tú te casarás con Evelyn y yo...yo aceptaré la unión con...con —Las palabras no le salían de la garganta. No sin romperse en mil pedazos de nuevo.

—No, maldita sea —aseveró él—. Voy a arreglar esto. Hablaré con tu padre, le explicaré que no puedo seguir adelante con el casamiento porque me he enamorado de ti. Lo entenderá, él fue joven una vez y me consta que estuvo muy enamorado de...

—¿Qué...qué has dicho? ¿Tú...tú me...tú estás...? —balbuceó ella, asombrada.

—Loco por ti, Emma Fraser. No sé cómo lo has hecho, pero te has metido en lo más profundo de mi alma y ya no puedo sacarte, ni quiero. Colin tenía razón cuando dijo que, a veces, uno encuentra lo que no busca y yo no te busqué, pero te encontré y ya no pienso perderte —confesó él.

Emma sintió como su corazoncito volvía a latir a gran velocidad. Lo miró como si fuese la primera vez que se veían, como si llevase tiempo anhelando esas palabras cargadas de tanta verdad.

Movida por un impulso, saltó al cuello del guerrero y, esa vez, fue ella quien apresó sus labios en un ardiente beso. James la apretó contra su cuerpo y devoró su boca con hambre, intentando apagar las llamas de ese fuego que se prendía cada vez que la tenía cerca y que no lograba aplacar de ninguna otra forma.

Con ella entre los brazos, James caminó sobre las piedrecillas que formaban la pequeña playa fluvial. Era como si una música guiara sus pies en un silencioso baile que solo ellos dos escuchaban. Le sorprendió lo bien que sus cuerpos se acoplaban, como si se reconociesen de otra vida. No pudo evitar pensar en cómo sería

yacer con ella y una tremenda molestia en su entrepierna lo hizo gruñir.

—Déjame que hable con tu hermana... —jadeó él contra su boca cuando dejaron de devorarse—, y con tu padre —dijo.

—No puedes —respondió ella.

—Emma...

—Mi padre no aceptará que cambies a una hija por otra, y mucho menos por mí. Él... —La joven cerró los ojos, tragó saliva y prosiguió:—. Papá sabe que, si esta unión no se consuma, Evelyn ingresará en un convento y, entonces, perderá toda opción de nuevas alianzas...

James se distanció unos pasos de ella, dejándola con una sensación de frío y vacío algo desagradable. Esa confesión lo golpeó con demasiada dureza. Sabía que había algo en Evelyn que la alejaba de él. Hubo momentos en los que le había comentado a su hermano que percibía que ella le guardaba algún tipo de secreto, pero jamás se hubiera imaginado algo así.

Miró a Emma, desconcertado, y preguntó:

—¿Evelyn siempre quiso...siempre deseó ser monja? —Emma asintió—. Maldita sea, sabía que ocurría algo —bufó él.

—Creía que lo sabías. No es ningún secreto. Todos en el clan lo sabemos desde siempre, ella nunca se molestó en ocultarlo —afirmó ella.

—No, maldita sea. No sabía nada, ni siquiera mi tío, Archibald era conocedor de ello. Él jamás hubiese aceptado ofrecerme este tipo de acuerdo, no pondría en peligro su relación con mi padre.

—Lo-lo siento —dijo ella, agachando la cabeza, avergonzada.

James se acercó a ella, la tomó del mentón y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Tú no me debes ninguna disculpa, Emma. Siento decir que aquí, el que ha obrado mal ha sido vuestro padre. Porque, si como bien dices, todos conocíais el deseo de tu hermana, obligarla renunciar a servir a Dios para servir a un hombre desconocido y por el mero hecho de obtener una alianza con mi clan, me dice que no es para nada un buen líder..., ni un buen padre —aseguró James.

—Mi-mi padre es...él no...

—No está bien lo que ha hecho, Emma —la interrumpió.

—Lo sé, pero no siempre fue así —suspiró ella. Se alejó de él y ordenó los pensamientos en su cabeza antes de hablar—. Cuando mamá vivía, se comportaba de forma distinta. Era un padre cercano, cariñoso y atento. Sí, mi actitud salvaje lo volvía loco... —James esbozó una sonrisa al escuchar eso último—, pero mamá sabía cómo calmarlo y hacerlo ver mi valía. Ella... —Las palabras se le agolparon en la garganta y las lágrimas amenazaron con salir de nuevo. Tomó aire y lo dejó ir con fuerza—. Ella era la única que me veía y me aceptaba tal y como soy. Mamá decía que yo sería una gran mujer de mayor, con mucha luz que aportarle a quien tuviese la suerte de

ser mi esposo. Según ella, sería un hombre afortunado... —No pudo terminar, ya que James tiró de ella hasta tenerla de nuevo entre los brazos y se apoderó de su boca.

La fortaleza de Emma se veía mermada con cada carica suya, cada beso, y comprendió, entonces, el porqué de su tensión con él durante todo este tiempo. El porqué de esa necesidad de burlarse de él e, incluso, de provocar su ira. La lucha no era con él, sino con ella misma.

—Tu madre fue una mujer muy sabia porque yo me siento el hombre más afortunado del mundo por haber logrado conocerte y por dejar que me robases el corazón —murmuró él, envolviendo el rostro de Emma con sus grandes manos.

—Jamie —exhaló ella, con el corazón agitado.

—Dime que me aceptas, Emma. Deja que hable con tu padre...

—No. Primero quiero hablar yo con mi hermana. Debo ser quien se lo cuente antes que nadie. Dame...dame unos días para ello y, después, podrás hablar con mi padre —le pidió ella.

—¿Estás segura?

—Sí —aseguró.

—Muy bien, se hará todo como tú desees —dijo y selló el acuerdo con un beso demasiado tierno, en comparación con los que se acababan de robar hacía unos instantes.

A Emma se le escapó una risita involuntaria por ver a ese guerrero tan seguro de sí mismo y de su posición obedecer los

mandatos de una mujer.

—¿Qué te divierte tanto? —quiso saber él.

—Pues, que me asombra cómo alguien como tú ha aceptado, sin ningún tipo de objeción, el deseo de una mujer —contestó ella.

—Tienes un concepto un tanto extraño de los hombres, aunque en vistas de cómo os maneja vuestro padre, lo comprendo —dijo. Emma abrió la boca para protestar, pero James le dio un beso para impedírselo y después, habló:—. He crecido en una familia donde se tiene muy en cuenta la opinión de las mujeres, donde el respeto se aplica a todos por igual y, como tú bien me has dicho en varias ocasiones, nos lo ganamos con nuestras acciones. Emma, no me siento incómodo por ceder terreno ante una mujer, siempre y cuando ella merezca la pena —explicó.

—¿Y yo lo merezco? —coqueteó ella.

—Te lo mereces todo, Emma Fraser, y me encargaré de poner el mundo a tus pies, si así consigo conquistar tu carácter obstinado y peleón. —En vez de una respuesta, James recibió un ligero golpe en las costillas por parte de ella que lo hizo reír. La envolvió con los brazos y, esa vez sí, la besó con la pasión del principio.



CAPÍTULO 20

La esplanada de la entrada al castillo estaba ocupada por un amplio grupo de guerreros fornidos. Sus miradas, sombrías como el cielo antes de la tormenta, se posaban en cada rincón con la calma contenida de quienes no confían ni en su propia sombra. Había en esos ojos la promesa de acero desenvainado al menor descuido.

Jamie conocía muy bien a ese tipo de hombres, se había encontrado con varios a lo largo de su vida. Le vino un clan a la memoria: Los Murray. Enemigos de los Campbell desde tiempos inmemoriales y con los que, su padre, había tenido serias trifulcas.

Cuando atravesaron el arco de entrada, y las miradas de los visitantes se clavaron en ellos, Jamie movió su montura para colocarse a modo de escudo entre él y Emma. Saludó con un leve

asentimiento de cabeza y con la mano en la empuñadura de su espada, lista para ser desenvainada en cualquier momento.

—Son los Grant de Glenmoriston —murmuró ella.

James notó el cambio en el tono de su voz y comprendió, entonces.

—No se va a llevar a cabo ese pacto, Emma. Te lo prometo, no dejaré que te lleven...

—No puedes hacer nada, Jamie —dijo con semblante derrotado —. Ya están aquí y poco o nada se puede hacer. Padre lo tenía todo bien planificado —suspiró.

—Hablaré con mi hermano, no te dejaremos sola —insistió él.

—Vosotros sois un grupo muy reducido, en comparación con ellos y los Fraser. Os matarían sin dudarlo y alegarían defensa propia por haberos sublevado y faltado a las normas de acogimiento del clan. No, James, esto ya no se puede parar —afirmó ella.

No le dio opción a réplica, azuzó su montura y la guio hacia el establo. Él maldijo e instó a Lugh a moverse rápido, pero Colin le salió al paso y lo instó a desmontar.

—¿Qué ocurre? —quiso saber tras saltar de la silla a suelo firme.

—Puede que tengamos problemas —informó Colin.

—¿Con los Grant? ¿Por qué?

—No se llevan especialmente bien con nuestros familiares de Inverness. Recuerda lo sucedido en la última reunión de clanes en Stirling...

—Pero nosotros no tuvimos nada que ver. Teníamos otros problemas mayores, como buscar a nuestra hermana —aseveró James, que no dejaba de pasear la mirada de su hermano a los Grant y al establo para asegurarse de que Emma estaba bien.

La vio salir, sacudiéndose las faldas del vestido de forma airada y caminar entre ese amasijo de guerreros con semblante altivo. No pudo evitar sentir orgullo por ese carácter aguerrido que siempre mostraba, pero también sintió cierto temor a que alguno de los recién llegados se lo tomase como un desafío y la atacasen.

Desde su posición, vio a un par de Grant moverse hacia ella para cerrarle el paso y James se tensó. De forma instintiva, dio un paso adelante, pero se frenó en cuanto la figura de Dorian apareció junto a ella. Admiró la forma en la que el joven contuvo las intenciones de esos hombres con solo una mirada.

—¿Puedo saber qué te tiene tan distraído? —preguntó Colin, al mismo tiempo que se giraba para seguir la mirada de su hermano—. ¿He de suponer que has decidido cambiar de prometida? —quiso saber.

—Su padre la ha comprometido con el joven Grant, sin su consentimiento ni consultarlo con nadie más. Me ha rogado que no intervenga por miedo a represalias y, siendo sincero, tiene razón. Estamos en una enorme inferioridad —pronunció sin desviar sus ojos de la situación.

—Ya... —Colin se rascó la cabeza con cierto nerviosismo—. En cuanto a eso... —dijo y sacó una nota de su sporram.

—¿Qué es esto? —preguntó Jamie al mismo tiempo que la cogía y la leía. Su cara pasó de seriedad a asombro en segundos. Miró a su hermano, con los ojos abiertos como platos—. ¿Padre está de camino? —pronunció.

—Así es y llegará en un par de días —respondió Colin—. No sé qué demonios le habrás contado en tu última carta, pero se lo ha tomado en serio y viene hacia aquí —dijo.

—Tan solo le pedí consejo...

—Pues, tu consejo viene de camino, hermano, así que puedes decirle a *tu prometida* que ya no estaremos en inferioridad —contestó Colin tras darle una palmada en el hombro a su hermano.

James se guardó la nota y desvió la mirada hacia la escalinata del castillo, donde Logan Fraser, junto con sus hijas y su sobrino, recibía los nuevos invitados.

—Reúne a los chicos —dijo, sin más. Colin asintió y se fue en busca del resto de sus compañeros.

—A ver qué yo me aclare —pronunció Duncan, con semblante serio y sin dejar de mesarse la barba negra que poblaba su barbilla—. Quieres romper el acuerdo de compromiso con lady Evelyn para firmar otro y casarte con la pequeña de los Fraser, que acaba de ser

prometida a esa horda de Grant asentada en el castillo. ¿Es así? —repitió el joven lo que su líder les acababa de relatar.

En cuanto Colin los hubo reunido a todos, James se los había llevado lejos de las inmediaciones de Dounie para tener más privacidad y asegurarse de que nadie los espiaba. Por eso, les indicó que tomasen sus monturas y lo siguiesen hasta el mismo sitio donde había encontrado a Emma, momentos antes.

—Así es —confirmó él.

—¿Y eso no ocasionará un pequeño conflicto con esos dos clanes? —quiso saber Dougal, apoyado contra uno de los árboles donde habían dejado atados a los caballos.

—No hace falta que Jamie responda a eso, ya te contesto yo —se adelantó Aaron—: Sí, se organizará una buena refriega y, no es por ser agorero, pero estamos en ligera desventaja —apuntó.

Colin observaba todo desde una posición separada, con los brazos cruzados al pecho y comprendiendo el malestar de sus hombres. Pero también sabía que su hermano era tan consciente como él de ello. Miró, entonces, a James, que asintió con la cabeza para darle permiso a ser él quien hablase.

—Por suerte, esa desventaja pronto desaparecerá —dijo y dio un paso al frente para colocarse al lado de su hermano—. Nuestro padre está de camino. Llegará aquí en dos días y lo acompaña tanto nuestra propia gente como el chieff y sus propios guerreros —les informó.

Duncan se quedó paralizado, con la mano estática sobre la barba y mirándolos con asombro. Al igual que el resto, que cambiaron sus semblantes del asombro a la alegría en segundos.

—¿Dices que nuestro laird y el chieff van a venir aquí? —preguntó Aaron con gran asombro.

—Se va a liar gorda... —murmuró Ramsay con cierta diversión—. ¡Ay! —exclamó tras recibir una colleja de Ciaran.

—¿Hay algo que debamos saber del porqué de esta repentina llegada del grueso de nuestro clan? —quiso saber Duncan, el mayor del grupo, aunque no más que los gemelos.

Ambos hermanos volvieron a compartir miradas cómplices, a sabiendas de que deberían contar toda la información a sus compañeros. Ellos han estado siempre a su lado, apoyándolos en cada decisión tomada y merecen ser partícipes de toda la historia. Fue James quien tomó el mando de esa confesión.

—Hace unos días, le mandé una misiva a mi padre para pedirle consejo...

—¿Consejos sobre la joven Fraser? —interrumpió Duncan, quien ya sabía desde el principio que ocurría algo entre esos dos. Por no decir que, tanto él como Colin, siempre estuvieron en contra de ese acuerdo de unión firmado en la frialdad de un despacho.

—No, lo cierto es que nada tuvo que ver mis sentimientos con lady Emma. —Sus hombres lo miraron intrigados—. Desde el primer momento en el que estuve a solas con lady Evelyn, noté que algo no

andaba bien. No me malinterpretéis. Es una muchacha hermosa, dulce y con una elegancia tanto en sus palabras como en sus acciones que me maravillaron desde el principio. Siempre me ha tratado con sumo respeto y educación, y se nota que es una joven muy culta —explicó.

—Pero... —intervino Duncan, de nuevo.

El guerrero lo conocía bien, a ambos. Crecieron juntos desde su nacimiento, ya que la madre de este era la ama de llaves del castillo Campbell y gran amiga de la suya. Beth había sido sirvienta en el castillo, al igual que la madre de ellos dos, hasta que el laird se enamoró de ella y la hizo su esposa. Entonces, Beth pasó a ocupar un puesto de mayor responsabilidad. Al igual que el padre de Duncan, Fergus, que siempre había sido un hombre de total confianza de James Campbell y un gran guerrero. Así que sí, los conocía muy bien a los dos.

—Pero siempre hubo una resistencia a la cercanía que me desconcertaba. Más que resistencia, era temor o pavor a ser tocada. Pude percibir su lucha en varias ocasiones, donde ella nunca dejó de mostrarse cordial y educada, pero con temor a profundizar más en el compromiso. Presentía que algo no iba bien y por eso le escribí a mi padre, para pedirle consejo —explicó Jamie.

—Pues..., el consejo viene de camino —bromeó Aaron esta vez.

—Eso mismo le dije yo —contestó Colin.

—Hay algo más, ¿no es cierto? —siguió Duncan, sin dejar de observar a su amigo con detenimiento.

James cerró los ojos y soltó un largo suspiro antes de hablar.

—Emma me... —Se dio cuenta de la cercanía con la que pronunció su nombre y se aclaró la garganta para continuar—. Lady Emma me ha confesado que su hermana siempre quiso recluirse en un convento, que había estado preparándose durante todos estos años para vestir los hábitos. En sus planes nunca estuvo casarse ni mucho menos yacer con un hombre... Y ahora todo cobra sentido en mi cabeza —dijo, con algo de resignación.

—Wow —fue lo único que pronunció Bean, quien llevaba callado todo el tiempo y prestando atención a todo.

—Lo que nuestro joven amigo quiere decir es que *en menudo marrón te acabas de meter, amigo* —intervino Ciaran.

—¿Y cuál es el plan? ¿Esperamos a que llegue nuestro clan o secuestramos a la joven Fraser y nos la llevamos a casa con nosotros? —dijo Aaron.

—Es que... mira que eres bruto. Normal que no encuentres mujer que te soporte —suspiró Dougal a su lado.

—¿Quién te ha dicho que busco esposa? —protestó el guerrero.

El sonido de ramas rompiéndose a lo lejos, llamó la atención de todos. Como una unidad perfectamente entrenada, desenvainaron sus espadas y formaron un semicírculo, dejando en el centro a su líder.

Fijaron la mirada en la dirección de la que provenían las pisadas y vieron aparecer, de entre la vegetación espesa, un caballo de crines negras como la noche. Sobre el animal que resoplaba, una figura erguida que los observaba desde la altura. Dorian paseó la vista por todos los guerreros y se quedó fijo en James.

—Necesito vuestra ayuda.



CAPÍTULO 21

Dorian no esperó ni un segundo tras la confesión de Emma, poco después de que los Grant fuesen acomodados en las habitaciones asignadas para invitado de su categoría. Que su prima pequeña le hablase sobre lo que llevaba sintiendo por James Campbell desde hacía un tiempo, lo sorprendió. Pero cuando le aseguró que él sentía lo mismo y que quería romper el compromiso con Evelyn para casarse con ella, lo dejó estupefacto.

Sabía que ocurría algo entre ellos dos desde hacía un tiempo, pero jamás pensó que el desenlace sería algo así. Esa noticia pondría al clan patas arriba y más ahora, cuando su tío estaba a punto de firmar un acuerdo prenupcial con el heredero de los Grant de Glenmoriston. Por no hablar de que, si Evelyn se veía libre de ataduras, exigiría ingresar en un convento, como siempre había deseado.

Por eso, tras despedirse de sus primas y asegurarse de que estaban a salvo en su habitación, se fue directo a los establos, en busca de su montura. Había visto a los Campbell partir hacia un rato y, por la dirección que tomaron, intuía a dónde habían ido.

—Necesito vuestra ayuda —dijo, en cuanto desmontó de su caballo, ante la mirada desconfiada de los guerreros.

Había ido urdiendo un plan en el corto trayecto hacia allí porque no quería que se desatase una guerra entre clanes, y mucho menos con los Campbell de por medio. Sus lazos con la corona de Escocia los hacía demasiado poderosos y Dorian no quería heredar un clan devastado por la ambición de su anterior laird. Porque sí, él mismo reconocía que su tío era demasiado ambicioso y solo buscaba afianzarse alianzas fuertes de las que sacar un rédito personal.

Logan Fraser no había heredado el carisma de su abuela, sino la avaricia y el desdén de su padre, el anterior laird del clan.

La madre de Dorian siempre había dicho que su hermano llevaba la sangre sibilina de los Fraser y no la parte más carismática. Aunque no desarrolló la rudeza con la que habían sido tratados por su padre, sí que tenía muchas actuaciones un tanto cuestionables.

Solo durante su matrimonio y el nacimiento de Evelyn, se pudo apreciar un cambio en él. Pero cuando nació Emma y vio la fuerza rebelde de esa pequeña de cabellos revueltos y bañados por el sol, Logan Fraser abrazó la oscuridad.

Cuando los padres de Dorian habían muerto en un derrumbe acontecido durante su regreso a Inverness. Él había sido acogido por sus tíos y sus primas y fue criado como uno más de la unidad familiar. Hasta que su tía murió y acabó siendo él la cabeza racional que intentaba mediar entre su tío y su prima, Emma.

—¿Vuestras primas están bien? —se apresuró a preguntar Jamie.

Colin les hizo un gesto a los guerreros para que bajasen las armas y se relajasen.

—Lo estarán, si me ayudáis —dijo, sin más. Vio al joven heredero dar un paso al frente para hablar, pero se adelantó y confesó: —Emma me lo ha contado todo.

Jamie se enderezó, envainó su espada y lo invitó a acercarse. Al principio, Dorian fue algo reacio a hablar en presencia de tanta gente, ya que era un tema bastante peliagudo y no estaba seguro de cuánto sabían sus hombres sobre el asunto.

—Tranquilo, mis hombres están al corriente de todo. Podéis hablar sin miedo —le informó Jamie.

Los hombros de Dorian se relajaron, aunque no estaba del todo seguro si sería conveniente tratar un tema tan importante delante de más gente, pero si James Campbell le aseguraba que podía hablar libremente, confiaría en él.

—Teniendo en cuenta que pronto seremos familia, de una forma u otra, tal debamos tutearnos ya —le propuso a su futuro primo.

Colin esbozó una sonrisa de medio lado y se cruzó de brazos.

—Tengo la extraña sensación de que venís a pedirnos apoyo para una rebelión dentro de vuestro clan —dijo el gemelo.

—Nada más lejos de la realidad..., Colin. No seremos grandes amigos, pero hemos pasado largas noches hablando, e incluso entrenando juntos, como para que sepas ya que tan solo busco el bienestar de los míos. Y eso pasa por proteger a mis primas de una decisión nefasta por parte de mi tío —contestó Dorian.

—Lo sé. Tan solo quería oírlo de tu boca y que el resto lo escuchase también —afirmó Colin, ganándose un resoplido por parte del joven Fraser.

—Bueno, vayamos al grano —intervino Jamie—. ¿Qué necesitas de nosotros? —quiso saber.

—Que me ayudéis a proteger a mis primas y a evitar que ese acuerdo se firme. Había pensado en provocar a los Grant para que mi tío viese de primera mano con quién va a casar a su hija, pero posiblemente sea pediros mucho. Sé que estáis en inferioridad y...

—En cuanto a eso... —comentó Colin, en tono divertido—. Creo que pronto dejaremos de estar en desventaja. —Dorian lo miró extrañado.

—Nuestro padre, junto con el grueso de los Campbell de Clackmannanshire, se dirige hacia aquí. Llegará en dos días a Dounie —lo puso al día Jamie.

—¿Qué? —exclamó el Fraser—. Pero, ¿cómo...cuándo lo habéis...? No ha llegado ninguna misiva ni nada...

—Lo sabemos, tranquilo. La carta vino dirigida a mí, personalmente. Por eso no os habéis enterado. Mi hermano Colin la recibió en mi ausencia —explicó Jamie.

—Pero... —Dorian seguía sin comprender nada.

—Las iglesias son un buen lugar para confesarse —explicó Colin, sonriendo de forma burlona de nuevo.

Todo cobró sentido en la mente de Dorian, que lo miró y dijo:

—Claro, ahora entiendo tus constantes visitas al párroco del pueblo. Y yo que pensaba que eras un fiel devoto, como Evelyn. Desde luego que hacéis honor a la fama de vuestro clan. Ahora sé por qué sois tan apreciados por la corona y la casa Estuardo. —Colin amplió más su sonrisa socarrona, aunque esas palabras no solo deleitaron al gemelo. El resto de guerreros que estaban con ellos también esbozaron amplias sonrisas victoriosas.

—Dorian, como comprenderás, no pienso poner en riesgo a mi gente ni a mi familia de una forma tan poco planificada —comenzó a hablar Jamie—. Quiero ayudarte a liberar a tus primas del yugo de tu tío, eso quiero que lo tengas claro. Sobre todo porque amo a Emma por encima de todo. —Esa confesión dejó, tanto a su hermano como a sus hombres, pasmados. Incluso Dorian abrió los ojos en señal de asombro—. Que él se asombre, lo entiendo, pero vosotros ya lo sabíais —les recriminó a los suyos por su reacción.

—Pero nos gusta oíroslo decir, *mi laird* —se burló Duncan.

Aaron se atragantó al escuchar esa puntualización y Dougal ahogó una risa. Colin se llevó la mano a la boca y simuló una tos para ocultar una carcajada.

James cerró los ojos, resopló y continuó:

—Creo que, a pesar de que le prometí a Emma darle unos días para hablar con vuestro tío, no debería de demorarlo más. Tal vez así, cuando vea que la alianza con los Campbell no se rompe, no entre en cólera...

—Veo que no conoces en nada a mi tío, James. A mi tío le importa bien poco si vosotros dos os amáis o no. Sí, quiere y desea una alianza con los Campbell desde tiempos de mi abuelo. Es una herencia maldita que legó a sus hijos, cuando intentó unir a vuestro padre con dos de mis primas —lo interrumpió Dorian.

—¿Que qué? —exclamaron Ciaran y Aaron al unísono.

—¿Vosotros lo sabíais? —quiso saber Dougal, mirando a los gemelos.

—Todo el mundo en el clan conoce esa historia, so ineptos —soltó Duncan, dándoles un ligero golpe en el hombro a los tres —. Y dejad de interrumpir de una vez —les ordenó.

—Gracias, amigo —bromeó Colin.

—Bien, sigamos —dijo Jamie—. Necesito saber qué planes tiene tu tío porque estoy seguro de que querrá tener una reunión con Donald Grant para establecer los acuerdos y eso les va a llevar unos días...

—Puedo intercederle a mi tío que te incluya en las reuniones, ya que vas a formar parte de la familia y eres hijo de quien eres. Estoy seguro de que, si toco las teclas adecuadas, lograré convencerlo —propuso Dorian.

—Cuidado, amigo. Cualquiera diría que eres un Campbell, más que un Fraser —bromeó Colin.

—Mirad, mi tío me ha nombrado como su heredero a ocupar su puesto porque está convencido de que seguiré los mismos pasos que él y sus antepasados, y nada más lejos de la realidad —comenzó a explicar el joven Fraser—. No pienso seguir con estas prácticas tan tiránicas, implantadas en este clan desde su existencia, prácticamente. Y tal vez, después de esto, me gane incluso la expulsión de mi...

—No permitiremos que ocurra eso, Dorian —aseguró Jamie.

—James, por mucho poder que tenga tu padre, dudo mucho que sea capaz de interceder en las decisiones internas de un clan —dijo él.

—¿Recuerdas a los Murray de Stirling? —comentó Colin. Dorian desvió la mirada ambarina hacia el Campbell—. Por no hablar del clan del marido de nuestra querida prima, Megan: Los MacAlister de Tarbert. Tenían una buena organizada allí, por culpa del testamento del padre de Aiden y la ambición de su viuda —dijo.

—Me vais a disculpar, pero no estoy puesto en todos los embrollos de los clanes —habló Dorian.

—La viuda del laird MacAlister, padre de Aiden, y junto con su hija de otro matrimonio, fueron enviadas a... —Colin miró hacia su hermano—, ¿Irlanda, dijo padre? No lo recuerdo muy bien, la verdad.

—¿Me estáis diciendo que James Campbell tiene el poder suficiente de enviar al exilio a un miembro de la corte escocesa, sin más? —quiso saber el joven Fraser.

—No, él no las envió. Tan solo se lo propuso a la reina consorte y ella firmó los documentos —afirmó James.

Dorian sintió un leve mareo. Era conocedor de la cercanía de los Campbell con la corona Estuardo, pero no se imaginaba que sería hasta esos extremos.

—Debes saber que nuestro padre fue quien liberó al difunto rey de la prisión en la que lo tuvieron durante años, en el castillo de Edimburgo. Con su saber hacer y su tenacidad, se ganó el favoritismo de la corona escocesa —le recordó Jamie.

—Y también es uno de los guerreros más temido del reino, todo hay que decirlo —apuntó Colin con sumo orgullo.

—Cierto, no hay que olvidarse de ello. *El demonio rojo Campbell*, un apodo bastante terrorífico, diría yo —intervino Duncan, también.

Dorian los miró a unos y a otros, tratando de entender qué le estaban diciendo. Siempre se había dicho que los Campbell eran muy hábiles con las palabras y sabían cómo dirigir las ideas de los demás hasta donde ellos querían.

—Entonces, ¿qué es lo que me estáis intentando decir? ¿Queréis que vuestro padre hable con la reina consorte para que anule ambos acuerdos y…?

—Decimos que necesitamos ganar tiempo, amigo. Nada más. Dos días y todo se solucionará por sí solo. Actuar ahora mismo, o intentar impedirlo, sería un suicidio tanto para ti como para nosotros —dijo James.

Dos días. Solo debían retrasar la firma del acuerdo hasta que el grueso de los Campbell llegasen a tierras Fraser. Dorian sopesó todos los pros y los contras, pues conocía muy bien de la urgencia de su tío por casar a sus dos hijas y librarse de ellas de una vez. Dos días le parecían mucho, pero no les quedaba otro remedio. Era eso o acabar todos con las cabezas separadas del cuerpo y provocando una guerra entre clanes de carácter épico.

Tomada la decisión, dio un paso hacia James, extendió el brazo y dijo:

—Dos días.



CAPÍTULO 22

Mientras una nueva alianza tomaba forma entre la espesura del bosque, dos hermanas mantenían una conversación importante.

En la intimidad de su estancia, Evelyn permanecía sentada en el borde de su cama, viendo a su hermana pasear de lado a lado de la sala como si fuese un animal enjaulado. Observaba cómo se rascaba la cabeza cuando llegaba junto a la ventana y cómo resoplaba cuando se acercaba al borde de su cama.

—Emm, suéltalo ya, por favor. Me vas a provocar un fallo en el corazón —le suplicó a su hermana, conteniendo la risa porque intuía qué mantenía así la valiente de Emma Fraser.

—Es que... Eve yo... Verás, hay... algo que quiero contarte —titubeó—. ¡Ah! Qué difícil es esto —exclamó al techo cuando llegó a la altura del alfeizar otra vez.

Nunca le había costado tanto tomar las riendas de sus sentimientos, ni siquiera en decir lo que pensaba y sentía, pero eso... Esa confesión la estaba matando. Atormentando, más bien.

Fue Evelyn quien tomó la iniciativa y el control de la situación. Se levantó y, con su clásica calma y elegancia, se acercó a ella, la tomó de las manos y la instó a mirarla a los ojos.

—Si quieres hablarme sobre lord James, no tengas miedo, Emm —pronunció. Su hermana la miró, desconcertada.

—¿Y por qué sabes que es sobre...?

—Vamos, Emma. Que soy yo. Y tengo ojos en la cara. Sé que no soy yo quien ocupa su corazón, al igual que sé lo que tú sientes por él. —La joven Fraser se quedó boquiabierta frente a su hermana—. Estaba claro, no me mires así —le dijo.

—No, perdona. De claro, nada. Ni siquiera yo misma lo podría haber adivinado —aseguro Emma.

—Eso es porque eres la persona más testaruda y orgullosa que jamás haya conocido, mi querida hermana.

—Vaya, gracias —soltó entre indignada y divertida al ver la sonrisa maliciosa de su hermana—. Pero, ¿cómo lo has sabido, Eve? ¿No te sientes traicionada...o molesta conmigo? —quiso saber.

—Lo sentiría, si mis sentimientos por él fuesen los mismos que los tuyos, pero sabes muy bien que yo no deseaba esta unión, Emm.

—¿Y por qué la aceptaste, Evelyn? Es algo que ni Dorian ni yo jamás logramos entender. Lo tenías todo listo para ingresar con las

benedictinas de Iona y, sin más, aceptaste renunciar a todo ello por...

—Lo hice por ti. —Emma se liberó de la sujeción de su hermana y se alejó unos pasos de ella. Miró hacia la chimenea que permanecía apagada y luego volvió a fijar sus ojos en ella—. Acepté para que padre no te obligase a ti a casarte con un completo desconocido. Cuando habló conmigo, fue muy claro: Si yo, como hermana mayor, no aceptaba este acuerdo, tú serías quien pagase la alianza con los Campbell —le explicó.

—Eve, no —suspiró Emma—. No debiste sacrificarte de esa forma...por mí —dijo antes de abrazarse a ella con fuerza.

—¿Y por quién lo iba a hacer, si no? —rio al verse envuelta entre los brazos de su hermana.

Emma se separó lo justo para mirarla a los ojos y entonces le plantó un enorme beso en la mejilla. Evelyn se carcajeó por las muestras de afecto de su hermana pequeña.

—De todas formas, de poco o nada ha servido tu sacrificio, Eve. Ya ves lo que ha hecho nuestro padre y sin contar conmigo para nada —dijo ella, en cuanto se separó de su hermana.

Evelyn la tomó de la mano y le dio un suave apretoncito, acompañado ese gesto de una cálida sonrisa que le calentó el corazón.

—Estoy segura de que Dorian ya está trabajando en ello —afirmó.

—Y no es el único —musitó Emma.

—¿Lord James va a interceder por ti? —quiso saber Evelyn, intrigada por completo. Se fue hasta su cama y se sentó de nuevo en el borde. Le dio unos golpecitos al colchón para invitar a su hermana a sentarse y esta accedió.

—Él quiere...dice que va a hablar con padre para cambiar el acuerdo. Eve, James no sabía nada sobre tu deseo por vestir el hábito y.…yo...cuando se lo dije, se asombró y se enfadó. Lo siento —pronunció algo avergonzada.

—No debes pedirme perdón, Emm. Quise contárselo en varias ocasiones, pero no encontraba las fuerzas para hacerlo, sin causar un problema con nuestro padre. Yo no soy tan valiente como tú, hermanita —dijo y atrajo la mirada de su hermana. Esbozó una sonrisa de lo más maternal y le apartó el cabello rebelde que le caía sobre la cara a Emma—. Tuve miedo de que, si le confesaba todo a lord James, podría crear un conflicto entre ambos clanes y acabaríamos pagándolo nosotras con padre, o Dorian, incluso —le explicó.

—James jamás se hubiera enfadado contigo, Eve —aseguró ella.

—Lo sé, es un hombre noble y leal. Sé que no sería conmigo con quien se indignaría, pero sí le exigiría a nuestro padre por haber sido engañado y manipulado. Lord James no soporta las injusticias, Emma. Debes saberlo. Es un hombre justo y jamás hubiese tolerado esta unión, si hubiese sabido todo esto —contó Evelyn.

—Y mira en qué punto estamos ahora, hermana —resopló Emma, mirando al infinito a través de la cristalera de su ventana.

—Confío en que todo se solucionará, no te preocupes —le aseguró.

—¿Cómo puedes ser tan positiva, Eve? Me asombras.

—Porque tengo fe, hermanita. Dios sabrá proveer, ya lo verás —aseguró. Pasó un brazo por detrás de su hermana y la atrajo hacia ella. Dejó que apoyara la cabeza sobre su hombro y pasó a mesarle el pelo con delicadeza, como lo solía hacer su madre con ambas.

Unos golpecitos en la puerta, rompió el silencio apacible en el que se habían sumido las dos. Evelyn invitó a entrar a quien esperaba al otro lado de la puerta y una sirvienta entró de forma lenta.

—Disculpad, miladies —saludó con una pequeña genuflexión—. Vuestro padre ha organizado un banquete en honor a los invitados recientes y quiere que se preparen con sus mejores galas —les dice.

—Genial —protestó Emma. Evelyn rio.

—Está bien, Adelle. Informa a nuestro padre que seremos puntuales —informó Evelyn.

La joven sirvienta asintió y abandonó la habitación de la misma forma sigilosa en la que entró, dejando a las hermanas solas con la noticia.

—Esto no podría ir peor —bufó Emma tras llevarse las manos a la cara.

—Fe, hermana. Ten fe —la instó Evelyn.



CAPÍTULO 23

Mientras terminaban de arreglarle el peinado a Evelyn, Emma daba vueltas por la habitación. No se había molestado en acicalarse bien el cabello y había decidido dejarlo suelto y libre, como era su esencia natural.

—Emm, ¿segura que no quieres que te hagan un recogido? —preguntó su hermana.

—No. Si van a mostrarme cual cabeza de ganado, que me vean en todo mi esplendor —masculló ella. Evelyn suspiró.

—Por favor, intenta no provocar a nadie esta noche. El ambiente no va a estar como para soportar más tensión.

—¿Me estás pidiendo que me comporte como no soy, hermana? —inquirió ella.

—Jamás te pediría que dejases de ser tú, Emma, y lo sabes. Solo te digo que te controles un poco porque esta situación es un tanto

inusual. Los Campbell y los Grant no son precisamente amigos y la situación ya será bastante tensa de por sí. —Emma se paró ante ella, con la mirada fría—. Hazlo por mí, por favor —le suplicó.

Sopesó durante unos instantes lo que su hermana le pedía. Le iba a costar mucho contener su personalidad y más a sabiendas de que la estaban utilizando para fines nada satisfactorios para ella. Detestaba esa norma de la sociedad en la que vivía, donde un hombre tomaba decisiones por las mujeres, sin tenerlas en cuenta porque se las consideraba seres inferiores.

Siempre se había rebelado contra esa forma de actuar donde las hijas eran simples medios para conseguir alianzas, sin importar con quién las casaban. Era de sabiduría popular de uniones nefastas donde a ellas se las usaba de vientres gestantes de herederos y se las molía a palos por osar siquiera pensar sin permiso. Matrimonios infructuosos y desastrosos.

¿Qué clase de padres desearían una vida así para sus hijos? ¿Cómo podían primar los intereses patriarcales para con los clanes, antes que el bienestar de su propia descendencia? Emma nunca entendió eso ni lo aceptó y siempre juró que, llegado el momento de ser madre, se encargaría de imponer un cambio para con sus hijos. Jamás serían tratados como ganado.

—Está bien, Eve. Te prometo que me comportaré como una dama recatada y elegante, sin dar mi humilde y sincera opinión —convino, finalmente.

Evelyn estalló en carcajadas.

—Sé que lo intentarás, al menos, pero ambas sabemos que te harías sangre en la lengua, si tuvieses que controlar tus *humildes y sinceras opiniones* —dijo entre risas. Emma le sacó la lengua a modo de burla y su hermana rio con más fuerza.

Unos golpes en la puerta rompió el momento de relax que estaban teniendo. La pequeña de los Fraser se acercó y la abrió para ver la figura de su primo al otro lado, esperando paciente.

—Dorian, ¿ocurre algo? —preguntó intrigada.

—¿Puedo pasar? —Emma lo miró extrañada y se hizo a un lado para dejarlo entrar.

Evelyn se giró en el pequeño taburete en el que estaba sentada, frente a un espejo un tanto oxidado en los bordes, pero que les servía muy bien para peinarse en momentos como ese.

—Primo, vaya sor...

—Tenemos que hablar antes de que os unáis a la *fiesta* —la interrumpió él. Emma puso los ojos en blanco y soltó un bufido de desaprobación—. Tú será mejor que controles tu lengua o nos meterás a todos en serios problemas —le instó a su prima pequeña.

—No sé qué os ha dado a todos hoy por querer mantener mi boca cerrada —protestó ella, ofendida.

—Porque te conocemos —hablaron Dorian y Evelyn al unísono.

Emma resopló, molesta, y se fue hasta su cama para sentarse en el borde.

—Habla, Dorian. ¿Cuál es el plan? Porque supongo que habrás venido hasta aquí porque tienes uno en mente —dijo ella, tras soltar un largo suspiro.

—He estado hablando con los Campbell...

—Le dije que no interviniese —exclamó Emma, que dio un salto en el colchón.

—¿De verdad te piensas que James o yo íbamos a dejarte sola en esto? Creía que nos conocías mejor —aseveró Dorian.

—Está bien —intervino Evelyn, levantándose del asiento y colocándose entre ellos—. ¿Qué propones..., o qué habéis hablado? —lo instó a seguir.

—Esta noche, tú seguirás siendo la prometida de James —le explicó a Evelyn. Emma se levantó de un salto de la cama, lista para mostrar su desagrado, pero Dorian la detuvo—. Tú te mantendrás a mi lado en todo momento o, como mucho, al lado de Colin —dijo.

—Así que voy a tener perros guardianes todo el rato —protestó ella.

—Sí, asúmelo —respondió él.

—Sé defenderme sola —siguió ella con su enfado.

—¿De veras, Emm? ¿Eso fue lo que hiciste cuando Jona te atacó? —Dorian soltó esas palabras sin pensar y se arrepintió al instante—. Emma, lo siento. No quise decir eso, pero tienes que reconocer que no siempre vas a poder protegerte tú sola y más con gente como los Grant.

—Emm, Dorian tiene razón —apuntó Evelyn, que se colocó al lado de su primo—. Los Grant son aliados de los Fraser, pero no son buenas personas. Todos los sabemos —convino.

El joven Fraser caminó hasta su prima pequeña, que los miraba a ambos con enfado. No le pidió permiso para tomarla de las manos y, con suma delicadeza, suplicarle:

—Emma, deja que, por una vez, te protejamos nosotros.

Durante unos instantes, se quedó admirando la belleza del rostro de su primo, en el que vio tensión por la situación. Sus ojos, de igual intensos que los suyos con ese fuego interior, mostraban una súplica y una gran preocupación.

Tomó aire y lo dejó salir con un largo y sonoro suspiro.

—Está bien, mantendré mi boca cerrada todo lo que pueda y no me separaré de ti o de Colin —prometió, finalmente.

—Esa es mi chica —exclamó Dorian y la envolvió entre los brazos. Ella protestó cuando este la apretó un poco.

—También estaremos nosotros dos. Seguro que el *estirado* de tu enamorado querrá formar parte de tu guardia y custodia —bromeó Evelyn, entre risas.

—Qué ven mis ojos. Mi hermana haciendo un chascarrillo sobre otra persona —se burló Emma y los tres estallaron en carcajadas.

Una vez que Dorian les explicó todo el plan elaborado junto con los Campbell, abandonó la estancia y las dejó a solas para que terminasen de prepararse.

Ambas hermanas se tomaron su tiempo para emprender camino hacia la cena más incómoda de toda su vida, aunque la más molesta era Emma. Seguía con esa sensación de ir de camino al matadero, a pesar de que tenía la certeza de que no se lograrían los planes de su padre. Sobre todo, al saber que el grueso de los Campbell estaba de camino, pero... ¿Podrían ellos cambiar el destino que Logan Fraser tenía para sus hijas?

Llegaron ante las puertas del gran salón, que permanecían abiertas de par en par y se podía escuchar a la perfección las voces que venían del interior.

Por primera vez, Emma estaba muy nerviosa. Más que las hojas cuando las agitaba el viento en las copas de los árboles. Su hermana, que percibió su estado, envolvió su mano y le dio un ligero apretoncito.

—Tranquila, Emm. No te dejaremos sola. Recuerda: Dos días —murmuró.

Emma la miró y vio esa hermosa sonrisa en el rostro de su hermana que tanto la calmaba porque le recordaba mucho a su madre. Respiró profundo y asintió. Sin soltarse la una a la otra, se adentraron en la estancia, con la decisión de no dejar que la ambición de unos hombres destruyera sus vidas.



CAPÍTULO 24

Colin encontró a su hermano más intranquilo de lo normal. Aunque mantenía una actitud calmada y contestaba de forma segura a los comentarios que Donald Grant, laird del clan, conocía muy bien a James y sabía que solo necesitaba una chispa para que todo estallara en segundos.

Y, entonces, la chispa entró en el salón.

Las hermanas Fraser aparecieron ante ellos, caminando con calma y elegancia. Evelyn mostraba una sonrisa delicada, mientras saludaba con un ligero movimiento de cabeza. Emma, en cambio, se veía tensa y no dejaba de observar a todos en el salón. Como si estuviese memorizando los rostros de sus enemigos.

—Lord Fraser, sus hijas se ven realmente hermosas —habló Donald, empleando su clásico tono jocoso.

A Jamie se le revolvieron las tripas al escucharlo hablar de esa forma tan despreciable. Apretó la mandíbula en el instante en el que decidió darle un trago a su bebida para mantener la lengua controlada.

—Respira, hermano —le aconsejó Colin en un leve susurro a su lado.

—Eso intento —dijo él.

Logan Fraser agitó una mano para instar a sus hijas que se acercasen a ellos y hacer las debidas presentaciones. Ellas, sin perder la compostura ni soltarse la una de la otra, avanzaron hasta estar frente a ellos.

—Mi querido amigo, Donald —inició el laird—. Os presento a mis hijas: Evelyn, la mayor y prometida de lord James, y mi querida Emma, la pequeña y que espero sea de vuestro agrado —indicó.

Emma intentó ahogar una protesta en su garganta, pero tan solo consiguió emitir un ruido extraño que enmascaró con una tos. Vio a su primo cerrar los ojos y suspirar y sintió ganas de decirle que la estaban tratando como a una vaca y tenía derecho a estar molesta..., pero se mantuvo callada.

—Señores, espero que el viaje haya sido tranquilo y su estancia aquí sea del todo agradable —se adelantó a hablar Evelyn.

—Hay que ver lo que os parecéis a vuestra madre muchacha, sois toda elegancia como lo era ella —comentó Donald. Ladeó la cabeza para mirar hacia James y dijo: —Habéis tenido suerte con

vuestro acuerdo, señor. Estoy seguro de que vuestro padre se sentirá orgulloso de vos.

—Mi padre siempre se ha sentido orgulloso de todos sus hijos y de todo su clan, si me lo permitís —respondió Jamie.

Emma agachó la cabeza para esconder su emoción al escuchar esa forma tan magistral de responder. Esa respuesta no iba dirigida solo a Donald Grant, sino también a su padre, Logan Fraser. Tal vez, por eso atisbó cómo este se enderezaba a su lado, incómodo.

El Grant tan solo sostuvo la mirada con James durante unos instantes, antes de mostrar la sonrisa más hipócrita de todas y pasar a lo que en verdad le interesaba. Dirigió su mirada verdosa hacia ella y dijo:

—Lady Emma, permitidme que os presente a mi hijo, lord Rodric Grant. Es el futuro de nuestro clan y todo un orgullo para mí.

El joven de cabellos cobrizos y de mirada felina como la de su padre, que permanecía parado a su derecha, dio un paso hacia ella y la tomó de la mano para darle un suave beso en el dorso. Un gesto que la incomodó, aunque no fue la única. James también pareció molesto por ello.

—Miladi, es un gran honor conocer a una mujer tan hermosa como vos. Creo que nuestra unión será muy fructífera para ambos...

—¿Clanes, queréis decir? —Las palabras se le escaparon de la boca a la joven. En cuanto notó la presión de su hermana en su otra mano, se aclaró la garganta y convino a decir: —También es un

placer para mí el conoceros..., lord Rodric —Terminó con una leve reverencia.

Dorian, que observaba y escuchaba con atención, permanecía erguido y tenso el lado de Colin. Le lanzó una mirada reprobatoria a su prima, pero no dijo nada. Al igual que James hizo en su momento, optó por darle un trago a su bebida.

—Bien, ya que estamos todos, pasemos al comedor —pronunció Logan Fraser.

Todos se movieron hacia el comedor que les indicaba uno de los sirvientes. Antes de entrar, Emma notó un tirón en el brazo y, cuando siguió la mano que la agarraba con fuerza del codo, vio a su padre del otro lado.

—Compórtate como una dama educada, a ser posible. Intenta imitar a tu hermana y procura no dejarme en ridículo delante de nuestros invitados. No quiero que estropees este acuerdo —siseó a su lado, sin que nadie más lo escuchase.

—Tal vez, si no me tratases como una oveja, me plantearía ser un orgullo de hija para ti. Pero en vista de que para vos, padre, solo soy una moneda de cambio... —Se liberó del agarre de un tirón y se alejó de él para llegar junto a su primo.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber Dorian.

—Nada, es mejor que no lo sepas —respondió ella.

James se movió para acercarse a Emma, pero Logan Fraser los interrumpió con un anuncio un tanto molesto.

—Lord James, ¿me haríais el honor de sentaros a mi lado en esta ocasión? Quisiera tener a ambos clanes amigos a mi lado... —comentó el laird—, si a mi querido sobrino no le importa ceder su sitio en la mesa, claro —dijo con ese tono sibilino que tanto odiaban sus hijas.

Dorian, astuto como buen Fraser, esbozó una sonrisa, asintió y dijo:

—Claro que no, tío. Yo me sentaré entre mis primas...

—Oh, no. Emma se sentará junto al joven Rodric. Ambos deben ir entablando amistad, ya me entiendes, sobrino —lo interrumpió su tío.

Esa vez, a Dorian le costó esconder el malestar y lo miró con desprecio, mientras el viejo zorro Fraser mostraba una actitud altiva y victoriosa.

—Lady Emma, permitidme que me siente al otro lado —se adelantó a decir Colin.

Ella asintió y le dio las gracias con la mirada. Al menos, tendría a uno de sus guardianes a su lado para evitar que le clavase el tenedor en la cara a alguno de los Grant...o incluso a su propio padre. Apoyó la mano en el brazo de Colin, que no dudó en ofrecérselo sin esperar la aprobación del señor del castillo.

Ambos hermanos Campbell se miraron por unos instantes. James asintió con la cabeza para agradecer la rápida reacción a su hermano, siempre más astuto en ese tipo de lidias que él. Colin

siempre desplegaba ese tipo de picardía que él no tenía. Por eso solía burlarse de su hermano diciendo que parecía más hijo de su tío Gavin que del mismo padre.

—Será mejor que nos sentemos ya —sugirió Dorian al lado de Evelyn. Habló en un tono bajo, para que solo lo escuchasen ellos dos.

James apretó de nuevo la mandíbula para calmarse, con su prometida sujeta del brazo y la mirada fija en los movimientos de Emma. Agradeció que su hermano estuviese al lado de ella. Colin sabría cómo capear el vendaval que se podría formar, tanto por parte de ella como él mismo.

Tomando fuerzas de su clásica templanza, posó una mano sobre la delicada piel de Evelyn, la miró y luego desvió las mirada hacia Dorian y dijo:

—Terminemos con esto de una vez.



CAPÍTULO 25

En cuanto todos hubieron tomado si lugar en la mesa, comenzó el baile de platos sacados de la cocina del castillo. Platos y fuentes con auténticos manjares que el laird se encargó de solicitar a la cocinera.

Al comienzo de la degustación, la conversación se centró en los crecientes problemas en la confianza de la reina regente. Algo que, en cierto modo, incomodó a James, pues su padre era un gran amigo de los Estuardo y, por lo tanto, de María de Guisa, la viuda y madre de la verdadera reina.

—Se sabe que la joven Estuardo está refugiada en la corte francesa. Hasta dicen que la han prometido con el Delfín para unir ambos reinos y obtener un gran ejército que respalde la legitimidad del trono —comentó Donald Grant, a la vez que tomaba un trozo de carne del plato para llevárselo a la boca.

—¿Y os extraña que su madre haya optado por separarse de su propia hija para protegerla de aquellos que han intentado atentar contra su vida? —soltó Jamie, sin molestarse en mirar al Grant.

—Es normal que no compartáis la visión de algunos de nosotros, joven Campbell. Teniendo la cercanía de vuestro padre con la corona Estuardo —pronunció Donald, poniendo especial énfasis en las últimas palabras.

—Parece que os molestan las amistades de mi padre, señor. Y llámeme James, por favor. Joven Campbell puede resultar confuso, sobre todo porque podríais estaros refiriendo a mi hermano al otro lado de la mesa y rompería la dinámica del diálogo. —Colin ocultó una sonrisa de orgullo al escuchar a su hermano poner al Grant en su sitio. Estaba claro quién de los dos había heredado la destreza diplomática.

—Bueno, creo que las alianzas de cada clan no es un tema que tenga lugar a debate —intervino Logan Fraser—. Contadnos, Rodric. ¿Cuál es vuestra visión futura del clan? —quiso saber, cambiando así de tema.

El joven Grant se enderezó un poco en la silla, tomó un trozo de tela y se limpió la boca antes de hablar.

—Pretendo seguir con la misma tradición de mi padre y mis antepasados. Creo que lo que siempre ha funcionado, debe seguir igual. Mantendré las mismas alianzas y trataré de ser un buen líder

para mi clan, señor. Ser alguien respetable por todos, como lo es mi padre —dijo.

—El respeto se gana —farfulló Emma a su lado, sin levantar la cabeza del plato.

Estaba segura de haber pronunciado esas palabras en un tono bajo, pero al ver cómo Colin pegaba la espalda al respaldo y se inclinaba hacia ella, comprendió que todos se habían percatado de lo que dijo. Al levantar la cabeza, vio la tensión en su primo, no menos que la de James, que apretaba el tenedor con una mano, aunque su semblante parecía calmado.

—¿Cómo has dicho, muchacha? —preguntó Donald Grant. Ahí estaba esa mirada felina, peligrosa y que hacía que todo el cuerpo de Emma le gritase *peligro*.

—Oh, no hagáis caso a mi hija, lord Grant —se apresuró a decir Logan.

—No, tranquilo, amigo —le dijo el laird. Fijó la mirada de nuevo en ella—. Adelante, jovencita. No tengas miedo —la instó con ese tono de suficiencia que hizo que a Emma se le revolviesen todas la tripas y notase un fuego apoderarse de ella.

—No es miedo, señor —soltó de primeras, y esta vez, con la cabeza bien erguida—. Digo que el respeto hay que ganárselo con las acciones y no imponiéndolo por herencia —afirmó.

—Nunca dije que impondría nada a nadie, lady Emma —dijo Rodric a su lado.

—¿De veras? Entonces, si hablase con vuestros hombres, ¿recibiría halagos y buenas palabras hacia vos y vuestra forma de liderar? —Emma escuchó a su hermana y a su primo suspirar al otro lado de la mesa. Pero fue la presión en su rodilla que la mano de Colin ejerció sobre ella lo que le indicó que su tono no había sido todo lo conciliador que había pretendido.

Rodric abrió la boca para contestar, pero fue su padre quien intervino.

—Ya veo —dijo al mismo tiempo que se llevaba un trozo de queso a la boca—. Siento deciros, mi lady, que nuestro clan no es tan idealista como el de vuestro futuro cuñado.

—Si tener unos principios fuertes, basados en el respeto mutuo de nuestra gente, tanto hombres como mujeres, es ser idealista, entonces le acepto el cumplido —habló James, de nuevo sin cruzar mirada con Donald Grant.

Logan Fraser empezaba a arrepentirse de haber elegido tener a ambos lados a dos clanes que, en algunos aspectos, rivalizaban bastante.

—A mi hermano se le ha olvidado mencionar que el respeto que todo el mundo le tiene a nuestro padre, tanto dentro como fuera del clan, es porque se lo ha ganado él solito con sus *ideales*..., señor —añadió Colin.

La tensión en la mesa era más que palpable. Sobre todo, por los constantes intentos de Donald Grant por provocar y humillar a los

Campbell.

Emma sentía que estaba en medio un fuego cruzado y que, de alguna forma, iba a salir dañado alguno de todos ellos. Desvió la mirada hacia su hermana, buscando en ella un respaldo y lo obtuvo al instante. Evelyn asintió levemente y esbozó una cálida sonrisa. No estaba enfadada con ella, eso la alivió, aunque estaba segura de que le caería una reprimenda por haber dicho esas palabras.

El resto de la velada la pasaron más o menos tranquila, tratando temas más superficiales. Donald Grant siguió en sus intentos por provocar a los gemelos, pero no obtuvo más que hábiles respuestas por parte de James.

En cuanto acabaron de cenar, Logan Fraser propuso terminar la noche tomando unos whiskys en el salón.

—Yo estoy algo cansada y quisiera retirarme ya, padre, si me lo permitís —solicitó Evelyn.

—Yo también quisiera irme con mi hermana —apuntó Emma. No quería pasar más tiempo del necesario junto a Rodric, ni mucho menos con Donald Grant. Ese hombre le ponía los pelos de punta.

—Sí, claro. Idos tranquilas, hijas mías. Los temas que se hablarán ahora creo que no serán de vuestro agrado —pronunció Logan.

—Si me lo permitís, lady Evelyn, me gustaría acompañaros a vuestro aposentos —intervino James.

—Claro, lord James. Será muy grata vuestra compañía, como siempre —respondió ella.

—Os acompaño, si me aceptáis —dijo Dorian, también.

—¿Es que nos vais a abandonar todos? —protestó Logan, un tanto molesto por la repentina estampida de los suyos.

—Tranquilo, viejo amigo. Nos quedaremos nosotros tres y así recordaremos anécdotas de alianzas pasadas —intervino Donald, posando una mano en el hombro del laird Fraser.

—Bueno, pues... En vista de que nos quedamos solos, mejor vamos a mi despacho. Allí guardo el mejor whisky —comentó Logan y emprendió camino hacia la pequeña sala del primer piso, seguido por los Grant.

Los cinco compinches se quedaron solos por fin en el salón. Emma y James cruzaron las miradas por unos instantes en los que ambos se calmaron mutuamente.

—Pues, yo me iré a buscar a nuestros hombres a la taberna de la aldea —dijo Colin, rompiendo el silencio. Ya estaba llegando a la salida cuando su hermano habló.

—Intenta que no...

—Sí, ya lo sé. Que no se metan en líos —lo interrumpió él.

—Ni tú tampoco —le ordenó James.

Colin se giró para mirarlo, extendió los brazos y, de forma teatral, dijo:

—Deja que me divierta, hermanito. —Dejó a los cuatro jóvenes parados en el salón, sin llegar a escuchar un suspiró por parte de su hermano.

—Si queréis ir con él, lord James, no hay problema —comentó Evelyn, que se había acercado a su hermana y ambas permanecían sujetas del brazo.

—No, tranquilas. Estará bien...creo —respondió él.

—Luego te acompaño a comprobar que no estén metidos en ninguna refriega. Me vendrá bien despejarme un poco y quitarme toda esta tensión acumulada —dijo Dorian, entonces.

—Entonces, ¿vamos a evitar una refriega o la vamos a organizar? —bromeó James.

—Lo que surja —afirmó el joven Fraser con sarcasmo y los dos rieron.

Emma se movió incómoda y soltó un resoplido de disgusto, lo que atrajo la mirada de todos. James abrió la boca para hablar, pero Dorian se le adelantó.

—No vas a venir, Emma. Quítatelo de la cabeza y, como vea alguno de tus rizos aparecer por allí, juro que te traigo colgada del hombro como si fueras un saco de heno.

James se sorprendió por esa forma de hablarle a su prima, aunque no pudo evitar sonreír divertido. Sobre todo, al ver la cara de enfado de ella, algo que le resultó de lo más enternecedor y que le provocaron una ganas enorme de besarla de nuevo.

—No te cortes en decir lo que piensas, primo —bufó Emma.

—Va en serio, Emm. No es momento de que hagas tus clásicas locuras —insistió Dorian.

—Pero...

—Emma —la llamó James. Ella cerró la boca y lo miró, en espera de alguna típica soflama machista—. Si vienes y, por algún casual, se origina un altercado, ambos correremos peligro porque no podremos concentrarnos en defendernos. Estaremos más preocupados por protegerte a ti y eso sería una sentencia casi de muerte para cualquiera de nosotros. Sobre todo, para mí —le explicó con tanta sinceridad que el gesto serio de ella se ablandó.

Emma sabía que tenía razón en sus palabras y más con los Grant acampados en sus tierras. Sería peligroso para todos y por nada del mundo querría ser la causante de algún mal para ellos. Sobre todo, para él.

—Está bien, me quedaré aquí —dijo tras un largo suspiro.

—Prométemelo, Emma —le solicitó James.

Ella resopló, molesta porque no creyesen sus palabras a la primera, aunque...con sus antecedentes, era normal.

—Lo prometo, no me moveré de la habitación.

—Tranquilos, yo la vigilaré —aseguró Evelyn, lo que hizo que Emma se carcajease—. No veo qué te hace tanta gracia, hermana —dijo, entre indignada y divertida.

—Eve, cariño. Duermes como un tronco, no te enterarías ni de que el castillo se derrumbase o fuese invadido por vacas peludas —soltó Emma.

—¡Eso no es cierto! —exclamo ella—. No tengo un sueño tan pesado...

—De todas mis escapadas nocturnas, no has sido consciente de ninguna —convino a informarle Emma.

—Suerte que yo tengo el sueño ligero..., y te conozco a la perfección —dijo Dorian, con los brazos cruzados al pecho.

—Empiezo a arrepentirme de mi decisión. ¿Estoy a tiempo de volver al principio? —bromeó James, entonces.

—¡Oye! —protestó Emma, haciendo que los tres estallasen en carcajadas.

Tras ese momento de relajación y risas, los dos jóvenes acompañaron a las hermanas hasta sus aposentos y, después, emprendieron camino en busca del resto de los Campbell.



CAPÍTULO 26

A primera hora del siguiente día, y siguiendo la rutina de cada mañana desde que llegaron a tierras Fraser, los Campbell se reunieron en el campo de entrenamiento.

—¿Aún sigues tenso por la trifulca de anoche? —le preguntó Colin a su hermano, quien ya se había deshecho de su chaqueta y desenvainado la espada para comprobar el filo.

—No —respondió James, sin más. Levantó el arma en horizontal y revisó que siguiese recta y sin ningún rasguño.

Duncan, que también se preparaba para el entrenamiento duro que les esperaba, soltó un resoplido. Se ajustó las cinchas de su bota izquierda, previamente apoyada sobre la baranda de madera, y dijo:

—Pues, yo sí. Y si veo aparecer a alguno de esos Grant con ganas de un segundo asalto...

—No harás nada. Ninguno hará nada —ordenó James. Colocó la espada contra uno de los postes de madera y comenzó a enrollar las mangas de la camisa—. Lo de anoche no se puede volver a repetir, chicos.

—¿Ni siquiera cuando lleguen los nuestros? —quiso saber Duncan, mientras se anudaba su melena negra en una coleta baja.

—En ese momento, obedeceremos *todos* a mi padre —contestó él.

Volvieron a quedarse en silencio mientras terminaban de prepararse, hasta que Bean inició de nuevo la conversación.

—Hay que ver el gancho de derechas que tiene el joven Dorian. De un solo puñetazo, sentó a dos Grant sobre la mesa de la cantina.

Colin esbozó una sonrisa traviesa, al igual que Duncan. James, en cambio, miró al cielo y suspiró.

—Nuestro líder no se quedó corto tampoco. Él solito dejó viendo pajaritos a varios de esos bastardos..., y sin desenvainar la espada —apuntó Ciaran.

—Estaríamos en inferioridad numérica, pero les dimos un buen repaso. Deberíamos sentirnos bien orgullosos —afirmó Aaron.

—Y lo dice el que se preocupó más la seguridad de las jovencitas que estaban allí, que por proteger a su líder —bromeó Dougal.

—Estaban muy asustadas, Doug. Alguien debía cuidar de ellas —contestó Aaron.

—Sí, todos vimos lo bien que las cuidaste luego —siguió su amigo.

—Y no sabes lo mucho que me lo han agradecido hasta esta mañana, amigo —dijo el guerrero. Los demás estallaron en carcajadas al ver la sonrisa pícara con la que agasajó a su compañero.

—Chicos, por favor, un poco de seriedad —los regañó James. Tomó su espada y se dirigió hacia el centro del terreno.

El aire era siempre fresco a esas horas, momento perfecto para una sesión intensa de lucha de espadas. Debían estar preparadas y más ahora que había tantos enemigos a su alrededor. Hasta que el grueso de los Campbell llegase, estaban en una importante desventaja y solo la destreza podría sacarlos de situaciones como la vivida la noche anterior.

—¿Puedo unirme a la fiesta? —La voz de Dorian atrajo las miradas de todos los Campbell.

—Por supuesto, amigo. Será un honor entrenar contigo —respondió James, tras un leve asentimiento con la cabeza.

—¿No te habrás quedado con gana de más, verdad? —bromeó Colin, tras tomar su espada y asegurar el peso en su mano.

—Lo cierto es que nunca me había divertido tanto como anoche. En verdad que sois unos compañeros de cerveza increíbles —aseguró el joven Fraser.

—Ya ves, amigo. Uno nunca se aburre con los Campbell —bromeó Colin.

—Eso me ha quedado claro —rio mientras se quitaba la chaqueta y se acomodaba la camisa—. ¿Con quién me emparejo...?

—Conmigo —afirmó James y Dorian no pudo estar más de acuerdo con su oponente. Dos herederos midiendo su valía en el campo de entrenamiento. Iba a ser un espectáculo digno de admirar.

El sol ya calentaba en el cielo cuando pusieron fin a un entrenamiento más duro e intenso de lo normal.

—Juro que no volveré a meterme en una pelea, señor, pero no vuelva a castigarnos así otra vez —resolló Aaron, tirado a la larga en el suelo y con el rostro empapado en sudor.

—Eso te pasa por tener tanta actividad física matutina —se burló Dougal, a quien también le costaba respirar.

—A ti lo que te pasa es que me tienes envidia —soltó Aaron.

—Pues, yo ahora mismo me tiraría de cabeza al río y me quedaría ahí hasta que mis pelotas desapareciesen —soltó Ciaran, doblado sobre sí mismo, con las manos apoyadas sobre las rodillas y la respiración agitada.

—Sois unas nenazas —protestó Duncan, quien permanecía de pie, cruzado de brazos y como si él no hubiese sudado ni un ápice.

—Vosotros tres... —señaló Ciaran con dificultad—, no sois de este mundo —les dijo a Duncan, Colin y James.

Dorian estalló en carcajadas al ver la forma de interactuar entre los guerreros, algo insólito para él. Sus hombres jamás habían mostrado ese tipo de confraternización y, tal vez, por eso los Campbell eran considerados unos luchadores tan buenos. Porque no solo compartían la lucha, sino que eran amigos, hermanos, compañeros.

—Ahora entiendo la fuerza de los Campbell y el porqué de vuestra legendaria fama como grandes guerreros —aseguró cuando dejó de reír. Todos lo miraron con intriga—. Sois una hermandad y eso es lo que hace fuerte a un clan: sus hombres —dijo.

—Creía que los Fraser también eráis un clan fuerte —comentó Colin.

—Tiene sus grietas —contestó Dorian. Envainó la espada y se mesó el cabello negro.

—Como todos, amigo —afirmó James, quien permanecía apoyado contra la barandilla, con los brazos cruzados al pecho.

—No. Vosotros jamás seríais comprados para traicionar a vuestro clan o a vuestro laird, y ahora comprendo por qué —comentó el joven Fraser.

James iba a responder cuando los Grant, con Rodric a la cabeza, aparecieron en el campo de entrenamiento. Ambos herederos se miraron a los ojos, o más bien se desafiaron. Y no fueron los únicos, ya que algunos Grant, al darse cuenta de la presencia de los Campbell, escupieron al suelo en señal de desagrado.

Dorian se llevó la mano a la empuñadura de su espada, listo para utilizarla, si fuera preciso. Como futuro laird y general del clan Fraser de Lovat, estaba a cargo de imponer la paz en sus propias tierras.

—Buenos días, lord James... lord Colin, lord Dorian —saludó el joven, mostrando una sonrisa hipócrita.

—Buenos días, lord Rodric —respondió Jamie. Con una sutil mirada hacia su hermano, este se movió e indicó a sus hombres que recogieran para irse de allí.

—Oh, no, por favor. No se vayan. Hace una buena mañana para entrenar —convino Rodric.

—Lo es y por eso ya hemos finalizado con el nuestro. Ahora, os dejamos el campo libre —contestó Jamie. Se agachó para recoger su chaqueta, cuando vio al joven dar un paso hacia él. Al levantar la mirada, se encontró con un muchacho arrogante y con la clara intención de confrontarlo.

—Por favor, lord James. Sería un gran honor poder luchar con vos. La fama de vuestro padre es de sobra conocida por todos y quisiera comprobar si su heredero es igual que él. —El mismo tono burlón que su progenitor, eso fue lo que pensó James.

Él había solicitado a sus hombres que no se dejasen envolver por las artimañas de los Grant para entrar en pelea con ellos, pero, en ese momento, pensó que tal vez debía ser él quien le diera una

lección a ese joven engreído y de mirada felina. No lo pensó. Simplemente, tomó su espada y la sacó de la funda.

—Jamie, no —intervino Colin.

—No tienes que hacerlo, amigo —comentó Dorian también.

—Lo sé, pero debo hacerlo —aseguró él.

A pesar de no estar de acuerdo, Colin no dijo nada más. Dorian tampoco, pero aun así, se prepararon para intervenir en caso de que todo se tornase peligroso.

—Como alguno de esos bastardos se meta, nosotros también —murmuró Dougal y todos asintieron. Por una vez, no hubo chanzas, no hubo bromas. Tan solo preocupación por su futuro señor.

James caminó hasta el centro del campo de tierra, con espada en mano y respirando con calma. Se giró y espero a que Rodric se liberase de la chaqueta y estuviera listo. Por el rabillo del ojo vio aparecer dos figuras femeninas por el lado izquierdo del terreno.

—Mierda —masculló al reconocer a las hermanas Fraser.

Todo su cuerpo se tensó, pero agradeció que Colin comprendiese la angustia en su mirada y se girase para comprobar lo que pasaba. Tanto Dorian como su hermano se acercaron a ellas y las guiaron hasta quedar protegidas por el resto de Campbell.

—Espero que no estéis muy cansado, lord James —pronunció Rodric, de forma jocosa y a la vez que se acercaba a él, enrollando las mangas de su camisa.

—Se nota que no habéis entrenado nunca con alguien como mi padre —le soltó, a sabiendas de eso le iba a provocar.

—No, pero estoy a punto de comprobar el fruto de su trabajo —dijo y, sin prepararse más, lanzó el primer ataque.



CAPÍTULO 27

Los clanes observaban en silencio, ya que algunos Fraser se acercaron hasta el campo. Nadie hablaba, nadie se atrevía a interferir. Este no era un combate cualquiera. Era un duelo de honor, un choque inevitable entre pasados que aún sangraban y futuros que se resistían a nacer.

El primer choque de acero fue seco, brutal. Las espadas pesadas silbaron en el aire, y el impacto resonó por todo el valle como un trueno contenido. James bloqueó con facilidad, su brazo derecho acostumbrado a la resistencia del metal, mientras su mirada se clavaba en la del joven Grant, escrutando algo más allá del odio.

—Espero que vuestra prometida no sea demasiado aprensiva, señor. No quisiera ser el causante de un malestar en ella por la rudeza del entreno —pronunció Rodric, intentando distraer a James.

—Tranquilo, las mujeres Fraser son más fuertes e inteligentes de lo que pensáis. Lo que me lleva a preguntarme si estaréis capacitado para manejar a una mujer con carácter y personalidad —le espetó él. También sabía jugar a ese juego de provocaciones, no solo se le daba bien la diplomacia o la espada.

Rodric gruñó y giró sobre sí mismo, buscando flanquearlo. Su espada rozó el costado de James, rasgándole la camisa, pero sin herirlo.

—Cuidado o pensaré que tenéis otras intenciones —dijo él, tras comprobar que no había sangre.

—Los entrenamientos deben ajustarse a la realidad, señor... —Rodric lanzó otro ataque que James esquivó sin dificultad—, así es como se prepara uno para un duelo de verdad —resopló.

—Muy bien, si es lo que queréis. Que así sea.

El duelo continuó, cada vez más feroz. Las espadas danzaban con violencia controlada, una coreografía antigua tejida en siglos de guerras. Las botas resbalaban sobre el barro. Los jadeos comenzaban a sustituir los gritos. Y sin embargo, ninguno de los dos cedía.

Un giro inesperado. James desarmó a Rodric con un hábil movimiento de muñeca. La espada del joven salió disparada y cayó lejos, en la hierba. El silencio se hizo denso. Ambos herederos se miraron a los ojos, agitados por el esfuerzo y desafiantes.

—¡Recoge tu espada y continúa! —voceó Donald Grant en la distancia, sorprendiendo a todos.

Dorian y Colin se giraron para ver de dónde provenía la voz y lo vieron encaminarse hacia el campo. Resoplaba como un animal salvaje.

El laird de los Grant pasó entre sus hombres y avanzó hacia su hijo, con rabia en la mirada. Cuando llegó a su altura, tomó al joven del brazo y lo zarandeó para instarlo a tomar la espada del suelo.

—Lo siento, laird, pero el entrenamiento se ha acabado —sentenció Jamie. Bajó la espada y se dio la vuelta para regresar junto a sus hombres.

No dio ni dos pasos cuando se escuchó a Donald Grant exclamar:

—¡Ningún Campbell va a ridiculizar a mi clan!

Todo ocurrió muy deprisa. Jamie vio el terror en el rostro de su hermano, que gritó su nombre al mismo tiempo que saltaba al campo. Emma forcejeaba entre los brazos de Dorian para intentar llegar a él. Jamie comprendió que acababa de cometer el mayor de los errores: darle la espalda a un enemigo.

Creyó que era su fin, pero, aun así, se volteó con rapidez, con espada en mano y listo para minimizar el golpe en todo lo posible. Pero...

Una espada cayó sobre el filo de la del Grant. Un giro de muñeca que Jamie reconoció al instante, un golpe en el pecho que hizo que

su agresor acabase con el culo en suelo y una imponente figura de cabellos rojizos a su lado.

—Os agradecería que no intentarais asesinar a mi hijo, señor. O me veré obligado a vengarme —aseveró James Campbell, laird del clan.

Empujó el filo de su espada contra la garganta de Donald Grant, que resollaba de rabia. Una mirada de odio porque acababa de ser duramente humillado ante sus hombres. Aun así, los Grant se movieron en una misma unidad hacia adelante, con la clara intención de defender a su laird.

—Yo de vosotros no lo intentaría, muchachos —pronunció Gavin Campbell, tío de Jamie y Colin, que se había colocado tras los hombres Grant y acompañado del grueso de los guerreros de Clackmannanshire. Con un pie sobre un fardo de heno, sujetaba su daga larga con una mano mientras les mostraba una sonrisa del todo embaucadora.

Los Fraser, desconcertados por la situación, buscaron las órdenes en su general, pero Dorian tan solo negó con la cabeza. Una orden clara: no intervengáis.

—El demonio rojo Campbell, cómo no. Siempre os gustó hacer entradas triunfales —escupió Donald Grant tumbado en el suelo.

—Ya hace tiempo que nadie me llama así, pero me alegra que sigáis reconociendo mi fama..., *señor* —respondió el laird de los Campbell.

—¿Vais a seguir amenazándome con vuestra espada, *Laird Campbell*?

—Depende. ¿Vais a intentar asesinar a mi hijo de nuevo? —contestó James, con absoluta calma y a sabiendas de su enorme ventaja.

Donald se quedó en silencio, sopesando las opciones que tenía y comprendió que eran pocas o ninguna. Esa ventaja en la que había confiado cuando llegó, se desvaneció en un instante y comprendió que sería una masacre, si no claudicaba. Era bien conocida la fama de los Campbell por arrasar clanes enteros, si así consideraban necesario. Su forma de ejecutar una venganza era temeraria.

—No volverá a suceder, os lo juro —siseó.

—Muy bien. —James Campbell bajó la espada y estiró el brazo hacia él para ayudarlo a levantarse. Otro gesto que bien podría considerarse como amistoso, pero era otra forma más de humillarlo ante todos. No lo aceptó, se levantó él solo, tomó la espada de su hijo del suelo y a este del brazo y se alejó hacia sus hombres.

—Padre —suspiró Jamie, entonces.

—¿Es que no os puedo dejar solos ni un momento? —bromeó el gran laird de los Campbell, cuando se giró para mirar a su hijo a la cara.

Jamie se abrazó a su padre con fuerza, con una mezcla de sentimientos entre asombro y alegría.

—Por Dios santo, nunca me he alegrado tanto de verte —dijo con gran emoción—. Habéis llegado antes de lo previsto —apuntó en cuanto se separaron.

—Ya me conoces, me gusta llegar cuando no se me espera —comentó su padre.

—¿Es que han allanado los caminos hasta aquí? —habló Colin cuando llegó junto a ellos. Padre e hijo se fundieron en un sonoro abrazo.

—El viejo Dubh aún sabe cómo acortar el tiempo de viaje —bromeó el laird.

—Señor, os daría un abrazo por vuestra magistral entrada —expresó Aaron a un par de pasos de la reunión familiar.

—Mejor no lo hagas, muchacho. No vayamos a confundir las cosas —respondió en tono serio, pero con una media sonrisa de los más socarrona.

Emma, que se había quedado a una distancia prudencial junto a su hermana y su primo, vio una gran semejanza entre padre e hijos. Sobre todo en esa media sonrisa que tantas veces le había visto tanto a Jamie como a Colin.

—¿Y para mí no hay abrazos? —preguntó Gavin, apareciendo tras los guerreros Campbell.

—¡Tío Gavin! —saludaron los gemelos con efusividad. Rodearon al segundo del clan y mano derecha de su padre con cariño.

—Dios santo, nunca me había alegrado tanto de veros a todos —pronunció Dougal a la vez que envainaba su espada.

—Y estos son el futuro del clan... —se burló Callum Campbell, guerrero veterano y tío de Duncan. Todos estallaron en carcajadas.

Dorian aprovechó en ese instante para acercarse al centro, acompañado por sus primas.

—Laird Campbell, es todo un honor conocerlo —saludó en cuanto hubo llegado a la altura de ellos.

Padre e hijo desviaron la mirada hacia el joven Fraser.

—Padre, te presento a Dorian Fraser, heredero del clan Fraser de Lovat y un buen amigo —los presentó Jamie.

James esbozó una sonrisa sincera y estrechó el brazo con el joven.

—Un placer, muchacho. Siento haber entrado de esa forma, sin anunciar nuestra llegada —se disculpó.

—Oh, por favor. Ha sido una entrada magistral. Digna del guerrero famoso que sois, diría yo —apuntó Dorian—. Permitidme que os presente a mis primas: Evelyn y Emma Fraser —indicó, haciéndose a un lado para dejar que las jóvenes se acercasen a saludar.

Fue Evelyn quien dio el primer paso, con la elegancia que siempre mostraba y esa voz tan dulce que encandilaba a todos.

—Es un gran honor conocerlo, mi señor —dijo al mismo tiempo que hacía una reverencia digna de una dama de la realeza.

James la observó y comprendió la descripción que su hijo le había hecho en la carta. Una joven muy educada y que, a la vista estaba, sabría cómo comportarse bajo las estrictas normas protocolarias.

Pero su atención se fijó en la hermana pequeña, la que esperaba paciente su turno. Una muchacha de cabellos dorados como el sol, la igual que su hermana, pero libres y alocados. La miró a los ojos y vio fuego en ellos, fuerza..., y supo el porqué de las dudas de su hijo.

—Tú debes de ser lady Emma, ¿verdad? —preguntó él, sin más.

—Sí, señor —respondió ella. La reverencia que hizo fue algo más torpe y rápida. James la observó con detenimiento, había algo en ella contenido y sintió curiosidad.

—¿También creéis que he hecho una entrada magistral, jovencita? —quiso saber el laird.

Ella levantó la cabeza, asombrada. No entendía muy bien a qué venía esa pregunta.

—Bueno, lo cierto es que... —Dorian sintió el impulso de intervenir, pero el laird levantó la mano para indicarle que se callase.

—Adelante, muchacha. Habla sin miedo —la instó, James.

Emma dudó unos instantes. Buscó la confirmación en la mirada gris de Jamie, quien asintió con la cabeza y le mostró una sonrisa tranquila. Su futuro suegro era imponente, pero ella tomó aire y habló.

—Nunca en mi vida me había alegrado tanto la llegada de un Campbell a mis tierras, señor.

Jamie abrió los ojos tanto que parecía que se le iban a salir de las órbitas. Colin agachó la cabeza para esconder una risa, mientras que Dorian suspiraba y miraba al cielo en busca de una señal de divina. Justo cuando Evelyn tomó su mano para darle un apretoncito cariñoso, James Campbell estalló en sonoras carcajadas. Entre risas, se giró hacia su hijo y dijo:

—Ahora entiendo tus palabras.

Emma no entendía nada, pero sonreía sujeta a la mano de su hermana. Sí, James Campbell era un guerrero imponente, pero no le transmitía ese temor que muchos decían sentir en su presencia. No, a ella le inspiraba paz, fuerza y protección. Y, sobre todo, respeto.

—¿Y dónde está el tío Archibald? Creía que venía con vosotros —preguntó Colin.

—Está capeando el temporal con Logan Fraser, ya sabéis lo que le gusta ejercer la diplomacia —contestó Gavin por su amigo.

—Pues, que tenga buena suerte —murmuró Emma no tan bajo como ella creyó que lo había hecho.

—¡Emma! —exclamó Evelyn, al mismo tiempo que Dorian se llevaba una mano al rostro.

La joven Fraser sonrió de forma tímida y se encogió de hombros a modo de perdón, lo que arrancó las carcajadas, esta vez sí, en todos los Campbell allí reunidos.

—Muchachos, dejadme a solas con mi hijo. Necesito mantener una conversación con él —solicitó James, en cuanto se calmaron.

—¿Estás seguro de dejarme a mí a cargo de manejar a Archi y a los lairds? —se burló Gavin.

James puso los ojos en blanco y soltó un sonoro suspiro que hizo que Emma se tragase una risa al reconocer ese mismo gesto en su primo, quien lo repetía en infinidad de ocasiones en las que ella hablaba o se metía en líos.

—Intenta que no llegue la sangre al río, por favor —le pidió James Campbell a su mano derecha.

—No prometo nada —respondió Gavin y se giró para mirar a los Fraser—. ¿Os importa guiarme hasta vuestro laird? —les dijo. Dorian asintió y le indicó con el brazo que lo siguiera.

Emma miró una última vez a Jamie, quien le guiñó un ojo de forma cómplice y asintió con la cabeza. Todo estaba bien, eso es lo que ella entendió. Aferrada a su hermana, siguió los pasos de su primo y el resto de los Campbell, no sin echar un último vistazo al joven del que se había enamorado perdidamente.



CAPÍTULO 28

—Así que esa es la joven que te ha trastocado todos tus planes —comentó James a su hijo.

Ambos habían tomado una dirección contraria al resto del grupo y se habían alejado lo suficiente como para estar seguros de que nadie más los escuchaba. Avanzaron hasta el perímetro del campo, colindando casi con el bosque.

—Sí, esa es... —Jamie suspiró y se apoyó sobre la barandilla, cabizbajo.

—¿Acaso sigues con dudas? —quiso saber su padre, que se colocó a su lado, con la espalda contra la madera y los brazos cruzados al pecho.

—No, no. No es eso, padre. Es que...

—Jamie, ¿qué ocurre? —lo instó a hablar.

—Emma es... —Tomó aire para poder expresar lo que en verdad sentía—. Es fuego, es pasión..., pero también es cabezota y siempre me lo discute todo. No acepta mi mando ni respeta mi posición —dijo el joven heredero a su padre.

—A mi juicio, diría que es una dama digna de un laird —respondió James, para asombro de su hijo—. ¿Crees que tu madre me lo pone fácil, o que no me discute las cosas? Hijo, la misión de toda buena esposa es cuestionar a su marido. Sobre todo, si va a ser la señora de un clan. Debe tener carácter para lidiar no solo con la familia que forme, sino con todo un grupo de personas. Y eso incluye cuestionar las decisiones de su esposo.

»Tu madre es la que se encarga de ponerme los pies en la tierra, la que me da un tirón de orejas si me comporto como un desalmado o me excedo en mis decisiones. Ella es la luz que me alumbra en los días más oscuros, hijo, y por eso debe sentir que tiene libertad absoluta para mostrarse tal y como es. Créeme, un buen matrimonio se sostiene en el tiempo cuando ambos confían el uno en el otro porque de amor no se vive eternamente, Jamie —le explicó su padre, con gran sabiduría.

—Pero, madre no tiene esos arranques como los que puede llegar a tener Emma, o como los que tiene Bella. Mamá sabe comportarse y no interfiere en tus discusiones ni en tus luchas. No lo hace en público, al menos —dijo él.

—Es porque confía en mí y sabe que tiene la puerta abierta para hablar conmigo en privado sobre cualquier cosa que crea conveniente.

—Ya...no creo que eso vaya a ser tan fácil con Emma.

—Te aseguro que sí lo será, hijo mío. Tan solo debes ganarte su respeto —afirmó el laird.

—¿Y cómo lo hago? —quiso saber.

—Con paciencia, Jamie, con mucha paciencia y tiempo —le aseguró su padre—. Pero, si no estás seguro de esta unión, rompemos el acuerdo y...

—No, no lo haré. Yo... —Se giró para tomar la misma postura que su padre y fijó la vista en el horizonte—. Me he enamorado, padre, y me es imposible alejarme de ella. No puedo. Nunca pude, en verdad —confesó.

—Lo sé. —Jamie lo miró extrañado—. ¿Te crees que no conozco a mis hijos? He visto cómo os mirabais. Fueron unos breves instantes, pero suficientes para percibir lo que sentís el uno por el otro. —El joven heredero volvió a suspirar con fuerza—. Hijo, vine porque me necesitabas..., y porque tu madre me obligó también.

Jamie soltó una risa divertida porque estaba convencido de que su madre lo habría amenazado con echarlo del lecho o provocarle algún tipo de dolencia estomacal.

—Va ser difícil, ¿verdad? —quiso saber, entonces, mirando a su padre.

Este, posó su robusta mano en el hombro de Jamie y afirmó:

—Las mejores batallas son las más difíciles, hijo mío. —Se quedaron en silencio durante unos instantes, hasta que James decidió que era momento de reunirse con el laird Fraser y solucionar todo ese asunto.

** ** ** **

La tensión que se respiraba dentro del despacho de Logan Fraser hacía que las dimensiones de la estancia se estrechasen. Gavin y Jamie permanecían apoyados contra la pared de la entrada, como meros observantes de la discusión que hacía rato había tomado el control de la conversación.

—Los Campbell de Clackmannanshire siempre han roto los acuerdos con nuestro clan, no sé por qué llegué a pensar que esta vez iba a ser diferente —pronunció Logan, sentado en su ancha silla y de espaldas al ventanal donde Dorian escuchaba con atención.

—Nadie está hablando de romper ningún acuerdo, señor Fraser. Tan solo de hacer una serie de cambios —explicó Archibald, chief de los Campbell y quien había logrado ese acuerdo unos meses antes.

—¿Ah, no? Según tengo entendido, todos los allí reunidos firmamos la unión entre el joven James Campbell y mi hija mayor, Evelyn Fraser. En Inveraray sellamos una alianza entre los Fraser de Lovat y los Campbell al completo —comentó el hombre.

—Repito: sigue en pie dicha alianza —insistió Archi.

James permanecía de pie junto a su primo y chief, con los brazos cruzados al pecho y tomando nota mental de todo lo que se decía, pero, sobre todo, de lo que no se contaba. Por el rabillo del ojo, mantenía especial atención a los gestos o movimientos por parte de Donald Grant.

—Ya, pero no con Evelyn —soltó el Fraser.

—Quiero apuntar que lady Emma iba a ser prometida a mi hijo, aquí presente. Por eso de nuestra estancia en Dounie —intervino Donald.

Jamie se revolvió en su sitio y tuvo la intención de dar un paso al frente, pero su tío Gavin se lo impidió. El joven heredero lo miró y entendió el mensaje que le transmitió con la mirada: «*Deja que tu padre lo solucione*.».

—Pero no existe acuerdo firmado —habló James, sin siquiera mirar al Grant.

—La palabra tiene el mismo peso que una firma —escupió Donald, airado. La única respuesta que obtuvo fue la mirada fría y severa de James Campbell, que apenas se ladeó para fijar sus ojos grises en su oponente.

Logan se quedó en silencio, recapitulando en su mente todo lo hablado hasta el momento. Se mesó la barba con calma, con la mirada perdida. La alianza con los Campbell era muy importante para su clan, más tratándose de una unión directa con el más

poderoso de todo el clan, aun no siendo el chief. Pero, si aceptaba el cambio, podría dañar la que ya tenían los Fraser y los Grant.

—¿Cuáles son tus motivos reales para tal cambio, muchacho? ¿Hay algo que deba saber? —preguntó, entonces, mirando hacia Jamie.

—Señor, ¿acaso está insinuando que mi hijo se ha comportado de forma irresponsable con vuestra hija? —quiso saber James Campbell.

—No, pero tengo derecho a escuchar, en boca de vuestro hijo, este repentino cambio. Hasta hace bien poco, estaba muy seguro de seguir adelante con el compromiso —respondió Logan.

—Porque me enamoré de vuestra hija, Emma —dijo Jamie, desde su posición.

Dorian dirigió la mirada hacia su nuevo amigo y luego hacia su tío, quien lo observaba en busca de su confirmación. Simplemente asintió, lo que hizo que Logan Fraser cerrase los ojos y soltase un sonoro suspiro.

—Los Campbell siempre tan idealistas —soltó Donald Grant en tono de burla.

—Si preocuparnos más por la estabilidad emocional de nuestra gente y respetar sus decisiones es de ser idealistas, entonces, sí lo somos. Pero en mi clan no imponemos ningún tipo de unión no deseada, y mucho menos por una simple cuestión de alianzas —apostilló James.

—Por eso dejasteis que vuestra hija se casase con un proscrito sin clan —masculló el Grant.

James se estiró por completo, bajó los brazos y se giró hacia el hombre dos palmos más bajo que él.

—Es la segunda vez que os advierto que mi familia es intocable, señor. No habrá una tercera —aseveró.

Donald iba a hablar, pero Archibald fue más rápido y, tras levantarse de un salto de la silla, se colocó entre ambos guerreros.

—Ya basta, por favor. No estamos aquí para entrar en una guerra absurda, sino para buscar soluciones ventajosas para todos —dijo.

—La solución pasa por casar a lady Emma con mi hijo Rodric, tal y como se me prometió —insistió el Grant.

—No pienso consentir tal cosa —exclamó Jamie, aun con la mano de su tío en el pecho para retenerlo contra la pared.

—Pues, entonces, que sea lady Evelyn quien ocupe el puesto de la joven Fraser —solicitó Donald, para asombro de todo y terror de Dorian y Jamie.

Logan miró a su viejo amigo y aliado y sopesó sus palabras. Obviamente, si aceptaba el cambio de acuerdo con los Campbell, le seguía quedando una hija soltera. Se levantó para hablar, pero su sobrino dio un paso hacia adelante y propuso:

—Creo que tenéis una hija en edad casadera, ¿no es así, laird Grant?

Donald desvió la mirada hacia él. Luego, la paseó por el resto de la sala y volvió a fijarse en el joven Fraser.

—Así es. Isbeth es mi hija menor y está en edad casadera. ¿Tenéis una oferta para ella, joven? —quiso saber el laird.

—Lo cierto es que sí. Sería una forma de afianzar la alianza ya establecida con vuestro clan y acabaría siendo la señora de los Fraser de Lovat —contestó Dorian. Miró a su tío para explicarle el motivo de su propuesta—. Tío, sabes que Evelyn no quiere ser la esposa de nadie. Su única unión, la que siempre ha deseado, es con Dios. Eve desea ingresar en un convento —dijo.

—¿Vos sabíais del deseo de vuestra hija y aun así pretendíais obligarla a casarse con mi hijo? —aseveró James.

—Yo no iba a obligarla a nada —exclamó Logan.

—Eso no es del todo cierto —habló Jamie. Todos se giraron para mirarlo. Hasta Dorian lo hizo, pero de este tan solo obtuvo una sonrisa de gratitud y un asentimiento con la cabeza como apoyo a lo que iba a contar—. Emma me contó que su hermana cambió de la noche a la mañana y aceptó el acuerdo casi obligada.

James Campbell se giró hacia su futuro suegro, caminó hasta el borde la mesa y apoyó ambos puños sobre la robusta madera.

—Vais a aceptar la unión entre mi hijo y vuestra hija, *Emma*, y dejaréis que vuestra hija, *Evelyn*, cumpla su deseo de vestir el hábito. Y también aceptaréis que *vuestro sobrino* se case con la joven Grant —ordenó en un tono calmado, pero con tanta seriedad

que hizo que la temperatura en la sala bajase casi hasta desaparecer.

Dorian no se asustó, ni se sintió intimidado por tal despliegue de poder por parte del laird de los Campbell. Al contrario, una gran admiración por ese hombre y su forma de tomar el control de la situación, de imponer sus decisiones sin necesidad de desenvainar la espada. Pero lo que más admiró fue la forma en la que el resto se hizo a un lado, sin intención alguna de intervenir.

—Creo que es hora de redactar los nuevos acuerdos, laird Fraser —apuntó Archibald en ese instante. Logan no contestó, no se reveló ni masculló ninguna de sus clásicas quejas. Simplemente, echó mano al cajón de su derecha, sacó una serie de papeles, tomó la pluma sobre la mesa y comenzó a redactar.



CAPÍTULO 29

Mientras la reunión sobre su futuro tenía lugar en el despacho de su padre, a puerta cerrada, las hermanas Fraser esperaban la resolución en la biblioteca. Colin estaba con ellas y miraba con diversión a la joven Emma, que no dejaba de pasear de lado a lado de la estancia, cual animal enjaulado.

—Emm, de verdad, para o te va a dar un tabardillo —la recriminó su hermana.

—Peor, nos va a dar a los demás por su culpa —bromeó Colin.

Emma se detuvo ante la puerta abierta de la sala y miró hacia la que estaba cerrada. Se envolvió el estómago y resopló.

—¿Por qué demonios tardan tanto? —masculló.

—¡Emma Gabriela Fraser! ¿Qué son esas formas de hablar? No son dignas de una dama —exclamó Evelyn. Su hermana se volteó lo justo para mirarla, esbozando una sonrisa de lo más traviesa.

—Eve, cielo. Sabes que no soy una dama al uso.

—De eso no nos cabe duda —prosiguió Colin con sus burlas. Emma lo miró y le sacó la lengua a modo de burla—. Oh, sí. Un gesto digno de una dama sumamente elegante —apuntó él.

Emma emprendió camino hacia él, entonces, decidida a darle una lección a quien, tal vez, se acabe convirtiendo en su cuñado.

—Tengo más gestos que podría mostrarte... —No terminó de hablar, ya que el sonido de la puerta cerrada atrajo su mirada.

Se vio pasar la figura airada de Donald Grant primero, seguido de su hijo. El siguiente en salir fue Dorian y tras él, Jamie. Emma se quedó estática, no podía moverse ni preguntar. Temía la respuesta. Los dos jóvenes entraron en la biblioteca, con semblante serio. El corazón de la joven golpeaba con tanta fuerza, que bien podía habérsele salido del pecho.

—¿Y bien? —Fue Colin quien optó por hablar primero.

—Una reunión muy interesante —contestó Dorian.

Jamie se movió al lado del joven Fraser y se acercó a Emma. Ella comenzó a respirar de forma agitada, nerviosa, ansiosa y con todos los males del mundo a punto de apoderarse de ella. Si su padre se había opuesto a su enlace con él, se juró a sí misma que sería un auténtico grano en el culo para todos.

—Bueno, creo que vas a tener mentalizarte en vivir el resto de tu vida entre Campbell —pronunció él, en cuanto estuvo a su altura.

Emma lo miró, sin poder hablar. Sentía que, si abría la boca, rompería a llorar de alegría y eso no iba con ella. Era una mujer fuerte, decidida y el llanto no entraba dentro de su virtudes. Pero el cuerpo le jugó una mala pasada y los ojos se le comenzaron a llenar de agüilla.

—¿No dices nada? —preguntó Jamie y al segundo la tenía colgada de su cuello, riendo y sollozando como una niña pequeña. Él la envolvió entre los brazos y se carcajeó—. Vaya, atrás queda la testaruda y rebelde Emma Fraser que... ¡Ay! —se quejó al recibir un ligero tirón de pelo, lo que lo hizo reír de nuevo.

Cuando la dejó de nuevo en el suelo ante él, le tomó el rostro con ambas manos y limpió el agua de las mejillas antes de darle un tierno beso en los labios.

—Entonces...¿mi padre ha aceptado...él da su permiso para...? —balbuceó Emma.

—Laird Fraser ha aceptado todas las condiciones y propuestas ofrecidas —pronunció la voz del laird de los Campbell. Emma lo miró..., o admiró, más bien porque era un hombre imponente y hermoso. Estaba claro de quién lo habían heredado sus hijos.

—Tampoco es que le dieses otra opción, mi querido amigo —comentó Gavin Campbell, que asomó por detrás de James.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —quiso saber Colin.

—Tu padre siendo tu padre —respondió su tío.

—Y yo me lo perdí —protestó el gemelo.

—Podías haber entrado —le dijo Jamie.

—Alguien tenía que vigilar la histeria de tu prometida, hermano —bromeó él.

—¡Oye! —exclamó Emma, ofendida—. Yo no... —Comprendió que estaba ante personas de gran peso en la sociedad, y su futura familia, y decidió callar y agachar la cabeza.

—Vas a encajar muy bien en Dollar, jovencita —aseguró James, para asombro y alegría de ella.

—Pues..., no tengo claro que le vaya a gustar mucho estar rodeada de tanto Campbell, padre. No nos hizo la vida precisamente afable cuando llegamos y... ¡Ay! —Otro golpe, pero esta vez fue un puntapié en la espinilla que hizo que todos estalles en carcajadas.

—Sí, es una dama digna de un laird... —le dijo James a su hijo, sin dejar de mirarla a ella—, y toda una Campbell, a mi juicio —afirmó.

Un pequeño carraspeo llamó la atención de todos, que desviaron la mirada hacia el rincón donde Evelyn permanecía de pie. Los observaba a todos desde una distancia prudencial, casi con miedo a romper esos lazos familiares que se acaban de crear allí mismo.

Dorian pasó entre todos y se acercó a su prima. La tomó de las manos y le dio un tierno beso en la mejilla.

—Eres libre, Eve —le dijo con dulzura.

—¿Qué...? ¿Yo...yo soy...puedo...? —Las palabras se le agolparon en la garganta a la joven y comenzó a temblar. Dorian la envolvió

entre los brazos para calmarla.

—Vuestro padre ha aceptado tu ingreso en el convento de Iona. Hemos acordado que serás escoltada por Archibald y sus hombres, tras la celebración de la boda —explicó James Campbell.

Emma, boquiabierta, miró a su prometido, que sonrió y asintió con la cabeza. Luego, fijó sus ojos ambarinos en Dorian, quien le confirmó con el mismo gesto. Se soltó, entonces, de Jamie y corrió para abrazar a su hermana y a su primo.

—Eve, tu sueño se va a cumplir. Podrás llevar la vida que siempre has deseado, hermana —murmuró ella, con su hermana entre los brazos.

Evelyn se rompió en mil pedazos y lloró, pero no de tristeza. Lloró de alegría, de emoción por verse libre, al fin, del yugo de ser la esposa de un hombre. Un camino angustioso, aunque corto, el que había recorrido tras la decisión de su padre de unirla con Jamie Campbell, pero con un resultado que jamás hubiese esperado.

Ambas hermanas lloraron juntas, abrazadas y envueltas por los fuertes brazos de su primo, a quien consideraban más un hermano mayor que siempre las protegía.

—Pero, ¿y cómo es que padre ha aceptado...? ¿Ha roto el trato con los Grant? —quiso saber Evelyn, en cuanto se calmaron y se separaron.

Dorian dio dos pasos hacia atrás y se revolvió su cabello negro como la noche, nervioso.

—Ya, en cuanto a eso...

—Vuestro primo aceptó ser quien ocupase el acuerdo de unión con los Grant —intervino Jamie.

—¿Te vas a casar con Rodric? —bromeó Emma, divertida.

—Sí que va a encajar bien en el clan —pronunció Gavin al lado de Colin, que soltó una carcajada.

—He aceptado casarme con la hija pequeña de Donald Grant. Así, la alianza se mantendrá intacta y vosotras quedáis libres de toda atadura —contestó el joven Fraser.

—Dorian... —murmuraron las dos hermanas, sin saber qué más decir ante ese gesto tan honorable.

—Oh, vamos. No me miréis como si me estuviesen sacrificando a un poder superior. No es para tanto, solo me voy a casar —exclamó él.

—Uy, amigo. Tienes mucho que aprender del matrimonio. A las mujeres las carga el diablo —se burló el tío de los gemelos.

—Cállate, Gavin —expresó el laird, poniendo los ojos en blanco y haciendo que el rubio de los Campbell esbozase una sonrisa de lo más traviesa.

—Bueno... —intervino Colin, dando una palmada al aire—, entonces, tenemos una boda que organizar, ¿verdad?

—Sí, se va a celebrar una pequeña misa en la iglesia de la aldea y, después, emprenderemos rumbo de vuelta a casa —contestó su padre.

—¿Cómo? ¿No vas a dejar que tengan su regalo de bodas? Muy mal, amigo, muy mal —bromeó Gavin.

—Un día te juro que te dejo tirado en cualquier risco. Estoy seguro de que Lena lo entenderá —resopló James.

—No podrías vivir sin mí —aseguró él.

—No me pongas a prueba —dijo el laird. Miró, entonces, a su hijo y a su futura nuera—. Partiremos al día siguiente de la celebración, no os preocupéis. No seré yo quien os robe vuestra noche —les aseguró.

Evelyn soltó una exclamación y abrió mucho los ojos al comprender qué se escondía entre esas palabras. Al instante, las mejillas se le tiñeron de rojo y noto un calor alojarse en su rostro que la avergonzó. Se cubrió la cara con ambas manos y trató de ocultarse tras la cabellera rebelde de su hermana, lo que hizo que todos estallasen en carcajadas.



CAPÍTULO 30

Organizar una boda era algo bastante estresante, pero lo era más cuando se hacía en tiempo récord. Porque la celebración del enlace entre Emma y Jamie se tuvo que organizar en apenas un día y medio. Por suerte para la joven Fraser, su hermana se había encargado de todo.

La iglesia mostraba una decoración floral impresionante, salpicando de color los tonos apagados que solía tener. De las esquinas de los bancos de madera, colgaban unos pequeños ramilletes sencillos, anudados con finas telas de gasa blanca que marcaban el camino que la novia debía recorrer.

Evelyn logró reunir a un grupo enorme de mujeres del clan dispuestas a colaborar con toda la decoración, logrando así ese resultado tan colorido y que ambientaba la estancia con una mezcla de olores de las diversas flores recién cortadas.

Toda la entrada de la pequeña edificación estaba repleta de gente de la aldea, del castillo y de los propios Campbell. Los Grant decidieron no quedarse a la celebración. Por suerte para todos, en cuanto firmaron el acuerdo de unión entre Dorian Fraser y Isbeth Grant, recogieron todos sus estandartes y abandonaron las tierras del clan.

—Emm, por favor. Deja de golpear el suelo, me estás levantando dolor de cabeza —protestó Evelyn tras el incesante sonido del pie de su hermana contra el suelo de la sacristía.

El párroco les había cedido la sala para que ambas se preparasen con calma e intimidad. Ahí no había llegado la fina mano de Evelyn y por eso se veía un lugar algo oscuro, frío y sin el toque femenino necesario para darle algo más de luz.

—Me molestan estos zapatos..., y la cinta del pelo que sujeta las flores —gruñó Emma, llevándose una mano hacia los adornos de la cabeza que con tanto esmero le había colocado su hermana—. ¡Ay! ¡Oye! —exclamó tras recibir un manotazo de ella.

—No te hace daño nada, está todo perfecto. Eres tú que estás atacada de los nervios —la reprendió Evelyn.

—No se me permite quejarme ni en mi propia boda —farfulló la joven.

—Pues... —Unos golpes en la puerta, interrumpieron la conversación. Evelyn se acercó y la abrió—. Ah, bien. Ya estás aquí.

Pasa, primo —dijo al ver la elegante figura de Dorian al otro lado.

—Creo que ya ha sido suficiente la espera, mis queridas primas. O salimos ya o al novio le va a dar algo —comentó él. En cuanto entró y vio a su prima, se quedó boquiabierto—. Wow, Emm...estás...estás...preciosa —afirmó.

—¿Tú crees? —quiso saber ella, nerviosa como una hoja. El conjunto elegido para la celebración era un vestido de color azul pastel, con detalles dorados y mangas holgadas de color blanco.

—Toda una princesa lista para su príncipe —confirmó él. La sonrisa de Emma se ensanchó, iluminando por completo su rostro.

—¿Y qué me dices del peinado? —intervino Evelyn, entonces.

Dorian desvió la mirada hacia el cabello de su prima y observó el semirrecogido que le habían hecho, dejando la largura de la melena caer por la espalda cual cascada de ondas doradas. Se fijó en los detalles florales que Evelyn le había colocado con sutileza, sin recargarlo mucho, y asintió con la cabeza.

—Hermoso. Nunca pensé que te vería con el pelo controlado, prima —dijo y ella le sacó la lengua a modo de burla. Dorian soltó una carcajada y la envolvió entre los brazos para darle un beso en la sien—. No pierdas nunca tu esencia, Emma —murmuró contra su mejilla.

—No tenía pensado hacerlo —afirmó ella.

—Os voy a echar mucho de menos, chicas. Dounie se va a quedar muy vacío sin vosotras —pronunció él. Estiró un brazo hacia

su otra prima, quien corrió para unirse al abrazo fraternal.

—Siempre puedes venir a visitarme a Iona, Dorian. Será bien recibido —afirmó Evelyn, con lágrimas en los ojos.

—Yo pienso molestar mucho a mi esposo para que me traiga de visita tan a menudo como desee —comentó Emma. Dorian volvió a reír.

—Menudo regalito les espera a los Campbell, no saben lo que están apuntito de meter en su clan... ¡Ay! —se quejó tras recibir un pisotón de su prima.

Se quedaron así, abrazados unos instantes más, como si temieran que ese fuera a ser el último abrazo que se iban a dar.

Mientras los Fraser se tomaban su tiempo en la sacristía, en el altar esperaba un novio ansioso por la llegada de su futura esposa.

—Por favor, Jamie. Deja ya el maldito pañuelo del cuello, que me estás contagiando los picores —protestó Colin tras su hermanos, que no dejaba de recolocarse la tela anudada al cuello.

—¿Por qué tarda tanto? —quiso saber él.

—Hijo, las mujeres se toman su tiempo para hacer su entrada —le informó su padre, de pie en la primera fila y con los brazos cruzados al pecho, mientras observaba el nerviosismo de su hijo con cierta diversión.

—Es su forma de torturarnos, sobrino, para que sepamos lo que nos espera en el matrimonio —apuntó Gavin al lado de James

Campbell.

—¿De verdad que Lena deja que aconsejes a vuestros hijos? —soltó el laird.

—Oh, y otras muchas cosas más que me deja hacer mi hermosa esposa...

—Por favor, no vas a cambiar nunca —se lamentó James.

El sacerdote, que permanecía parado en el altar y con la biblia entre las manos, reprendió al segundo al mando de los Fraser con un gesto de desaprobación. El resto de los Campbell ahogaron una carcajada, pero Archibald asomó la cabeza por un lateral de James y le dijo a Gavin:

—¿Eres consciente de que siempre te acaba regañando un cura?

—Eso es porque me adoran —aseguró él, con una sonrisa de lo más socarrona.

—Eso es porque eres un grano en el culo —apuntó James, ganándose así su propia reprimenda del párroco.

Los gemelos no pudieron controlar la risa tras ver la interacción de sus familiares y las constantes quejas del sacerdote, hasta que la figura de Evelyn apareció en la puerta de la entrada. Colin le dio un pequeño golpe en el hombro a su hermano, quien se tensó del todo. Había llegado el momento.

Evelyn Fraser recorrió el estrecho camino hacia el altar con un paso elegante y sin perder la sonrisa tan hermosa con la que

siempre saluda a todo el mundo. Tras saludar a Jamie y a Colin, tomó su posición al otro lado del altar y fijó la mirada en la entrada.

Emma emergió como si de un ángel se tratase, sujeta del brazo de su primo, a quien le había pedido que fuese él quien la entregase en el altar. Logan Fraser no opuso resistencia alguna, tal vez porque llegó a comprender los sentimientos de su propia hija hacia él o porque ya sentía que su trabajo había finalizado al lograr casarla.

Los ojos de Jamie se clavaron en la mirada ambarina de su prometida y para él, el mundo a su alrededor desapareció por completo. Solo estaban él y ella, que se observaban con devoción, pero también con hambre. Para Jamie, ninguna otra mujer podía competir en belleza con Emma. Y para ella, él era hombre perfecto y que le había demostrado lo errada que estaba al pensar que todos los hombres eran iguales.

El paseo de la novia fue lento, quizás más de lo que hubiera deseado, pero por fin llegó a su altura. Cuando Dorian le entregó la mano de su prima, Jamie la tomó con delicadeza y murmuró:

—Eres un ángel para mis ojos, la mujer más hermosa que jamás haya visto. Desearía poder besarte ahora mismo...

—Pero no podéis, muchacho. Al menos, no hasta que el de arriba dé su consentimiento —lo interrumpió el párroco.

Emma soltó una pequeña risita por la reacción del cura y más cuando vio a Jamie pedirle disculpas como si le acabase de reprender su propia madre. Colin y Evelyn aguantaron las ganas de

reírse, pero el resto de los Campbell no pudieron controlarse y se carcajearon, para malestar del sacerdote.

La ceremonia dio comienza en cuanto se hizo el silencio en la iglesia. Jamie y Emma escucharon las palabras del padre Phillips sin soltarse de las manos, ni dejar de admirar cada rincón de ambos rostros. Él le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar, dibujando sensuales círculos sobre su piel. Ella no dejaba de sonreír como una tonta.

Emma no dejaba de preguntarse en qué momento había dejado de verlo como a un niño engreído y estirado, a desear estar entre sus brazos y formar una familia con él. Según su hermana, siempre habían estado ahí esos sentimientos, pero su testarudez la hicieron luchar contra ellos. Hasta Dorian le había dicho algo parecido. Por lo visto, todos eran conscientes de lo que sentía más que ella misma.

—Puede besar a la novia —escuchó hablar a Phillips.

De pronto, y sin darle ninguna otra opción, Jamie se apoderó de su boca y le dio el beso más apasionado que jamás le hayan dado hasta el momento. La iglesia estalló entre vítores y aplausos, mientras él se recreaba en el beso, sin importarle estar en presencia de tanta gente.

Emma envolvió el cuello de su esposo con los brazos y profundizó en el beso. Él la elevó en el aire, lo que hizo que soltase un grito contra su boca. Caminó con ella sujeta entre los brazos,

hasta que la dejó en el suelo, la tomó de la mano y, juntos, avanzaron hacia la salida de la iglesia..., hacia su futuro.



CAPÍTULO 31

La fiesta seguía en el gran salón del castillo cuando Jamie y Emma entraron a trompicones en la estancia asignada para ellos. Abrieron la puerta de golpe y la cerraron con la misma fuerza. Caminaron por la habitación, tropezando con todo a su paso mientras se devoraban con pasión.

—No te haces una idea de lo mucho que he ansiado este momento, esposa —murmuró él contra su boca.

—Creo que puedo hacerme una idea —jadeó ella.

Jamie se fue desprendiendo de su ropa, prenda a prenda y con la ayuda de las hábiles manos de su mujer, quien tan solo dejaba de besarlo cuando algo se le resistía. Se quedó con la camisola y procedió, entonces, a desvestirla a ella.

—Un cordón, otro cordón..., y otro, y otro —fue contando mientras desataba las cinchas que sostenían el vestido. Ella se rio al

ver la expresión de desesperación de su reciente esposo. Quiso ayudarlo, pero él se lo impidió.

Cuando por fin lo hubo desatado todo, lo dejó caer al suelo y dio un paso hacia atrás para admirar la figura femenina de su esposa. Emma estaba parada de pie, con tan solo una fina camisola de blanca, casi transparente, y las medias. El resto del vestido estaba hecho un amasijo de telas a su alrededor, en el suelo.

—Quítate la camisola, quiero verte desnuda —le ordenó él, entonces.

—Tú también. Quiero ver todo tu esplendor —respondió ella, levantando el mentón.

Jamie sonrió ante la actitud desafiante de su esposa. Se llevó las manos sobre la cabeza, tomo la tela de su camisa desde la nuca y tiró de ella hasta pasárselo por encima. La envolvió como si fuese una bola y la dejó caer a un lado.

Emma recorrió todo ese cuerpo masculino con la mirada, admirando cada fibra, cada músculo perfectamente cincelado... hasta que se detuvo en su erecto miembro. De forma instintiva, se mordió el labio y esbozó una sonrisa de lo más traviesa. *Mío*, pensó.

—Bueno, mujer —dijo él, atrayendo así su mirada—. Te toca —la instó con un leve movimiento de cabeza.

Ella asintió y con suma delicadeza, desató el cordón que mantenía la camisola sujeta al cuerpo y dejó que la tela descendiese por toda ella, como si de una caricia invisible de las manos de su

esposo se tratase. Realizó todo eso sin despegar la mirada de los ojos grises de Jamie, que respiraba con seria dificultad.

—Eres...eres... —titubeó él. De pronto, acortó la distancia y se apoderó de nuevo de su boca—. Dioses, Emma. Eres la mujer más sensual, más hermosa y más...perfecta que haya visto en mi vida. Y eres mía, toda mía —jadeó cuando separó los labios de los suyos.

—Soy tuya, Jamie. Tuya y tú eres mío —susurró ella, excitada por las caricias con las que él la estaba agasajando.

—Necesito tenerte ya, pero no quiero hacerte daño...

—No lo harás. Confío en ti. —Esa afirmación, dicha con tanta seguridad, lo hicieron gruñir contra su boca.

Obedeciendo el deseo de su esposa, Jamie la tomó de las nalgas y la levantó hasta colocarla sobre su cintura. Emma lo abrazó con las piernas y se aferró a su cuello, mientras él caminaba con ella hacia el lecho nupcial. La sentó en el borde de la cama y se liberó de su agarre.

Abandonó los labios de Emma para comenzar un recorrido de ardientes besos por todo su cuerpo. Se demoró en los pechos, lo que hizo que ella estirase el cuello y liberase un gemido al notar cómo paseaba la lengua por sus pezones.

Jamie se deleitó con sus pechos, tomándose su tiempo para saborearlos bien. Luego, procedió a crear un camino de calidez con sus labios por toda la tripa hasta llegar al punto deseado. Antes de adentrarse en esa faena, levantó la mirada hacia ella, en busca de

confirmación. Emma asintió, deseosa de saber qué más sorpresas tenía para ella.

Los ojos de Jamie se oscurecieron y su boca se curvó en una picara sonrisa antes de meter la cabeza entre las piernas de su esposa, quien jadeó con fuerza en cuanto percibió el primer lametazo en su sexo. De forma instintiva, Emma abrió más las piernas y él liberó un gruñido contra su pubis.

—Sabes deliciosa, mi amor —pronunció él y ella le contestó con un gemido.

La devoró, se deleitó con ese punto de placer y se dio un auténtico festín, escuchando los rítmicos gemidos de ella. Hasta que estalló en un orgasmo que hizo que las piernas le temblasen, momento en el que él aprovechó para ayudarla a tumbarse entera en la cama y colocarse sobre ella.

—¿Estás lista? —le preguntó al mismo tiempo que se masajeaba el miembro y avanzaba hacia la hendidura de su sexo. Ella asintió—. Escúchame, Emma. Te va a doler al principio, pero iremos todo lo despacio que necesites. Y si deseas que pare, dímelo y me detengo —le explicó.

—Confío en ti —dijo ella, con un leve temblor en los labios.

Jamie la besó, pero esta vez con más calma. Poco a poco, se colocó bien sobre ella para no aplastarla y empujó su pelvis contra la suya. Entró muy despacio, sin dejar de mirarla. Ella abrió la boca, asombrada por el grosor.

—¿Quieres que pare? —quiso saber él. Tan solo había introducido la cabeza de su miembro y le estaba costando mantener el control, pero, si ella le pedía que se retirase, lo haría.

—No, por favor —suplicó ella.

Jamie asintió y empujó un poco más, hasta la mitad de su largura. Emma cerró los ojos al sentirlo deslizarse por su interior y se mordió el labio. Todo su cuerpo estaba tenso, sus dedos estaban clavados en los brazos de él y temblaba.

—Mi amor, mírame —murmuró él. En cuanto ella abrió los ojos, apoyó la frente sobre la suya y dijo: —No despegues los ojos de mí, cariño. —Ella asintió y, entonces, empujó con fuerza.

Emma cerró los ojos y emitió un quejido de dolor. Unas lágrimas asomaron de forma involuntaria y rodaron por sus mejillas. Jamie las besó con ternura, sin moverse, dejando que su cuerpo se fuese amoldando a su grosor.

—Tranquila, mi amor. Lo peor ya pasó —susurró él. La besó de nuevo y pudo notar el temblor que aún dominaba la boca de su esposa—. Voy a moverme despacio. Dime si te duele. —Y se retiró con suavidad hacia atrás para empujar de nuevo.

—Ah —se quejó ella.

—¿Quieres que paremos?

—No, no te detengas. Sigue —se apresuró a responder ella.

—Te amo, Emma —confesó él y comenzó a moverse dentro de ella, con calma, paciencia y sin dejar de mirarla a los ojos.

Al principio, ella mostraba algo de resistencia, pero poco a poco se fue relajando y pasó de quejarse del dolor a gemir por el placer de tenerlo dentro. Tras esos angustiosos instantes, sus cuerpos se acoplaron a la perfección y dieron comienzo a un baile que los mantuvo en constante movimiento hasta que ella estalló con un nuevo orgasmo que él acompañó al poco cuando llegó su turno.

Con un último empujón y un sonoro quejido, Jamie se derramó en ella. Emma, que se había aferrado al trasero de su esposo, notó cómo la llenaba de todo su poder. Y se sintió feliz.

Con sumo cuidado, Jamie salió de ella y rodó a un lado de la cama. La trajo con un brazo hacia su pecho y dejó que apoyase la cabeza sobre su pecho. Enredó los dedos en varios de sus rizos dorados y le dio un beso en la frente.

Emma levantó la vista hacia él y murmuró:

—Te amo.



CAPÍTULO 32

La luz del amanecer se coló a través de las ventanas, bañando todo en su camino y encontrando a unos amantes, recién casados, disfrutando del placer de su compañía.

Aunque aún sentía alguna que otra molestia, Emma notaba cómo su cuerpo cada vez se relajaba más, pasando así del dolor al gozo de tenerlo dentro de ella. Jamie era gentil en todo momento, siempre preocupado por el bienestar de ella y eso hacía que su corazón se llenase por completo de un amor infinito hacia él.

—Oh —gruñó Jamie en cuanto hubo llegado al orgasmo. Empujó una vez más y se vació por completo. Luego, posó los labios sobre la boca de su esposa y le dio un cálido beso—. ¿Estás bien? —quiso saber.

—Sí —exhaló ella, con los brazos alrededor de su cuello—. Ya no me duele tanto —afirmó.

Él sonrió y le dio un fugaz beso antes de moverse hacia un lado de la cama.

—Me alegro. Poco a poco lo irás disfrutando más, ya lo verás. Y yo contigo —dijo, aun jadeante.

Se tumbó bocarriba, con un brazo colocado tras la cabeza y el otro envolviendo el caliente cuerpo de su esposa.

—¿Es que no has disfrutado ahora? —preguntó ella, tras escuchar esas últimas palabras.

—Sí, pero me contengo mucho para no hacerte daño. —Jamie se movió sobre el colchón para quedarse tumbado de medio lado y poder mirarla a los ojos. Le apartó un mechón de pelo rebelde que le cubría la cara y sonrió—. Cariño, disfruto mucho contigo, no sabes cuánto, pero quiero poder hacerlo sin tener que pensar en no lastimarte. Mi máxima preocupación eres tú y siempre vas a ser tú, Emma. Por eso, en cuanto ya dejes de sentir dolor o molestias, ambos lo vamos a disfrutar muchísimo más. Créeme —le explicó al mismo tiempo que acariciaba el perfil femenino de su rostro.

Ella simplemente sonrió y el corazón de Jamie se agitó, llenándose de un sentimiento tan grande que ni él mismo lograba comprender. Y pensar que estuvo a punto de cometer el error de casarse por el simple hecho de aceptar una alianza de clanes. ¿En qué estaría pensando? En ese instante, fue consciente de que jamás hubiera podido sentir con otra lo que con Emma, nunca.

Ahora entendía muy bien la forma de pensar de su padre y del por qué de su negativa, al principio, a que su hijo aceptase un acuerdo de esas características. Unirse a alguien era un acto demasiado importante como para dejarlo solo en manos de la razón. Los sentimientos también eran importantes, muy importantes.

Ella, una joven rebelde, testaruda y que para nada seguía las normas sociales, pero tampoco era una idealista enamoradiza, le había trastocado todos los planes. Lo había vuelto tan loco que ya no podría vivir sin sus quejas o sus ideas alocadas. No, Emma Fraser había entrado en su vida para quedarse.

—¿En qué piensas? —quiso saber ella, al verlo tan pensativo, con la mirada perdida en algún punto de su rostro.

—En lo afortunado que soy por tener a una gran mujer como tú y en el tremendo error que hubiese cometido, si me hubiera casado con tu hermana —respondió él.

—Oh —dijo ella, nada más.

—No me malinterpretes, no estoy diciendo que tu hermana haya sido un error. Al contrario. Estoy seguro de que jamás me hubiese contradicho en nada, sería toda una señora elegante y educada que sabría muy bien qué decir y qué hacer en cada momento, pero... —Jamie detuvo las caricias y se quedó fijo en esos ojos ambarinos, de mirada intensa y ardiente—. Tú eres fuego, Emma. Eres pasión, eres locura..., eres vida y no me imagino la vida sin ti. Me da igual que me discutas o que me vuelvas loco con tu testarudez. De hecho, y

para mi sorpresa, lo deseo con fuerza. Quiero vivir esas mismas emociones que tanto mi padre como el resto de los hombres de mi familia viven junto a las mujeres que eligieron en su día, y quiero hacerlo contigo —confesó.

—Ay, Jamie... —gimió ella, notando una opresión en el pecho y con lágrimas en los ojos. Sin pensarlo, saltó sobre él y lo agasajó con infinidad de besos por toda la cara.

Jamie se carcajeó y la envolvió con los brazos. Luego, con ella sentada a horcajas sobre él, le apartó el pelo hacia atrás y la atrajo hacia su boca para darle un apasionado beso. Poco a poco, el deseo fue apoderándose de nuevo de ellos. Sin estar segura de lo que hacía, pero siguiendo su instinto, Emma se colocó mejor sobre el miembro erecto de su esposo, lista para dejarlo entrar en su interior.

—Espera, puede dolerte. Esta posición es... ¡Ah! —gimió él al notar cómo ella se deslizaba por su largura hasta acabar sentada por completo sobre él—. Emma, estarás dolorida y esta posición hace que entre del todo. No quiero hacerte daño —jadeó él, haciendo un ejercicio de autocontrol enorme.

—Deja de preocuparte tanto, estoy bien y quiero hacerlo así —murmuró ella antes de apoderarse de su boca.

Emma no sabía muy bien qué debía hacer, pero su cuerpo se movió de forma lenta y pausada. Las manos de Jamie se posaron en sus caderas y, de forma delicada, clavó los dedos en la piel para indicarle cómo debía proceder. Se dejó guiar por él y, a pesar de

notar algo de presión al principio, acabó disfrutando del placer que le proporcionaba esa postura.

Hicieron el amor de nuevo, con calma, devorándose con pasión. Sus cuerpos ardían de deseo y por la necesidad de tenerse el uno al otro. Un baile marcado por los jadeos y el sonido de la cama al chirriar, que los llevó a culminar en sonoros orgasmos y quedando saciados de buena mañana.

Cuando por fin abandonaron el lecho, se fueron directos hacia el salón. Estaban hambrientos, pero más aún lo estaban por volver a sentirse. Por eso, y a pesar de no ser un trayecto largo desde su alcoba hasta la planta baja, se demoraron más de los necesario al detenerse a cada paso para robarse besos, entre risas y jugueteos.

—Vaya, buenos días, tortolitos —saludó Colin primero, en cuanto los vio aparecer por la gran sala.

—Espero que haya sido una noche muy satisfactoria, aunque..., por los ruiditos que provenían de vuestra habitación, diría que mi sobrino ha cumplido muy bien —soltó Gavin.

Emma abrió los ojos, sorprendida por el comentario, al igual que Evelyn, pero esta lo hizo acompañándolo de un gritito de asombro. James Campbell, en cambio, suspiró y negó con la cabeza, con gesto de resignación. Colin y Dorian disimularon la risa dándole un trago a su bebida.

—No hagas caso a mi tío. Le gusta incomodar con sus bromas —le explicó Jamie.

—Tu esposa tiene que ir acostumbrándose a las dinámicas del clan —apuntó su tío, esbozando una sonrisa pícara al mismo tiempo que tomaba un trozo de queso de la mesa.

—Cállate Gavin... —suplicó James—, o te juro que te dejo atado a un árbol a mitad de camino —dijo.

—Ibas a tener que regresar a por mí, amigo. Al llegar a casa, mi esposa se pondría hecha una furia porque no puede vivir sin mí y la tuya te obligaría a volver en mi busca, con la firme amenaza de que dormirás en el granero, si me dejas atado a mi suerte.

—Cuánta fe tienes en nuestras mujeres —bromeó el laird Campbell.

—Son las que mandan en el clan, asúmelo. Yo hace tiempo que lo he hecho —contestó Gavin, tras encogerse de hombros.

Emma estalló en carcajadas al ver, de nuevo, la dinámica que mantenían entre unos y otros. Le resultaba de lo más divertido y comprendía la enorme lealtad que se tenían todos ellos. Ese trato tan cercano, tan familiar, donde todos eran iguales y hasta las mujeres eran consideradas miembros importantes, le encantaba.

Nunca había conocido un clan que tuviera ese tipo de relación entre ellos, ni siquiera los Campbell que había conocido hasta la fecha. Todos ellos le parecían unos estirados y uso engreídos que se creían dueños y señores de todo por ser quienes eran.

En cambio, los Campbell de Clackmannanshire eran diferentes. Eran más cercanos y mucho más familiares, y no hacían sentirse incómodo a nadie. Hasta su primo Dorian los admiraba, como le dijo a ella en alguna que otra ocasión.

Respeto y lealtad, esas eran las personas con las que se había unido para siempre y no podía sentirse más en casa que en esos momentos. Sin darse cuenta, ni haberlo buscado, Emma Fraser había encontrado la familia que siempre había deseado en los Campbell que tenía ahí sentados.

Jamie envolvió su cintura para atraerla hacia él y darle un tierno beso en la mejilla.

—¿En qué piensas? —quiso saber él.

—En que creo que voy a encajar muy bien en tu clan —contestó ella.

—Oh, de eso estoy muy seguro. De hecho, estoy convencido de que, con quien mejor vas a encajar, es con mi hermana. Las dos sois igual de testarudas y temperamentales... —Emma le dio un codazo en el estómago, lo que hizo que él se riese. La giró entre los brazos y le dio un apasionado beso—. Vas a ser muy feliz en Dollar, mi amor, de eso me voy a encargar yo —murmuró contra su boca.

—Más te vale porque, si me entero de que la haces infeliz, iré hasta allí y te patearé tu *estirado* trasero —pronunció Dorian, esbozando una amplia sonrisa.

Esta vez, quien rompió en risas fue Evelyn al escuchar las palabras de su primo. Había olvidado la forma en la que su hermana había apodado a Jamie cuando llegó a Dounie y al oír a Dorian nombrarlo con esa socarronería, no puedo evitar estallar en carcajadas. Y no fue la única, ya que todos se acabaron contagiando de la risa de la joven.



CAPÍTULO 33

La despedida de su hogar fue bastante dolorosa para Emma. Dejar el hogar que la vio crecer y alejarse de sus seres queridos le había resultado muy duro. Sobre todo por su primo Dorian, quien había sido su mejor amigo, confidente y guardián durante toda su vida. El que siempre las había protegido y cuidado, y del que se tuvo que separar para emprender camino hacia una nueva vida.

Por suerte para ella, su padre tuvo un momento de lucidez y, antes de que se marchase, se reunió con sus hijas y su sobrino para decirle a Evelyn que podía quedarse en el castillo, si así lo quería. No era lo común, pero, tras una conversación con James Campbell, Logan Fraser comprendió que no había un padre amoroso para con sus hijas y quiso remediarlo, empezando por una pequeña acción.

Para Emma fue un alivio que su hermana aceptase la oferta de su padre. Así, Dorian no se quedaría tan solo. Y a Evelyn le pareció

una buena idea que pudiera llevar su vida célibe en el hogar donde había crecido.

Por eso, cuando partieron rumbo a Clackmannanshire, Emma no sintió tanta pena, pues su familia permanecería siempre unida y podría visitarlos siempre que lo desease.

** ** ** **

—Cariño, creo que deberías cerrar la boca ya o te vas a acabar comiendo algún bicho —se burló Jamie, que cabalgaba junto a ella.

A pesar del ofrecimiento tanto de James Campbell como de su padre porque viajase en carruaje, Emma se empeñó en ir sobre su yegua. Tras varias discusiones con todos, que le aseguraban que era un trayecto muy largo para una dama, claudicaron en sus intentos por convencerla.

—Esto es... es precioso —pronunció con gran asombro mientras admiraba la imponente figura del castillo Campbell en lo alto de la colina.

El verano entraba en su última etapa y los colores del follaje ya empezaban a mostrar el clásico tono fuego que acabaría bañando todo a su alrededor.

—Me alegra que te guste mi hogar, el que ya es tuyo desde el instante en el que aceptaste casarte conmigo —dijo Jamie.

—Nunca me imaginé que el castillo Campbell fuera tan mágico —comentó ella, sin dejar de admirar todo a su alrededor.

—Y aún no has visto el jardín privado —pronunció Colin, que montaba un hermoso caballo tordo al otro lado de la joven.

—¿Tenéis un jardín privado? —quiso saber ella, con gran asombro.

—Sí, y es el rincón favorito de las mujeres de este clan —respondió Jamie.

—Wow, ardo en deseos de conocerlo —afirmó Emma.

—Tranquila, te mostraré todos los rincones de estas tierras. Tenemos todo el tiempo del mundo, mi querida esposa. —Jamie estiró la mano hacia ella para tomar la suya y llevársela a los labios.

—Oh, vaya. Ahora me tocará soportar vuestros arrumacos de enamorados —protestó Colin, entonces.

—Ya sabéis lo que sentí cuando tu padre se casó con vuestra madre —exclamó Gavin desde una posición algo más alejada.

—Y, al final, acabaste sucumbiendo también al amor. ¡Quién nos lo iba a decir! —se burló James Campbell a su lado.

La comitiva estalló en carcajadas, mientras Emma seguía embobada y sin dejar de admirar la figura del castillo acercarse poco a poco. Un hogar que prometía mucha felicidad y mucha magia. Un hogar que ya sentía como suyo. Desvió la mirada hacia su esposo, que la observaba con diversión al verla tan emocionada.

—Te amo, Jamie Campbell —confesó.

—Yo también te amo..., Emma Campbell.



EPÍLOGO

Los cambios y novedades en el clan traían consigo varios días de ajetreo, quizás excesivo. El enlace del heredero trajo consigo toda una serie de celebraciones que duraron cerca de una semana. Era algo especial y todo Clackmannanshire quiso festejar la casamiento del hijo de su laird. Y también, como no, presentarle sus respetos a la nueva hija del clan.

Pero la paz llegó por fin al castillo Campbell y la rutina volvía a tomar el control de las vidas de todos sus miembros.

La mañana del décimo día, tras el regreso al hogar, Colin se esmeraba en su entrenamiento matutino junto a Duncan y algunos guerreros más de su grupo. Gavin supervisaba los ejercicios desde el otro lado de la barandilla, dando indicaciones cada dos por tres.

—Estás flojo, sobrino —exclamó desde su posición, con una pierna apoyada sobre un barril y los brazos sobre ella.

—¿Quieres unirte tú y darnos una demostración magistral..., *tío*? —jadeó él, tras desviar un ataque de su amigo.

—Ya he tenido suficiente con tu padre esta madrugada, gracias —contestó su tío.

De entre las casetas donde se guardaban las armas y demás enseres para el adiestramiento de los jóvenes, asomó la figura de Jamie Campbell. Caminaba con semblante relajado, vestido para la ocasión y empuñando su espada en una mano.

—Vaya, pero si el recién casado nos honra con su presencia. ¿Te ha permitido tu esposa abandonar el lecho? —se burló Colin en cuanto su hermano llegó al lado de su tío.

—Ja, ja, muy gracioso. Ya te llegará a ti ese momento, hermano, y, entonces, me burlaré de ti hasta que desees no haber dicho eso —contestó Jamie. Saludo a Gavin con unas suaves palmadas en la espalda.

—No le hagas caso, solo tiene envidia —bromeó el tío de los gemelos.

—¿Quién? ¿Yo? —Colin estalló en carcajadas y se acercó a ellos dos para refrescarse un poco con el agua del barril—. Estoy bien provisto de cariño femenino, gracias. No está dentro de mis planes atarme a una sola mujer, cuando puedo tener a las que desee —dijo mientras vertía una cucharada de agua por la cara.

—En mis planes no entraba casarme con Emma y mira —comentó Jamie. Se arremangó la camisa hasta los codos para estar

más cómodo.

—Pero sí el casarte. Yo no tengo eso en mente. Seré el soltero y codiciado hombre del clan —contestó con socarronería.

—Eso mismo decía vuestro tío, aquí presente, y un día regresó a casa con esposa e hijo —pronunció la voz del laird a sus espaldas. James Campbell se acercó a ellos y palmeó el hombro de su segundo al mando.

—Eso fue un error de cálculo —respondió Gavin.

—¿Estás insinuando que Lena fue un error? Vaya, tendré que informarla de lo que has dicho —bromeó James.

—No sabes ya cómo deshacerte de mí —apuntó Gavin entre risas, contagiando al resto.

A lo lejos, en el camino de subida al castillo, divisaron un grupo de guerreros avanzar con paso lento. Varios jinetes y una carreta ascendían por la delicada pendiente de la colina.

—Parece ser que Ian y Aliena regresan a casa —comentó Gavin.

—Puedo distinguir a los tíos y Al y a Gideon, con nuestros hombres, pero... —musitó Colin—, ¿Quiénes son los de la carreta? —preguntó intrigado.

—No tengo ni idea, pero pronto lo sabremos —contestó James, que ya se había dado media vuelta para regresar al castillo a recibirlos.

Gavin y los gemelos fueron tras él, mientras el resto de los muchachos siguieron con el entrenamiento. Jamie y Colin se

detuvieron cerca de la parte trasera del castillo, donde tenían uno de los pozos grandes que abastecía a todos de agua fresca. Dejaron las espadas a un lado y procedieron a asearse un poco, antes de recibir a los recién llegados.

Una vez presentables, retomaron el sendero hacia la explanada del castillo. Allí, vieron a su padre y a Gavin fundirse en abrazos con los recién llegados.

—¿Dónde está mi querido primo, recién casado?¿Tienes bien saciada a tu esposa o tengo que darte algunas clases? —exclamó Alastir desde lo alto de su montura. Se bajó de un salto en cuanto los gemelos llegaron a su altura y le dio a Jamie un sonoro abrazo.

—Cómo echaba de menos tu brutalidad, mi querido primo —se quejó él, entre risas y siendo zarandeado por el joven de cabellos rojizos y alborotados.

—Al, en serio. Tienes que madurar —suspiró Gideon, el hermano de este. Desmontó con más elegancia que su hermano y saludó a sus primos con más tranquilidad.

—No hay necesidad, soy joven —respondió Alastir.

—La juventud también puede ir de la mano del decoro —apuntó Gideon al mismo tiempo que se pasaba los dedos por su pelo negro.

—¿Decoro? ¿Qué soy...una muchacha ahora? —protestó su hermano.

—A mí me pareces muy atractivo, primo. Esa cabellera rojiza me obnubila —se burlo Colin y los cuatro primos estallaron en sonoras

carcajadas.

El sonido de la carreta al detenerse ante las puertas del castillo, atrajo la mirada del Colin. En ella viajaban un hombre de una edad similar a la de su padre y una joven de cabellos castaños cobrizos y mirada cristalina.

—¿Quiénes son? —quiso saber él, sin desviar los ojos de la muchacha.

—Son la familia O'Brien. Vienen de la región del Ulster, creo recordar. Son padre e hija y vienen a hablar con tu padre. Al parecer, la fragua de la aldea necesitaba de alguien que la manejase y mi padre les ofreció unirse al clan —explicó Gideon.

Colin observó cada detalle tanto de la carreta como de sus ocupantes, pero, sobre todo, de ella. Por alguna extraña razón, no lograba desviar la mirada. Se fijó en las graciosas ondas que formaban las puntas de su cabello largo cayendo por los hombros como una cascada.

El vestido de tonos verdosos que llevaba hacía resaltar aún más sus facciones, lisas y finas. Un rostro femenino perfecto. Como si presintiese que la observaban, la joven desvió la mirada hasta conectar con la de Colin. Ambos permanecieron así durante unos instantes, hasta que la voz del hombre al lado de ella hizo que rompiese el contacto con él.

—Vaya, vaya, vaya... Alguien se acaba de enamorar —se burló Alastir, entonces.

—No digas tonterías, Al. Solo admiro su belleza, nada más —bufó él.

Tanto su hermano como sus primos respondieron con sonoras risas, pero él no podía desviar la mirada de esa carreta. Por alguna extraña razón, sentía que algo lo atraía de una forma feroz hacia allí.

Se avecinaban nuevos tiempos para los Campbell de Clackmannanshire.



AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, solo me queda darte las gracias por volver a confiar en mí y en mi pluma; por volver a sumergirte en la vida de mis chicos Campbell y dejarlos entrar en tu vida. Gracias.

Ha sido un camino largo y algo tormentoso, pero ha merecido la pena. Digamos que esto ha sido como una crisálida y ahora, tras un tiempo de regeneración, he renacido en forma de una mariposa de alas azules y negras (*¡Cómo se nota que soy escritora!*).

Si te ha gustado la historia de Jamie y Emma, te agradecería muchísimo tu valoración en Amazon y, si lo crees conveniente, unas pequeñas palabras serían perfectas para alimentar ese bichito llamado ***algoritmo.*** No te llevará mucho tiempo y a mí me ayudarás infinito a obtener más visibilidad en este océano de novelas.

ACERCA DEL AUTOR

Nessa McDubh



Escritora autopublicada de origen asturiano.
«Contar historias es mi razón de ser. Mi forma de evadirme de la realidad y de viajar a otros mundos…»
Apasionada y enamorada de Escocia, se escapa cada vez que puede a empaparse de la magia de esas tierras y poder reconectar consigo misma.
Todos sus libros están disponibles en Amazon y Kindle Unlimited.
Puedes saber más sobre la autora a través de sus redes sociales: @nessa_mcdubh.

HEREDEROS DEL CLAN

La historia continúa con los hijos de los Campbell de Clackmannanshire, porque ellos son los herederos del clan y el futuro de todos.

Lady Highlander

Arabella Campbell tiene claro que nunca abandonará a su clan ni a su familia. A pesar de ser la hija de uno de los lairds más importantes de toda Escocia, ella tiene claro que jamás se unira a un hombre. No es un trofeo con el que conseguir estatus y poder. Es un alma libre, fuerte, luchadora y, como dice su madre, terca como su padre, James Campbell, ese al que todos apodan como «El demonio rojo».

Ewan McGregor, un proscrito que vive al margen de la ley. Un mercenario al servicio del mejor postor y que mantiene vivo el sueño de restaurar el nombre de su clan. Un hombre leal y fiel a sus seres queridos, pero de pocas palabras. Ha vivido una vida dura, difícil, que le ha llevado a ser el líder de un grupo de guerreros exhiliados de sus clanes. El ultimo trabajo que le encargan es el de secuestrar a la hija de un importante laird para poder extorsionarlo.

Ella pondrá su mundo patas arriba.

Él hara lo que haga falta por protgerla, incluso entregar su vida.

El Beso Del Proscrito

Megan Campbell, al contrario que su prima Arabella, siempre tuvo deseos de enamorarse y formar su propia familia junto a un buen hombre que la amse y la hiciese feliz. De carácter risueño, alegre y una belleza igual a la de su madre, mantiene en su recuerdo el beso de un joven que llegó a provocarle sensaciones del todo excitantes y desconocidas para ella. Nada supo más de él, pero el recuerdo de esos labios la persiguen en sus sueños. Por eso, cuando viaja junto a su familia a la reunión del clan Campbell a Inveraray, espera poder encontrar a un buen hombre con el que formar una familia.

Aiden McAlister, como nuevo laird de su clan y señor del castillo de Tarbert, acude a la llamada del caln Campbell de Inveraray para ser presentado como el nuevo aliado y mantener así la unión de ambas familias, como se viene haciendo desde muchos años atrás. Un cargo que comienza a pesarle ya sobre los hombros y más aún por el hecho de tener que hacerse cargo de su madrastra y hermanastras. Dos arpías con las que debe mantener las distancias y que viven obsesionadas con el poder y la riqueza. Allí, en el castillo de Inveraray, volverá a encontrarse con la joven de cabellos rojizos a la que le robó un beso tiempo atrás y a la que no había logrado olvidar. Pero su madrastra no se lo pondrá fácil y hará todo lo imposible por romper ese lazo creado entre ambos.

Megan y Aiden se verán en la tesitura de elegir su amor o el futuro del clan y la estabilidad entre ambas familias. Nadie desea una guerra interna.

Luchas, intrigas, secretos y mucha pasión en pleno corazón de las Tierras Altas de Escocia.